FUERA DE COMBATE

Anna García

FUERA DE COMBATE
Anna García

Título: Fuera de combate

Primera Edición:
ISBN-13: 978-1516997268
ISBN-10: 1516997263

Diseño de portada

INDICE

Antes de leer…

Esta historia es un pequeño “spin off” dedicado a uno de los personajes secundarios de la historia “Está sonando nuestra canción”, publicada anteriormente. Si quieres saber más acerca de Kai y del resto de su familia, corre a Amazon a por tu ejemplar.

5

CAPÍTULO 1

Judith

—¡Rápido, chicos! ¡Que perderéis el autobús!
—¡Ya voy! —grita Connor bajando las escaleras a toda prisa.
—¡Estoy listo! —dice Evan justo después.
Los dos se plantan frente a su madre, bien peinados y sonrientes, listos para pasar la inspección.
—Vamos a ver... Dientes limpios... Orejas limpias... Más o menos bien peinados... —sonríe pasando los dedos por el rebelde pelo castaño de Evan, echándoselo a un lado para que no le caiga en los ojos—. Gafas bien puestas...
Beth les mira a los dos, sonriendo muy orgullosa, listos y preparados para empezar un nuevo curso. Además, este año es especial, porque Evan ya tiene cinco años y empieza el colegio. Es un gran cambio con respecto a la guardería, pero Connor y Kai, que tienen siete y nueve años respectivamente, le ayudarán a adaptarse.
—¡Kai, espabila! —grita mirando hacia arriba.
—¡Vooooooooooooy! ¡Tranquila! ¡No hay prisa...! ¡Si perdemos el autobús, vamos corriendo y punto! —grita Kai, aún desde el piso de arriba, para la desesperación de su madre, que niega con la cabeza, consciente de que nunca conseguirá que su hijo mayor se ilusione por ir al colegio.
—Mamá, me he puesto hasta colonia. ¿Me hueles? —le pregunta entonces Connor, acercándose a ella, aunque no haría falta porque ya ha advertido el olor desde antes de que entrara en la cocina.
—¡Madre mía! ¡Qué bien hueles!
—Ya sabes, es el primer día de curso y me han dicho que Segundo Grado es muy chungo y si me meto a la Señora Meyers en el bolsillo, tengo medio curso ganado.
—Bien pensado, cariño, aunque espero que sigas sin necesitar más ayudas externas aparte de esto —dice picando con su dedo en la cabeza de su hijo—. ¿Y tú, Evan? ¿Listo para tu primer día de colegio?
—¡Listo y preparadísimo! ¡Estoy tan nervioso...! ¡Voy a tener un pupitre para mí donde poder sentarme para hacer los trabajos! ¡Y lápices de colores! ¡Y en la clase habrá una pizarra! ¿Sabes, mamá? Voy a intentar sentarme delante de todo para estar muy atento a la profesora.
—Ah, pues me parece muy bien, cariño —responde ella.
En ese momento, Kai entra en la cocina y, acercándose a Evan por la espalda, susurra en su oído:
—Entre tú y yo, eso no lo digas en voz alta cuando estés en el

colegio...

—¿Por qué? —pregunta Evan.

—Porque te cogerán manía desde el primer día, y créeme, no querrás que eso ocurra.

6

—Kai, deja de meterle miedo a tu hermano —dice Beth cogiéndole de las manos para atraerle hacia ella—. Vamos a ver... Revisión... Kai, por favor. No te has lavado los dientes, aún tienes legañas en los ojos y no quiero ni mirarte las orejas. ¿Se puede saber qué hacías allí arriba en vez de asearte?

—Cagar.

—Oh, por favor, Kai... ¿Todo este rato?

—Y leer un cómic —asegura, sonriendo orgulloso—. ¿No dices siempre que tengo que leer más?

—Kai, ¿qué pasará si digo esas cosas y me cogen manía? —insiste Evan, con cara de susto, agarrando a su hermano de la manga.

—Que los mayores te zurrarán de lo lindo —le dice, provocando que Evan abra mucho los ojos, asustado.

—Pero vosotros no vais a dejar que eso pase, ¿no? Vosotros sois mayores...

¿Kai...? ¿Connor...? —pregunta a los dos, que se sonríen entre ellos con malicia—.

¿Mamá...?

—Eso no va a pasar, tranquilo. Y si en algún momento algún niño te molesta, tus hermanos te defenderán. Ya me encargaré yo de que lo hagan, porque de lo contrario, se les acabó jugar al baloncesto en las pistas.

—¡Mamá! —se quejan los dos a la vez.

—Vosotros veréis... Ahora, tú —dice señalando a Kai—, arriba de nuevo a lavarte los dientes y la cara. Tienes dos minutos. Si en ese tiempo no has bajado, me encargaré de que tu profesora te cargue con tantos deberes para hacer este fin de semana, que no tendrás tiempo ni para comer.

—¿En el colegio mandan deberes para hacer en casa? —pregunta Evan ilusionado, dando pequeños saltos, mientras su madre y sus hermanos le miran con una mezcla de sorpresa e incomprensión reflejada en el rostro—. ¡Ay, qué bien!

—Mamá, confiésalo —insiste Kai antes de subir de nuevo al baño —, es adoptado, ¿verdad?

—¡Kai, el tiempo corre! ¡Baño! ¡Ya! —dice Beth señalando a su hijo.

—¿Qué pasa? ¡Me gusta el colegio! —se queja Evan, extendiendo los brazos, sin entender por qué a todo el mundo le extraña tanto que

le haga ilusión aprender cosas nuevas—. Connor saca buenas notas y nadie se mete con él...

—Pero no digo cosas como "¡deberes, qué bien!" o "me voy a sentar delante del todo para estar más atento a la profe" —le contesta Connor imitando el tono de voz agudo de Evan.

En ese momento, Kai baja corriendo las escaleras y frena en seco delante de su madre, abriendo los brazos y dando una vuelta sobre sí mismo, pavoneándose.

—¡Listo! Preparaos nenas, que voy...

—Ahora sí. Guapísimo —dice Beth estrechando a Kai entre sus brazos mientras le susurra al oído—. Cuida de Evan, por favor. Ve a verle siempre que puedas...

7

—Si sigue siendo tan pedante, me va a dar mucha faena —le contesta en voz baja.

—Hazlo por mí, ¿vale, mi vida? —le pide dándole un beso en la mejilla antes de soltarle.

—Sabes que sí —responde Kai guiñándole un ojo—. Lo que sea por mi chica favorita.

—Y por ser el primer día, procura que no te castiguen... Intenta empezar el curso con buen pié...

—Veremos a ver...

Pocos minutos después, Beth observa desde el porche de casa a sus tres hijos en la parada del autobús. Ve como, al parase el vehículo frente a ellos, Evan se agarra de las manos de sus hermanos y que estos, lejos de incomodarse, a pesar de sus múltiples quejas y burlas, le miran sonrientes, intentando tranquilizarle. Kai incluso le agarra de los hombros y cuando se abre la puerta, se agacha a su altura y, señalando hacia el conductor, le explica algo mientras Evan asiente. Justo antes de subir, Connor, que siempre ha tenido una conexión especial con su madre, se gira hacia ella y levanta el pulgar sonriente para tranquilizarla, gesto que ella agradece lanzándole un beso y diciéndole adiós con la mano.

≈ ≈ ≈

Kai lleva un rato sentado en su pupitre, en la última fila de la clase, charlando con algunos compañeros de clase, cuando su profesora entra por la puerta.

—¡Buenos días, chicos!

—¡Buenos días, señora Clarke! —contestan todos a la vez.

En cuanto levanta la vista, sonríe afable, mirando alrededor, hasta que se fija en Kai, que está con la espalda recostada en la silla, mirando al techo mientras juega con un lápiz en la boca.

—Kai O'Sullivan.

—¡Sí, señora! —contesta él poniéndose en pie, haciendo el saludo militar mientras el resto de la clase ríe.

—Buen intento, pero quiero tenerte cerca... Cindy, haz el favor de cambiarle el sitio a Kai —le pide a una chica que hasta ahora estaba sentada en la primera fila.

—Está claro que sigue sin ser inmune a mis encantos... —comenta mientras se levanta.

Kai tira la mochila en el suelo, al lado del pupitre que ha quedado libre, mientras se deja caer en la silla.

—Mucho mejor —dice la profesora, justo antes de fijar su vista en la chica sentada a mano derecha de Kai—. Parece ser que tenemos una nueva alumna. ¿Por qué no te levantas y te presentas?

La niña le obedece al instante y se coloca a su lado, de cara al resto de alumnos.

Se muerde el labio inferior, agachando la vista y juntando las manos frente a ella.

—¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres? —la ayuda la señora Clarke, dándole unas pistas acerca de por dónde empezar.

La niña se coloca el pelo detrás de las orejas y cuando levanta de nuevo la vista, decide tranquilizarse fijando la vista en un punto, y el destino quiere que sea en Kai. Él abre los ojos de par en par y enseguida se le dibuja una enorme sonrisa en los labios.

—Me llamo Judith McBride. Antes vivía en Minnesota, pero a mi papá le han trasladado a Nueva York y...

Mientras habla, Kai se echa hacia delante y apoya la barbilla en las manos, escuchándola detenidamente. Al rato, cuando ella acaba de hablar y vuelve a sentarse, la profesora les pide que saquen sus libros. Judith lo hace, pero Kai es incapaz de quitarle los ojos de encima.

—¿Qué miras? —le dice ella de repente.

—Ah, ¿que no te has dado cuenta aún? Pues a ti —contesta él sin cortarse un pelo.

Ella gira la cabeza hacia la profesora, disimulando, atenta a las explicaciones de la señora Clarke, aunque Kai puede comprobar que se ha sonrojado un poco.

—Si quieres, a la hora del recreo, te puedo hacer de guía turístico... Ya sabes...

enseñarte un poco todo esto...

—Kai, por favor... —le llama la atención la señora Clarke—. Vamos a empezar bien el curso. Dime que el verano te ha servido para darte cuenta de que quieres hacer algo de provecho en la vida...

—Puede apostar por ello, señora.

—Vale, pues demuéstramelo.

Kai asiente con la cabeza mientras la profesora sigue con la explicación. Pocos segundos después, él se inclina hacia su derecha, y sin dejar de mirar al frente, insiste en voz baja:

—¿Qué me dices? ¿Tenemos una cita?

—No.

—¿Por qué no?

—Calla y déjame escuchar —susurra Judith.

—Conocer las capas de la Tierra no te servirá de mucha ayuda en el futuro, créeme. En cambio, conocerte este colegio como la palma de tu mano, es de vital importancia para ti.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

—La cafetería, por ejemplo. ¿No quieres saber el camino más corto para llegar desde aquí? Te advierto que los primeros se llevan lo mejor... Y si toca verdura, las coles de Bruselas se quedan siempre para el final...

Ella le mira de reojo, arrugando la boca, aunque sin dar su brazo a torcer, aún atenta a las explicaciones de la profesora, que sigue paseando a un lado y a otro de la clase.

—Los baños —insiste él—. ¿Acaso no te interesa saber qué baños están más limpios? Porque para tu información, sí, hay algunos más limpios que otros o...

—Kai, segundo aviso —La señora Clarke vuelve a parar la clase para llamarle la atención—. Al tercero, te mando al despacho del director Zachary, que ya te debe de echar de menos.

—Solo estoy siendo amable con la chica nueva —se excusa él—. Ya sabe, para que no se sienta sola y sin amigos...

—Muy amable por tu parte, pero espera al recreo para estrechar lazos.

—¡Eso mismo le estaba diciendo yo! Que saliera conmigo a la hora del recreo.

¿Ves, Judith? Si no quieres hacerme caso a mí, haz caso de la voz de la experiencia.

La profesora resopla con fuerza, dándole por imposible, mientras intenta acallar las risas de los demás alumnos. Kai tiene el poder de alborotar una clase con un solo comentario, y a veces, reconducirles es una ardua tarea.

Por suerte para ella, el resto de la hora de clase acaba sin más incidentes y en cuanto suena la alarma para salir al recreo, todos los alumnos salen despavoridos.

—¡Kai! ¡¿Vienes?! —le grita un compañero.

—¡Un momento! ¡Le prometí a mi madre que le echaría un ojo a Evan! — contesta él.

Corre hacia la zona del parvulario, donde están las clases de los niños más pequeños del centro, y busca la clase de Evan. A través del cristal de una de las puertas, le ve sentado alrededor de una mesa, con un lápiz en la mano, sacando la lengua mientras se esfuerza en escribir algo en una hoja. Es el único que está sentado, ya que el resto de sus compañeros están repartidos por toda la clase, la mayoría jugando. Kai, resignado, apoya las manos en la puerta y le observa mientras niega con la cabeza. Entonces, la profesora le ve en la puerta y se acerca hasta Evan para avisarle. En cuanto levanta la vista, sonríe de oreja a oreja y levanta la hoja para enseñársela. Kai, levanta los pulgares para compartir su entusiasmo. La profesora se levanta y entonces Evan coge la hoja y se acerca hasta la puerta.

—Hola, Kai —le saluda.

—¡Eh! ¡Hola! —le responde agachándose a su altura—. ¿Cómo te va? ¿Te gusta?

Evan se muerde los labios y agacha la cabeza, mirando la hoja que lleva entre las manos. Mueve los ojos de un lado a otro, indeciso, hasta que Kai le insiste: —¿Evan…? ¿Estás bien?

—Es que no quiero que te enfades…

Kai chasquea la lengua y le revuelve el pelo con cariño.

—No me enfado. Te lo prometo —le dice mientras Evan levanta la vista y le mira muy ilusionado.

—Me encanta, Kai. ¡Mira lo que estoy haciendo!

—¡Vaya! ¿Lo has hecho tú solo? —le pregunta con orgullo, provocando que Evan asienta sonriendo—. ¡Pues está genial! Escribes muy pero que muy bien.

—Me ha dicho la profesora que me lo puedo llevar para enseñárselo a mamá y papá. ¿Vendrá Connor a verme? ¿Le dices que venga y así se lo enseño? Pero no le digas lo que he hecho, que será una sorpresa. La profesora ha dicho que hoy no saldremos al recreo, y por eso estamos jugando aquí en clase, así que no os veré allí.

Para mí mejor, porque prefiero practicar las letras. ¿Y sabes qué más? Somos la clase de las estrellas y, ¿sabes a dónde nos van a llevar? ¡Al planetario! ¿Te lo puedes creer?

¡Y vamos a hacer más excursiones!

En ese momento, Kai, que había permanecido atento a todas sus explicaciones, intentando seguir y entender todo lo que su hermano le decía, a pesar de hablar de forma atropellada debido a la emoción, empieza a reír.

—¿Qué pasa? ¿De qué te ríes?

—De nada, colega —le contesta abrazándole y cogiéndole en brazos para llevarle de nuevo dentro de clase—. Solo estoy feliz de

que te guste tanto venir al cole. Estoy seguro de que harás algo grande en la vida.

—Tú también —asegura Evan antes de apretar los labios contra la mejilla de su hermano para darle un enorme beso.

—Nos vemos a la salida, ¿vale? Te vendremos a recoger para ir juntos en el autobús. Espéranos a Connor o a mí, no salgas sin nosotros.

—Prometido.

Camina hacia atrás, diciéndole adiós a Evan con la mano hasta que, al salir al pasillo y darse la vuelta, se encuentra con Judith.

—Hola —la saluda él, metiéndose las manos en los bolsillos del vaquero.

—Hola —responde ella, sonriendo y echando rápidos vistazos a la clase de Evan.

—Es mi hermano pequeño —le informa él rascándose la nuca, algo avergonzado—. Es su primer día... y mi madre me ha pedido que venga a verle y...

—Es genial... —dice ella agachando la cabeza mientras se coloca unos mechones de pelo detrás de las orejas.

—¿Sí? —contesta Kai sorprendido, hasta que, al ver la oportunidad que se le acaba de presentar, decide aprovechar la ocasión—. Sí, la verdad es que no me cuesta nada y así le veo y yo también me quedo más tranquilo.

—Qué tierno...

—Sí... Esto... ¿te has perdido?

—Eso parece.

—Eso te pasa por no aceptar mi invitación. ¿A dónde querías ir?

—Al despacho del director. Tengo que entregar unos papeles que les pidió a mis padres...

—Sígueme, conozco el camino bastante bien —dice empezando a caminar, mirándola de reojo.

—Eso me ha parecido antes...

—Bah, las malas lenguas...

11

Caminan uno al lado del otro, esquivando a varios alumnos que, a pesar de la prohibición expresa, corren por los pasillos. Muchos de ellos saludan a Kai porque, a pesar de ser de cuarto, muchos le respetan como si fuera del último curso.

—Es aquí —dice entonces Kai, abriendo la puerta—. ¡Buenos días, Rose! ¿Cómo ha ido el verano?

—¡Malackay O'Sullivan, no me digas que ya te han castigado! ¡Batirías tu propio récord!

—¿Por quién me tomas, Rose? Solo venía a saludarte —contesta

con su mejor sonrisa, haciendo las delicias de la secretaría del director —, y a acompañar a esta señorita. Rose, ella es Jud, es su primer día en el colegio y ha tenido la suerte de que me sentara a su lado en clase. Jud, ella es Rose. Es colega, y de fiar, cualquier cosa que necesites, puedes confiar en ella...

Las dos le miran divertidas, hasta que Rose, poniendo los ojos en blanco, mira a Judith y con una sonrisa afable.

—Me llamo Judith, no Jud.

—Jud es más corto y mola más.

—Nadie me llama Jud.

—Y no dejes que nadie más lo haga, así el honor será solo mío.

—Bienvenida —interviene entonces Rose—. ¿Qué necesitas?

—Venía a traerle estos papeles al señor Zachary...

En ese momento, el director sale de su despacho.

—Rose, salgo unos minutos a...

En cuanto ve a Kai, se frena en seco, mira el reloj y, con la boca abierta, le pregunta:

—¿Ya? ¿Tan solo dos horas has tardado?

—Que no estoy castigado... Solo he venido a acompañarla. Es nueva, y no sabía dónde estaba su despacho. Qué fama tengo...

—Totalmente inmerecida, ¿verdad? —dice el señor Zachary, dándole unas palmadas en la espalda—. ¿Cómo ha ido el verano? ¿Tus hermanos están bien? ¿Y tus padres?

—Todos bien, señor. De hecho, Evan ha empezado este año.

—Otro O'Sullivan... ¿Me tengo que poner a temblar?

—No, para nada. Evan es muy inteligente. Mis padres han ido perfeccionando la especie conforme tenían hijos. Yo soy la prueba piloto y lo han ido mejorando hasta llegar a Evan.

—No te infravalores, Kai. Si te esforzaras tanto para estudiar como para hacer el mal, sacarías unas notas de escándalo.

—Me va más el lado oscuro...

—Ya... —resopla y, dirigiéndose a Judith, añade—: ¿Qué tienes para mí? Ah, sí.

¿Estos son los papeles que les pedí a tus padres?

—Sí, señor —contesta ella de forma muy educada.

—Perfecto entonces. Gracias. Espero no volver a verte por aquí en todo el curso y a ti —dice mirando a Kai—, al menos esta semana.

—Cinco días seguidos... Lo intentaré.

En cuanto salen de nuevo al pasillo, Kai la mira e intentando disimular su nerviosismo, evita su mirada.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio más? ¿Sabes llegar a tu taquilla desde aquí?

Yo voy para la mía para coger el bocadillo...

—No hace falta... Creo que me puedo orientar y sé llegar desde aquí.

—Vale... Pues nos vemos luego...

—Hasta luego.

La observa mientras se aleja y sabe que, aunque intente disimularlo, va muy perdida. Camina por el pasillo, recto, y si continúa así, acabará llegando a la puerta principal. Así pues, chasqueando la lengua, corre hasta ponerse a su altura.

—¿Te han adjudicado una taquilla fuera del colegio?

—¿Cómo? —pregunta ella con la cara roja como un tomate.

—¿Qué taquilla tienes?

—La 274 —susurra mordiéndose la mejilla por dentro de la boca.

—Ven —La agarra del brazo, tomando el primer pasillo a la izquierda, caminando pocos metros hasta que, apoyándose en una de las taquillas, le dice—: Esta es.

Judith se acerca a la que le indica y le mira con suspicacia antes de intentar abrirla.

—No te preocupes. Abrir taquillas no es uno de los motivos por los que piso tanto el despacho del director...

—No sé si eres de fiar... La fama que te precede habla por sí sola... —dice ella, haciendo girar la rueda para poner la combinación numérica.

—Como quieras. La mía está allí —señala mientras camina hacia la suya.

Mientras él coge su bocadillo, no puede evitar sonreír. Judith no solo es increíblemente guapa, sino que además parece una chica lista, no una boba que solo se preocupa por su aspecto físico. Y lo mejor de todo es que no se corta nada frente a él.

—¿Vas hacia el patio?

Kai se asusta al escuchar su voz tan cerca y no puede evitar dar un pequeño salto.

—¿Te he asustado? —dice Judith sin poder contener la risa—. Pensaba que eras un tipo duro.

—No... No, no me he asustado. Es solo que... Bueno, no.... Es igual. Que sí, que voy hacia el patio.

—¿Estás nervioso o algo? —le insiste ella, mirándole de reojo.

Kai la mira y, al verla sonreír de forma burlona, sin dejar de mirarle de reojo, entorna los ojos y ríe negando con la cabeza.

—¿Nervioso yo? ¿Por una chica? —pregunta con soberbia mientras salen al exterior—. Nunca me verás nervioso por culpa de una chica...

—¿Nunca? ¡Ya, claro! —le reta, acercándose a él con las manos en

la cintura.

Se quedan un rato mirándose de frente, a escasos centímetros el uno del otro.

Ella no retrocede ni un centímetro, aguantándole la mirada, mermando poco a poco la resistencia de Kai, que traga saliva cuando empieza a notar que su respiración se hace cada vez más pesada.

—¡Kai! ¡¿Echas unas canastas con nosotros?!

Le llaman a lo lejos, pero ellos dos no se inmutan. Se siguen mirando, aunque Kai empieza a claudicar y a echar rápidos vistazos alrededor.

—¿Qué es esto? ¿Una especie de pelea para ver quién aguanta más? —dice, pensando que usar una estrategia diferente pueda mover la balanza a su favor—.

Porque te advierto que me encantan las peleas... Y yo nunca pierdo...

—¡Kai! ¡¿Vienes o qué?! —vuelven a llamarle.

—Te esperan tus amigos —dice Judith.

—Que les jodan.

—¡Anda, tira para la pista! —le pide ella, dándole un empujón.

—¿Y dejarte aquí sola y desamparada?

—Créeme, sé cuidarme sola... Además, si me siento en peligro, gritaré para que vengas a salvarme.

—O si te entran unas ganas locas de ir a mear y no recuerdas el camino... — asegura él señalándola mientras camina de espaldas hacia la pista.

En cuanto llega, le indican con quién forma equipo y enseguida le llega el balón.

Después de driblar a un par de chicos y de hacer una pared con Tony, ya cerca de la canasta, se eleva y lanza el balón, que entra de forma limpia a través del aro. En cuanto lo hace, mira hacia Judith para comprobar que le haya visto encestar.

Comprueba que se ha sentado en un banco y que desde allí, sigue atenta los lances del partido. Ella le sonríe, hecho que envalentona a Kai, que enseguida vuelve a pedir el esférico e intenta acercarse a la canasta.

—¡Pásala, tío! —le recrimina un chico, pero él quiere lucirse frente a ella, quiere que le vea encestar, y si puede ser, una canasta tras otra.

—Deja de pavonearte y pásala, colega —le dice Tony, dándole un puñetazo en el hombro.

Pero Kai no les escucha. Su única obsesión ahora mismo es encestar cuantas más canastas mejor. Y cada vez que lo hace, ella sonríe, incluso aplaude, y Kai ve cada vez más cerca el momento en que le pueda dar un beso y pedirle que sean novios. Al fin y al cabo, eso es lo que hace la gente cuando se gustan, ¿no? Hacerse novios...

—¡Que la pases! —le dice entonces Troy, un chico un curso mayor que él, dándole un fuerte empujón que le hace caer al suelo de culo.

Muchos de los chicos empiezan a reír, incluso algunos que ni siquiera estaban jugando, así que lo primero que hace Kai es mirar hacia Judith, y cuando la descubre 14

riendo también, se enfurece y, enrabietado, se pone en pie en busca del chico que le empujó.

—¡Ha caído de culo, el muy tonto! —ríe, ajeno a las intenciones de Kai hasta que este se abalanza sobre él y le da un par de puñetazos.

El chico se zafa y, aún en el suelo, empieza a retroceder mientras otros gritan para llamar la atención de los profesores encargados de vigilar la hora del recreo.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta uno de ellos en cuanto se acerca, agarrando a Kai por la espalda.

—¡Se abalanzó sobre mí! ¡Sin motivos! —se queja el chico, limpiándose la sangre que le mana de un labio, mientras una profesora se interesa por sus heridas.

—¡Y una mierda! —grita Kai—. ¡Me empujaste y te reíste de mí! ¡Gilipollas! ¡Que eres un gilipollas!

—¡Eh, eh, eh! ¡Basta, Kai! ¡Y vigila ese lenguaje! —le advierte el profesor que le agarra.

—Pero es que... Es que... ¡Ese capullo empezó!

—¡Kai! —vuelve a reprenderle el profesor.

—¡Tú me pegaste!

—¡Vete a la mierda, Troy!

—Ya está bien, Kai. Acompáñame al despacho del director.

Kai se deja llevar, pasando entre una multitud de chicos que le observan, unos riendo aún por la caída, otros le miran con cara de miedo y algunos le aplauden y vitorean. Él está avergonzado aún, porque piensa que ha hecho un ridículo enorme, y no puede quitarse de la cabeza la imagen de Judith riéndose de él. Camina con la cabeza agachada, hasta que entran en el despacho del director.

—No puede ser... —resopla Rose.

—Siéntate ahí —le pide el profesor que le ha acompañado, señalando las sillas situadas a mano izquierda, mientras le explica a Rose el motivo de su presencia allí.

Pasan casi quince minutos cuando el director entra por la puerta. Se le queda mirando y luego, extrañado, mira a Rose y a su reloj.

—Esto ya lo he vivido... Cuando he salido antes... tú te habías ido, ¿no?

Al no contestarle Kai, el director mira a Rose, que asiente con la cabeza, resignada.

—Se ha peleado con Troy Adams de quinto, le ha pegado algunos

puñetazos, y ha dicho algunas palabras malsonantes… Troy sigue en la enfermería…

El director le mira fijamente durante unos segundos observando a Kai, el cual, apoyando la cabeza en la pared, mira el techo mientras golpea las patas de la silla con los pies.

—¿Ya estás contento? Primer día de clase, primera llamada a tus padres.

Kai se encoge de hombros, haciendo ver que le trae sin cuidado que le castiguen y que llamen a sus padres. Y es así, ahora mismo, lo único que le preocupa es que Judith le haya visto hacer el ridículo.

15

Media hora después, su madre entra en el despacho del director y, tras sentarse en la silla de al lado de su hijo, le mira con gesto severo.

—¿Ni un día, Kai? ¿Qué intentabas? ¿Batir un récord?

El director sonríe sin despegar los labios, dándose cuenta de que todos piensan lo mismo, aunque enseguida se pone más serio y le explica a Beth lo sucedido, incluyendo el estado físico de Troy, que ha salido de la enfermería con una ceja rota y un hematoma en el pómulo.

—¿En qué estabas pensando, Kai? —le pregunta su madre—. En nada bueno, como siempre. Kai, por favor… Inténtalo al menos…

Después de soportar las charlas de su madre y del director, Kai vuelve a clase.

La señorita Hubert está en mitad de la explicación de la fotosíntesis cuando él entra. Se deja caer en su pupitre y apoya los brazos encima de la mesa.

—Bienvenido, Kai —le saluda mirándole por encima de sus gafas —. ¿Y tu libro?

—En la taquilla —contesta él con desgana, sin siquiera mirarla.

—Este va a ser un curso muuuuuy largo… —resopla la señorita Hubert, quitándose las gafas y cogiéndose el puente de la nariz con los dedos—. Judith, ¿puedes acercar tu pupitre al de Kai y compartir tu libro con él?

Ella obedece al instante, sin rechistar, mientras Kai, incómodo, mira hacia el otro lado y la profesora prosigue con su explicación. Aún no está listo para mirarla a la cara, para enfrentarse a su mirada burlona por el ridículo de antes. De repente, siente unos suaves golpes en el brazo pero cuando mira a Judith, ve que está con la vista fija en la profesora. Se fija entonces en el papel que reposa encima del libro situado entre los dos.

"Juegas muy bien al baloncesto, aunque creo que te va más el boxeo"

Kai sonríe agachando la cabeza, totalmente extasiado de felicidad

y aliviado al comprobar que ella parece no haberle dado mucha importancia a su caída. Entonces, ella vuelve a acercarse el papel y, con la misma letra pulcra de antes, vuelve a escribir.

"Más que como guía, prefiero contratarte como guardaespaldas. ¿Cuál es tu precio? ¿Me va a costar muy caro?"

Kai gira la cabeza y entonces sus miradas se encuentran. Él entorna los ojos, sopesando su respuesta, la cual tiene muy clara, aunque no sabe si atreverse a confesarla. Se muerde el labio inferior y finalmente, cuando ve que ella le tiende el lápiz, se decide a escribir.

"Un beso es la tarifa normal"

En cuanto gira el papel para que ella lo lea, traga saliva y la mira expectante para ver su reacción. Judith levanta una ceja y luego, sin mirarle, dobla el papel y lo guarda al final del libro. Kai, resignado, apoya la barbilla en una mano y simplemente evade su mente, dejando que los minutos pasen, sin más. Así, en cuanto suena el timbre indicando el final de la clase y la hora del comedor, sale de clase y arrastra los pies hacia allí. En cuanto entra, antes de recoger su bandeja, se acerca a la mesa de los de primer curso y saluda cariñosamente a Evan. Charla con él y con alguno de sus

compañeros un rato, y luego se acerca hasta Connor, que está en la fila para recoger la comida.

—Me han dicho que has batido tu propio récord...

—Las noticias vuelan. ¿Me cuelas? —dice cogiendo su bandeja mientras Connor le deja ponerse delante de él.

—¿Estás bien?

—Por supuesto.

—¿Qué ha pasado?

—Que el gilipollas de Troy me empujó y se rió de mí.

—¿Ya está?

—¿Te parece poco?

—Le has partido la ceja...

—Es igual... Evan está bien. Se lo está pasando en grande —dice cambiando de tema mientras sostiene la bandeja ya con la comida en ella, esperando a que la recoja su hermano.

—Ya. Le fui a ver antes y estaba contentísimo porque le van a llevar al planetario.

—¡Jajaja! Lo sé. Qué raro es...

—Es adoptado —bromea Connor—. Bueno, tío. Nos vemos en el pasillo para coger el autobús.

—Vale. Hasta luego, Con.

Cuando se separan y Kai levanta la vista para buscar un sitio donde sentarse, ve a Tony haciéndole señas a los lejos, pero entonces ella se pone a su lado y le da un beso en la mejilla.

—¿Con eso vale? —le pregunta.
—Eh... Yo... Pues... —balbucea Kai, totalmente alucinado.
—Me tomaré eso como un sí —resuelve ella rápidamente—. ¿Me presentas a tus amigos?

Desde ese día y hasta que a su padre le volvieron a trasladar de oficina en el trabajo, casi dos años después, fuimos inseparables. Incluso logró que durante el tiempo que estuvo a mi lado, pisara mucho menos el despacho del director. Creo que el señor Zachary llegó a echarme mucho de menos, y Rose también, pero yo era sorprendentemente feliz portándome bien. Mis padres también estaban maravillados, tanto por mi comportamiento como por mis notas, que mejoraron mucho. Jud fue especial... Fue mi primer amor de

verdad.

CAPÍTULO 2

Annie

Está lloviendo a cántaros y, justo antes de salir por la puerta del colegio, Connor se sitúa frente a su hermano pequeño y le coloca la capucha del chubasquero.

—Evan, ¿te has vuelto a cargar el cristal de las gafas? —le pregunta quitándoselas y mirándolas a contraluz, valorando el estropicio.

—Me empujaron en los vestuarios.

—¡Joder, macho! ¡Pero defiéndete un poco! ¡Que Kai y yo no podemos estar siempre pegados a tu culo! Verás papá cuando sepa que tiene que comprarte otras...

—No tengo pensado decírselo, así que tampoco él se dará cuenta... Últimamente no es que nos preste demasiada atención que digamos...

—Y sabes el motivo, pero pronto todo irá a mejor —asegura Connor, intentando sonar lo más convincente posible para proteger a su hermano de la cruda realidad—.

Ahora vamos a buscar a Kai.

—¿Dónde está Kai, por cierto? —pregunta Evan mientras su hermano le pone de nuevo las gafas—. ¿No tendría que recogernos él a nosotros al salir del instituto?

—Está en el almacén abandonado de aquí atrás... —responde Connor, agarrando a su hermano del impermeable, tirando de él mientras salen a la calle.

En cuanto bajan las escaleras, en lugar de emprender el camino a casa, giran hacia la parte de atrás del colegio de secundaria donde estudian los dos, dirigiéndose hacia el almacén.

—¡¿Pero a dónde vamos?! —grita Evan para hacerse escuchar por encima del ruido de la lluvia, dejándose arrastrar por Connor.

—¡A buscar al capullo de tu hermano!

—¡Pero tenemos que volver corriendo a casa! ¡Papá se va a enfadar si no estamos allí para cuidar de mamá! ¡Tengo que hacer deberes y no puedo permitirme estar castigado durante mucho rato!

De repente, Connor gira la cabeza y le mira entornando los ojos de forma amenazadora. En cuanto le ve, Evan sabe que es mejor que cierre la boca.

—¡Al final te zumbo yo, te lo juro! ¡¿Puedes dejar de ser pedante durante, al menos, dos minutos?! ¡Ya sé que tenemos que volver rápidamente a casa, pero parece que Kai lo ha olvidado!

En cuanto se cuelan por la verja oxidada que intenta impedir, sin

ningún éxito, la entrada al almacén, empiezan a escuchar gritos y mucho barullo. Son signos inequívocos de que se ha organizado una nueva pelea, y donde hay una, Kai no puede andar muy lejos. Al entrar dentro del edificio destartalado, ven un grupo de chicos y chicas formando un círculo, animando y vitoreando a los dos contendientes, que deben de estar en medio de todos ellos. Connor y Evan se hacen paso, hasta que se ponen delante y ven a Kai pegándose con un chico del último curso de su instituto, que debe de tener unos dieciocho años. La edad del rival parece no importarle a su hermano, ya que su altura y corpulencia le hace pasar por un chico de más edad de la que realmente tiene. Ambos van sin camiseta y, aunque el otro tipo tiene la cara muy ensangrentada, Kai parece bastante ileso a simple vista.

—¡Kai! ¡Eh, Kai! —grita Evan para intentar llamar la atención de su hermano mientras se agarra con fuerza de la manga de la sudadera de su otro hermano—.

Vámonos, Connor. Ya vendrá luego.

—¡Ni hablar! Evan, tranquilo. Sin Kai no nos vamos —le contesta.

Cuando Connor vuelve a mirar hacia delante, ve como el otro tipo ha recogido una barra de metal del suelo y la balancea por delante de Kai, el cual, de momento, la esquiva con relativa facilidad.

—¡Kai! ¡Tenemos que irnos a casa! —grita de nuevo Evan.

Connor le da un golpe con el puño cerrado, sin medir la fuerza, que obliga a su hermano a llevarse la mano el hombro, doliéndose del golpe.

—¡Ah! Me has hecho daño... —se queja compungido.

—¡Calla! No le desconcentres. ¿No ves que el otro lleva una barra?

Por suerte, Kai está lo suficientemente concentrado en la pelea como para no percatarse de sus gritos. Su madre suele decirle que si pusiera el mismo empeño en los estudios que en pelear, Kai sería un alumno de matrículas.

El tipo mueve la barra con rapidez y consigue asestarle un duro golpe a Kai en la cabeza, haciéndole caer al suelo. Evan aprieta su agarre con más fuerza alrededor del brazo de Connor, mientras este aprieta los puños, como si estuviera dispuesto a meterse en la pelea en cualquier momento para defender a su hermano. No lo hace porque Kai no se lo perdonaría en la vida. Gane o reciba una brutal paliza, quiere hacerlo solo y sin ayuda de ningún tipo.

—Vamos... Vamos, Kai... Tú puedes... —dice Connor entre dientes, casi para sí mismo, justo en el momento en que Kai se levanta, se limpia la sangre con el antebrazo y, sonriendo, le hace una seña al otro tipo para que se vuelva a atrever a darle.

El tío parece haberse envalentonado y en cuanto arremete con fuerza con la barra, Kai la esquiva echándose a un lado, la agarra con

fuerza y le propina un rodillazo en el estómago. Al instante, mucha de la gente congregada alrededor, vitorea a Kai, demostrando la popularidad que despierta entre los chicos y chicas del barrio. En cuanto su oponente cae de rodillas al suelo, suelta la barra para agarrarse el vientre con 19

ambas manos. Kai aprovecha y la lanza lejos de ellos de un puntapié. Luego le agarra del pelo y, aprovechando que su rival aún no se ha recuperado del último golpe, le obliga a levantarse sin oponer demasiada resistencia y le suelta un fuerte derechazo en el mentón.

Connor sonríe con orgullo mientras la gente grita y vitorea a Kai. Evan se agarra de la sudadera de su hermano y hunde la cara en ella. La lluvia de golpes prosigue sin descanso, hasta que a lo lejos se escuchan unas sirenas de coches de la policía. El lugar se sume entonces en el caos. Todos corren despavoridos para que la policía no les pille allí dentro.

—Vámonos, Connor. Papá nos va a matar... Dios mío... Y vamos a hacer sufrir a mamá, y no le conviene... —balbucea Evan, totalmente aterrado—. ¡Kai, por favor!

Pero Kai no le hace caso, sino que, sonriendo, vuelve a levantar a su contrincante, dispuesto a seguir con la pelea, demostrando no tener ningún tipo de temor a lo que la policía pueda hacerle. Pero su rival no parece pensar lo mismo, y está más preocupado en zafarse del agarre y salir corriendo que en seguir pegándose.

—¿A dónde te piensas que vas? —le pregunta Kai.

—Vamos, tío. La poli nos llevará detenidos y mis padres me van a matar...

—O sea, que te rajas... —insiste aún sonriendo.

—Estás pirado... ¿Quieres que te encierren? Perfecto entonces, pero no me arrastres a mí contigo —El tipo intenta soltarse del agarre de Kai, pero este sigue reteniéndole con fuerza—. ¿Qué es lo quieres? ¡Está bien! ¡Tú ganas! ¡¿Contento?! ¡Tú ganas!

Solo entonces, Kai abre la mano y le deja ir, mirando alrededor. Entonces se da cuenta de que queda poca gente en el almacén: Connor y Evan, unos pocos colegas, y Annie. Cuando sus ojos se encuentran, él le sonríe encogiéndose de hombros y acercándose a ella con paso lento.

—Estás pirado... —le dice.

—Eso dicen las malas lenguas... —contesta Kai poniendo las manos alrededor de la cintura de ella.

—¿Y todo esto porque se le ocurrió meterse en el vestuario de las chicas y montar algo de follón?

—Y por verte en ropa interior. Eso solo puedo hacerlo yo...

Justo después de decir eso, Kai acerca su boca a la de Annie y la

besa con firmeza, demostrando que, a pesar de tener dieciséis años, tiene sobrada experiencia en el tema. Connor los mira sonriendo como un bobo, mientras que Evan niega con la cabeza, agachándola avergonzado.

—Debemos irnos —dice Annie al escuchar la sirena de la policía ya muy cerca—.

¿Nos vemos mañana?

—Esta noche —contesta él besándola de nuevo.

20

—No puedo. Mis padres no me dejarán salir.

—Tus padres no tienen porqué enterarse. Deja la ventana de tu habitación abierta y yo me las apaño...

—Eres un pandillero de manual.

—¿Y eso es bueno o...?

—Eso es lo que me gusta de ti —dice ella mientras empieza a distanciarse, caminando de espaldas, y guiñándole un ojo.

—Siento interrumpir este precioso momento —se mofa Connor—, pero la pasma está aquí y tenemos que volver a casa. Ya.

—La tengo en el bote —dice Kai dándole un manotazo a Connor en el hombro—.

Esta noche me la tiro.

—Esa chica es demasiado para ti. Es una de las pijas del barrio... No te pega nada.

Kai mira a Connor con una sonrisa de suficiencia en la cara, consciente de que no le falta razón. Annie no es para nada de su mismo nivel social, vive en la parte "rica"

del barrio, donde están las casas más nuevas. Sus amistades son muy distintas y sus aficiones también. Pertenecen a dos mundos totalmente diferentes, pero eso es precisamente lo que le atrae a ella de él, mientras que Kai solo es capaz de ver esa melena rubia y lisa y esos labios carnosos.

—Cuando sus padres te vean merodeando a su alrededor, te impondrán una orden de alejamiento —dice entonces Evan, llamando la atención de sus dos hermanos.

—¿Otra vez las gafas? —le pregunta Kai mientras se pone la camiseta.

—Le han vuelto a arrear —le informa Connor.

—¿Y te extraña? ¿Merodeando? ¿Qué niño de doce años habla así? —le contesta Kai, justo antes de centrarse en Evan—. Dime que al menos intentaste protegerte poniendo los brazos tal y como te enseñé.

—No me dio tiempo... —contesta con la cabeza agachada—. Estaba leyendo y...

—¡¿Pero no me dijiste que estabas en el vestuario?! —le pregunta

Connor mientras Evan asiente con la cabeza.

—¡¿Y se puede saber qué cojones hacías leyendo en el vestuario?! —le grita Kai—. ¡Es que te lo buscas tú solo! ¡Eres un puto imán para los golpes, tío!

—Pero ya me había cambiado y tenía un rato libre y... —se excusa Evan.

—Pues haces como el resto de chicos, el idiota. Esfuérzate por ser normal y no recibirás tantas hostias.

En cuanto salen, esquivando por los pelos a la policía, empiezan a correr hacia su casa. Van tan rápido que se les caen las capuchas y se empapan el pelo, aunque eso les importa bien poco.

21

—¡Vamos, Evan! ¡Que te quedas atrás! —grita Kai.

—Es que vais muy rápido —contesta haciendo un esfuerzo por seguirles el ritmo sin caerse al suelo, secándose a la vez las gotas que caen en los cristales de sus gafas, y todo ello sin que se le caiga la carpeta con los deberes que lleva bajo el brazo.

—¡Y tú eres muy lento!

—¡¿Ahora os asaltan las prisas?! ¡Llevo advirtiéndoos de esto desde hace un buen rato, pero como siempre, pasáis de mí! ¡Papá dejó bien claro que quiere que volvamos a toda prisa en cuanto salgamos de clase!

—¡Cállate, Evan! —gritan Connor y Kai a la vez.

—Un día le arreo yo al Pepito Grillo este... —le dice Kai a Connor—. ¿Estás seguro de que no es adoptado?

—Se parece bastante a mamá...

—¿Qué insinúas? ¿Que mamá le puso los cuernos a papá?

—Yo no insinúo nada, gilipollas —contesta Connor mientras los dos ríen.

—Pues este te digo yo que no es O'Sullivan.

Suben los escalones del porche de su casa y entran en su casa como una exhalación, mirando alrededor en busca de su padre, preparados para su mirada de reproche y la reprimenda. Luego van a la cocina, y al no verle tampoco allí, dejan las mochilas y se quitan las sudaderas empapadas, y empiezan a subir las escaleras.

—¿Papá? —le llama Kai, ya en el pasillo del piso superior.

—Sentimos llegar tarde —prosigue Connor abriendo la puerta del dormitorio de sus padres, mintiendo para librarse de la bronca—, pero tuvimos que acompañar a Evan a la biblioteca y...

Se queda mudo al ver a su padre sentado al lado de la cama donde yace estirada su madre. Tiene la cara enterrada entre sus manos y los codos apoyados en las rodillas.

—¿Mamá...? —la llama Evan.

Su madre se remueve en la cama, provocando que los tres suelten una larga bocanada de aire que ni ellos mismos eran conscientes de que retenían en los pulmones. En ese momento, parece como si su padre se diera cuenta de su presencia por primera vez, como si no les hubiera escuchado hablar antes, y se levanta.

—Chicos, acercaos... —les pide con lágrimas en los ojos.

Los tres le hacen caso, descolocados, como si, a pesar de saber desde hace tiempo que su madre está muy enferma y de que la enfermedad está ya muy avanzada, no se lo creyeran del todo y aún tuvieran esperanzas de que se recuperara.

—¿Papá...? ¿Es...? ¿Ya? —pregunta Connor.

—Cariño... —le pide su madre con la voz muy débil, alzando un brazo para cogerle.

—Mamá —dice Connor arrodillándose al lado de la cama.

—Mi vida... Confío en ti, ¿vale? Cuida de ellos, ¿lo harás?

—Pero estás tú... Si luchas aún puedes quedarte con nosotros.

—Estoy muy cansada, cariño...

—Mamá... —solloza con un gran nudo en la garganta.

—Prométeme que sonreirás y serás feliz.

—Te lo prometo —contesta Connor al cabo de un rato, con la cara bañada en lágrimas.

—¿Sabes lo mucho que te quiero?

—Sí.

—No lo olvides nunca, ¿vale?

—Nunca.

Su madre cierra los ojos y traga saliva con dificultad. Cuando los vuelve a abrir, mira a Evan, que llora desconsoladamente, con la cara desencajada, abrazándose el cuerpo con ambos brazos.

—Mi bebé... Evan...

—¡Mamá, no! —grita él abalanzándose contra ella, abrazándola con todas sus fuerzas.

—Escúchame, cielo —le pide cogiendo su cara con las manos.

—¡No me dejes solo, mamá! ¡No te vayas! —grita Evan.

—¿Solo? Nunca vas a estar solo, mi vida. Mira alrededor —le pide mientras su hijo le hace caso—. ¿Acaso te piensas que tu padre y tus hermanos te dejarán solo?

Siempre te protegerán, ¿vale?

Evan asiente, incapaz aún de mirar a su madre a la cara, mientras Connor le agarra con fuerza del brazo, empezando a mostrarle que las palabras de su madre son ciertas y que, a pesar de renegar de él constantemente, le defenderá toda la vida.

—Te quiero, pequeño. Y estoy muy, pero que muy orgullosa de ti

—insiste su madre, poniéndole bien las gafas sobre el puente de la nariz—. No cambies nunca y no tengas miedo de mostrarte tal cual eres.

—Te quiero, mamá...

Sin dejar de abrazar a Evan, Beth mira entonces a su hijo mayor, que permanece impertérrito en el sitio, con los brazos inertes a cada lado del cuerpo, cerrando los puños con fuerza. Respira con fuerza por la nariz, con la boca cerrada, apretando los labios.

—Kai... Acércate, cariño...

Kai no se mueve y se limita a negar con la cabeza.

—Kai, haz lo que te pide tu madre —le reprocha Donovan mientras él sigue negándose, muy serio.

—¿Te has vuelto a pelear, cariño? —le pregunta su madre al ver el hilo de sangre cayendo desde la ceja de su hijo.

Todos miran a Kai, esperando que conteste a su madre, o que no lo haga, pero que al menos le muestre algo de cariño. Lejos de hacer eso, Kai asevera el gesto mientras su pecho sube y baja con rapidez.

—Quiero que no dejes de hacerlo nunca —dice entonces Beth, sorprendiendo a todos—. Quiero que sigas peleando para poder proteger a tus hermanos siempre que lo necesiten. Solo te pido que me prometas que tendrás cuidado. Te quiero mucho, Kai.

Kai esperaba que su madre le sermoneara, no que le alentara a seguir peleando, y arruga la frente, confundido. Mira al suelo y mueve la cabeza de un lado a otro, hasta que sus puños se empiezan a relajar.

—Donovan... —habla de nuevo Beth, dirigiéndose esta vez a su marido, ya con solo un hilo de voz, mientras él se acerca hasta que su cara queda a escasos centímetros de la de ella—. Recuerda tu promesa... Te lo pido por favor...

—Te lo prometo. Te amo...

—Lo sé. He sido muy feliz...

En ese momento, los ojos de Beth se cierran y su padre se derrumba. Sus hermanos, muy asustados, no se separan de la cama, mientras que Kai se mantiene en un segundo plano. Le cuesta respirar y siente una presión en el pecho que le es imposible de describir. Mira a su madre a la cara, esperando verla reaccionar, que abra los ojos y le vuelva a sonreír para entonces poder decirle que él también le quiere. Pero espera varios minutos, en los que ni su padre ni sus hermanos dejan de llorar y entonces, sin saber bien el motivo, sale de la habitación, baja las escaleras, sale de casa y empieza a correr. La lluvia no ha cesado y él ha salido con lo puesto, sin chubasquero, así que pronto empieza a sentir la camiseta pegada al cuerpo, cada vez más pesada.

Cuando los pulmones le arden, se detiene y da vueltas sobre sí mismo, llevándose las manos a la cabeza, e intentando recuperar el aliento y comprobar si la presión del pecho ha desaparecido. Se descubre rodeado de árboles, en mitad de un parque que le es vagamente familiar porque su madre solía traerles cuando eran más pequeños, a pasear, jugar en el parque infantil e incluso a bañarse en la piscina cercana. El simple hecho de acordarse de nuevo de ella, provoca que su respiración vuelva a cortarse y se le escapen varios jadeos. Preso de la impotencia, golpea el tronco de un árbol con ambos puños, hasta que sus nudillos empiezan a sangrar y a dolerle horrores. Sin dejar de apretarlos, se obliga a alejarse y camina hacia la pasarela de madera. Una vez allí, se deja caer al suelo con pesadez y esconde la cara entre las piernas.

24

Varias horas después, cuando ya ha empezado a anochecer, se pone en pie, dispuesto a irse, aunque aún no tiene claro a dónde. Se mira las manos, que le tiemblan sin parar, y se obliga a cerrarlas en forma de puño, a pesar del dolor que las heridas le provocan. Aprieta la mandíbula con fuerza, recordando las palabras de su madre, que se repiten una y otra vez en su cabeza desde que ella las pronunció.

"Quiero que sigas peleando..."

—Esa será la manera de demostrarte que te quiero, mamá —piensa Kai en voz alta—. Peleando. Siempre. Para defender a mis hermanos. Para sobrevivir en la vida.

Camina hacia la salida del parque arrastrando los pies. La lluvia ha amainado, aunque corre una fría brisa que, sumado a que lleva la ropa empapada, le provoca escalofríos. Se lleva las manos a los bolsillos del vaquero y entonces descubre que en uno de ellos aún lleva un cigarrillo de marihuana que le regaló un alumno del último curso. Saca el mechero, lo enciende y le da una larga calada, soltando luego el humo lentamente, con los ojos cerrados. Varias caladas después, una sonrisa renovadora se le ha instalado en la cara y consigue olvidarse de todo, al menos durante un rato.

A pesar de no haber cenado, no tiene hambre, así que en lugar de ir para casa, se dirige a la de Annie. En cuanto salta la verja de forja y llega al jardín trasero, busca una piedra pequeña y, con una precisión perfecta, la lanza, impactando en la ventana de su habitación. La luz se enciende al momento y ella aparece. Abre la ventana y le sonríe mordiéndose el labio inferior. Kai se encarama a la tubería atornillada en la fachada y empieza a escalar por ella hasta llegar al alféizar.

—Hola... —susurra ella en cuanto él entra en la habitación.

—Hola —contesta él en un tono de voz demasiado alto.

—Shhhh... Baja la voz —le pide ella—. Que mis padres están en el

piso de abajo viendo la televisión, pero pueden subir en cualquier momento.

—Perdón —ríe Kai, algo colocado, acercándose a ella hasta pasar los brazos alrededor de su cintura.

—Estás empapado —dice Annie, apartándole con ambas manos—. Me vas a mojar el pijama.

Ni corto ni perezoso, Kai, mirándola desafiante, se quita la camiseta y la tira al suelo, quedándose desnudo de cintura para arriba. Luego se desabrocha el botón del vaquero y se deshace de él, no sin esfuerzo debido a lo mojado que está. Cuando se quita los calcetines y solo queda el bóxer, la mira sonriendo de medio lado, mientras se acerca de nuevo a ella mordiéndose el labio inferior.

—¿Mejor? —le pregunta justo antes de besarla.

Al rato, envalentonado, Kai empieza a caminar hacia la cama de Annie, arrastrándola a ella con él, sin despegar la boca de su piel.

—Kai, no... Mis padres están abajo...

—Pues sé silenciosa...

—Mi padre te mataría solo por el simple hecho de encontrarte aquí dentro.

Imagínate si nos pilla en la cama y tú vas vestido solo con la ropa interior...

—Vamos... —insiste él, recostándola en la cama mientras le intenta inmovilizar los brazos contra el colchón.

—Kai, no...

—Annie...

—No estoy preparada aún...

—¡¿No me jodas que eres virgen?! —pregunta Kai sorprendido porque Annie siempre ha sido una chica muy popular y siempre ha ido rodeada de chicos.

—Sí —contesta ella algo avergonzada aunque con firmeza—. Simplemente, aún no ha aparecido la persona indicada. ¿Y tú...?

—¿Yo?

A Kai se le escapa la risa y echa la vista atrás, intentando recordar el número de chicas con las que se ha acostado, la mayoría, mayores que él.

—Pero no me importa. No pasa nada. Lo necesito... te necesito.

—Pues te aguantas. Estaba planteándome dar el paso contigo, pero simplemente, eres como los demás...

—No me seas estrecha.

—¡Kai, no! ¡Basta!

En cuanto se dan cuenta del tono de voz que Annie ha utilizado, los dos se quedan quietos y expectantes, hasta que, como se temían,

escuchan la voz del padre de ella y sus pasos mientras sube por la escalera.

—¡Mierda! —susurra Annie empujándole—. Rápido, escóndete debajo de la cama.

Kai le hace caso de inmediato mientras Annie agarra el auricular del teléfono de su mesita de noche, rezando para que su madre no esté usándolo también, y se lo lleva a la oreja.

—Annie, cariño —dice su padre abriendo la puerta, mirando alrededor de la habitación sin demasiado disimulo.

—¿Con quién hablabas?

—Con Kai —dice enseñándole el auricular—. De hecho, aún estoy hablando con él. Le estoy echando un cable con los deberes de historia que nos han mandado hoy.

Papá, ¿a que Nixon fue vicepresidente de Eisenhower y no de Kennedy? ¡Kai! ¡¿Cómo va a ser de Kennedy si era demócrata y Nixon republicano?!

Kai, debajo de la cama, quieto y casi sin respirar, alucina ante el poder de inventiva de Annie, que sigue haciendo que habla con él por teléfono, sin descanso y sin hacer caso a su padre, aún apoyado en el marco de la puerta.

—Vale cariño... Os dejo que sigáis... estudiando —murmura su padre.

Aunque la puerta se ha cerrado ya, Kai no se atreve a salir de debajo de la cama hasta que Annie no asoma la cabeza.

—Puedes salir.

En cuanto él lo hace, Annie le tira la ropa mojada, que se había encargado de recoger para que su padre no viera, y le mira de brazos cruzados.

—Vístete y vete. Mi padre ha estado a punto de pillarnos y yo no sé tú, pero valoro bastante mi vida.

—Vamos, no te enfades... No me digas que este subidón de adrenalina no te pone... —insiste él mientras se intenta meter los vaqueros, sabedor de que esta noche no conseguirá nada con Annie, y pensando que puede que sea muy guapa y popular, pero también una estrecha.

—¿Subidón? Si mi padre te llega a pillar aquí, te hubiera dado una paliza que no hubieras olvidado en la vida.

—Ya será menos...

—Es mi padre, y se preocupa por mí... Es lo normal... ¿Acaso tus padres no se preguntarán dónde estás ahora mismo? —le pregunta sin cambiar la postura autoritaria—. ¿Saben ellos que te cuelas en casas ajenas?

A Kai se le borra la sonrisa de la cara y se queda inmóvil, mirándola con la frente arrugada, sin saber bien qué responder a eso.

—Sí... Supongo que sí... —miente, consciente de que su padre estará tan hundido que a duras penas se habrá percatado de su marcha, tal y como lleva pasando desde hace unos meses, desde que la enfermedad de su madre la postró en la cama día y noche.

Sin más, con el humor totalmente cambiado, sale por la ventana y baja por la misma tubería por la que ha subido antes. Al llegar abajo, mira hacia la ventana y, al no verla asomada, sabe que si alguna vez tuvo alguna oportunidad de salir con una chica como Annie, esta tarde la acaba de perder.

Arrastra los pies de camino a casa, con las manos en los bolsillos, cabizbajo.

Cuando pasa por delante del gimnasio del barrio, sus pies se frenan en seco, como si actuaran por cuenta propia. Gira la cabeza y al ver la puerta entreabierta, no se lo piensa dos veces y la traspasa. Conoce el lugar porque ha venido alguna vez con su padre a presenciar alguna pelea amateur. Camina con sigilo por el interior, vacío a estas horas, aunque se escucha a lo lejos el eco de una radio encendida. Se acerca al cuadrilátero y pasea los dedos por la lona, hasta que llega al saco colgado en un lateral.

Se agarra a él con ambas manos y apoya la frente, respirando con pesadez. Sin pensarlo, sin ser consciente del todo, se separa unos pasos y se pone en guardia, colocándose de lado mientras alza los puños frente a su cara. Lo golpea con ritmo, acompasando a la vez la respiración, mezclando ganchos de derecha con otros de izquierda, lanzando directos y amagando que se aparta.

27

—Tu izquierda es demoledora, pero no te proteges bien cuando usas la derecha.

Resoplando con fuerza para recuperar el aliento, Kai se agarra al saco y mira hacia el hombre que le acaba de hablar, un tipo negro, de casi dos metros de estatura y con cara de mala leche. Empieza a caminar hacia él, pero Kai, lejos de asustarse, se queda agarrado del saco.

—Dame las manos —le dice el tipo.

Kai aprieta los labios y le mira con recelo, hasta que le obedece y comprueba como el tipo se las empieza a vendar. Luego, agarrándole por los hombros, le separa unos pasos del saco y mientras le dice que dé un derechazo al saco, mueve su brazo izquierdo.

—Cuando golpees con tu derecha, el brazo izquierdo aquí, a esta altura. Es tan importante saber protegerse como golpear bien. No lo olvides nunca.

Kai no contesta, pero se mira las manos y luego estudia la postura que ese tipo le ha recomendado para protegerse.

—Venga. Golpea.

Pasados unos segundos, Kai empieza a golpear de nuevo el saco mientras el tipo lo sostiene desde atrás, gritándole alguna consigna que él no duda en obedecer casi de inmediato. Al rato se descubre golpeando sin cesar, moviéndose de un lado a otro, respirando con fuerza por la boca, sudando por todos los poros de su piel y, lo que es más sorprendente, llorando.

—Vale, vale, vale... —le detiene el tipo, recibiendo alguno de los golpes de Kai, que no ha sido capaz de detenerse al instante—. ¿Estás bien, colega? ¿Qué hacías tú solo por la calle a estas horas? ¿Dónde están tus padres?

Kai, incapaz de responder a todas las preguntas, llora desconsoladamente en brazos del tío, soltando todas las lágrimas que por alguna razón que se le escapa, sus ojos han sido incapaces de derramar hasta ahora.

—Está bien... Escucha, ¿cómo te llamas?

—Kai... Kai O'Sullivan —contesta casi en un susurro.

—Bien, Kai. Yo soy Marty y soy el dueño de este gimnasio. ¿Quién te ha enseñado a pegar así? ¿Tu padre?

—Un poco...

—¿Y qué haces a estas horas en la calle? Estará preocupado...

—Mi madre ha muerto esta tarde...

—Oh, vaya... —dice Marty, descolocado—. Lo... lo siento mucho, Kai.

—Estaba muy enferma. Sabíamos que este día iba a llegar tarde o temprano.

Me... había hecho a la idea, ¿sabe? —dice Kai, que parece que ha recuperado las ganas de hablar y ha encontrado en Marty a la persona ideal con la que desfogarse—. Casi tenía estudiado el momento en mi cabeza, cómo iba a pasar, lo que ella nos diría, cómo

iban a reaccionar todos, lo que yo le iba a decir... Y todo salió tal y como había pensado... excepto que yo me quedé sin habla.

Marty conduce a Kai hasta un banco, en el que ambos se sientan. Sigue llorando sin consuelo, sin molestarse en secárselas, dejando que resbalen por sus mejillas y caigan al suelo.

—No fui capaz de decirle que yo también la quiero. No fui capaz de decirle que por supuesto que cuidaré de Connor y de Evan. Ni siquiera fui capaz de acercarme para abrazarla. Soy un gilipollas...

—No digas eso... Seguro que ella lo sabía... Oye, ¿te has peleado con alguien?

—¿Qué...? —pregunta Kai, confundido, hasta que se acuerda de su

ceja ensangrentada.

—Escucha… ¿quieres venir a entrenar cada tarde? Supongo que tu padre preferirá saber que te estás pegando aquí dentro que en la calle…

—No… No lo puedo pagar…

—¿Quién ha dicho que te vaya a cobrar? Mira, vamos a hacer un trato: yo te dejo venir aquí por las tardes a entrenar, y tú me pagas no metiéndote en líos ahí fuera. Ve a casa, empieza a cumplir la promesa que le hiciste a tu madre y cuando estés preparado, ven aquí por las tardes. Eso sí, tu padre tiene que darte permiso para hacerlo. Sin su consentimiento, no hay trato.

Ese día perdí a dos mujeres… a la chica popular e inalcanzable que no pudo resistirse a mis encantos, y a la mujer que me quiso de forma incondicional. Fue uno de los peores días de mi vida, uno que me perseguirá para siempre. Nunca dejaré de preguntarme si cuando mi madre cerró los ojos, sabía lo mucho que yo la quería y cuánto la iba a echar de menos. Pero me propuse cumplir su petición a rajatabla y ese día se convirtió también en el principio de todo. Di mis primeros pasos para hacer de mi habilidad con los puños, mi profesión, y de la protección de mis hermanos, una promesa que no iba a incumplir nunca en la vida.

29

CAPÍTULO 3

Gabriella

—¿Vendrás a verme mañana por la noche?

—Tengo que estudiar. En tres días tengo el examen final de anatomía.

—¿Anatomía? En eso te puedo ayudar yo...

—¡Kai, no! —dice Gaby zafándose de su agarre.

—Sabes que no tendrás mejor profesor que yo en esa materia.

—No lo dudo, pero no creo que ese tipo de estudio me ayude a aprobar el examen.

—¿Cuándo puedes? ¿Ahora, esta noche, mañana...?

—Ni ahora, ni esta noche, ni mañana. Y ya que preguntas, la próxima semana tengo el final de biología, así que...

Kai resopla resignado, dejando caer los brazos inertes a ambos lados del cuerpo.

Agacha también la cabeza y mira al césped que rodea la facultad de medicina de la Universidad de Nueva York, donde Gabriella, su novia desde hace casi un año, estudia.

—Vamos, Kai. No te pongas así. Te lo llevo advirtiendo desde hace semanas. Te dije que cuando llegaran los exámenes finales, no nos veríamos —dice ella, a una distancia prudencial para que él no la agarre. Sabe que si Kai la estrecha con fuerza entre sus brazos y la besa, le será prácticamente imposible resistirse a sus encantos.

—Es solo que... te echo de menos...

—¡Eso es imposible! ¡Empecé a estudiar para los exámenes finales hace dos semanas, tengo el primer examen mañana, y de momento no has cumplido la orden de alejamiento que te impuse ningún día!

—Pero... Yo no tengo la culpa... No sé pasar un solo día sin ti... —susurra Kai totalmente derrotado.

—Lo hemos hablado muchas veces, Kai. Quiero hacer medicina y para ello tengo que estudiar, y mucho. Dijiste que lo entendías y que me darías todo el tiempo que necesitara.

—Sé lo que dije... Pero necesito verte...

Gaby empieza a caminar hacia él, agachando la cabeza para buscar su mirada hasta que, a una distancia corta, Kai se abalanza sobre ella y la agarra con fuerza de la cintura. Sonríe delatándose mientras acerca la cara al hueco del cuello de ella.

—¡Eres un capullo abusón! ¡Y un mentiroso! —se queja Gaby mientras él besa su hombro, aún sonriendo.

—Capullo, a veces. Abusón, vale, puede que sí. Pero mentiroso... ¡eso nunca! Te echo de menos, no sé pasar ni un solo día sin ti y

necesito verte a todas horas. Incluso creo que me he quedado corto —Y acercando la boca a su oreja, sigue—: porque también necesito acostarme contigo a todas horas.

Justo después de decir eso, Kai muerde el lóbulo de la oreja de Gaby y ella sabe que está perdida. Ladea la cabeza y hunde los dedos en el pelo de su nuca. Como si quisiera darle más argumentos, él la agarra en volandas y la obliga a poner las piernas alrededor de su cintura. Gaby deja caer los libros al suelo, junto con la mochila y su cazadora tejana. Kai sube sus manos por los costados de ella, hasta llegar a la altura de sus pechos. Sutilmente, los empieza a acariciar con los pulgares, hasta que ella deja escapar un jadeo y Kai no puede evitar esbozar una sonrisa triunfal.

—¿De qué te ríes, cabrito? —le pregunta Gaby sin dejar de besarle.

—De lo rápido que cambias de opinión... Parece que ahora sí quieres que te dé algunas clases de repaso de anatomía, ¿no?

De repente, Gaby deja de besarle y se separa de él, mirándole fijamente a los ojos. Muy seria, pone los pies en el suelo y se da la vuelta contrariada.

—Gilipollas.

—Vamos... Era una broma... —dice intentando agarrarla de nuevo.

—¡No! ¡Has perdido tu oportunidad! Con lo bien que habías quedado con ese "te echo de menos"... Ya decía yo que algo tan bonito y romántico no podía salir de tu boca a no ser que buscaras algo a cambio.

—Gaby, por favor... No te enfades. No te mentía... te echo de menos.

—¿Te piensas que soy imbécil? Ya no cuela. Echas de menos follar, no a mí.

—¡No es verdad! Vamos... Sabes que yo...

—¡¿Tú, qué?! ¿Qué es lo que sé? ¡Vamos! ¡Dilo!

Gaby se cruza de brazos y le observa muy seria, mientras la sonrisa de Kai se va borrando poco a poco, dándose cuenta de que ella no bromea ni lo más mínimo.

—Ya me lo imaginaba —afirma ella mientras empieza recoger sus cosas del suelo—. Intentas aparentar que eres un tipo duro, pero en realidad no eres más que un cobarde incapaz de expresar lo que siente.

Gaby le mira fijamente, retándole, dándole una nueva oportunidad para expresar sus sentimientos, pero al ver que pasan los segundos y Kai no reacciona, abre los brazos y los deja caer, desesperada. Se da media vuelta y empieza a caminar con decisión hacia la residencia de estudiantes donde vive. Él la observa durante un rato y, aunque su

cabeza le grita consignas para que corra tras ella e intente hacer las paces, su cuerpo es incapaz de moverse.

Kai no sabe lo que siente por ella, pero sí sabe que es algo hasta ahora desconocido para él. Nunca antes había sentido la necesidad de ver a una chica tan a menudo, de no poder dejar de besarla, de querer abrazarla, sin más.

También conoce sus planes para el futuro desde el principio, desde el día que la conoció en Sláinte, en una fiesta universitaria. Por aquel entonces, y durante los años de carrera, Connor trabajaba allí para pagarse los estudios universitarios, y Kai lo frecuentaba mucho porque de cada cinco cervezas que se tomaba, solo pagaba una.

Apoyado en la barra, se fijó en ella mientras hacía un repaso a todo el público femenino del local, cuando decidía cuál iba a ser la próxima víctima que caería rendida en sus

brazos. Estaba bebiendo chupitos acompañada de unas amigas y vio cómo fue capaz de tumbarlas a todas y cómo levantó los brazos en señal de victoria. Le hizo un repaso de arriba abajo y, aunque no vestía de forma provocadora, el conjunto en sí fue lo que le dejó prendado. Aquellas botas de tacón negras, ese vaquero ajustado, la camiseta ceñida de manga corta y esa chaqueta de cuero... Quizá no pretendía llamar la atención de los tíos como otras con sus escotes de infarto y sus vestidos ajustados, pero sí había captado la atención de Kai.

—Ahora vuelvo —le susurró a Connor.

—¿Cuál es la elegida? —le preguntó su hermano mientras él la señalaba con la cabeza—. No parece de tu estilo... Viste muy... No sé... Vamos, que enseña poca mercancía.

—Lo sé, pero lo que intuyo, me encanta.

Caminó hasta quedarse a su espalda, tan cerca que sus cuerpos se rozaban, mientras ella seguía regodeándose ante sus amigas de haberlas ganado. No hizo ni dijo nada, hasta que alguna de las chicas se fijó en él y le hicieron señas a ella. En cuanto se dio la vuelta, su sonrisa le dejó prendado. Le hizo otro repaso exhaustivo, centrándose más en su cara. Sus ojos eran oscuros aunque muy profundos, tenía la nariz salpicada por algunas pecas y una boca que pedía ser besada. Todo ello enmarcado por unos rizos negros y abundantes que le caían a ambos lados.

—¿Nos conocemos? —le preguntó ella al ver que él no abría la boca.

—Hola —dijo él—. Soy Kai. ¿Y tú?

—Eh... Gaby... —contestó algo extrañada, intentando adivinar las intenciones de ese chico que se acababa de plantar frente a ella y que la miraba tan seguro de sí mismo.

—Pues ahora sí que nos conocemos. ¿Eres de Nueva York o estás aquí estudiando?

—Estoy estudiando medicina. Llevo aquí tres años, pero soy de Kansas...

—Yo soy de aquí, concretamente de este mismo barrio —le informó él sin que ella le preguntase—. Así que, técnicamente, estás en mi territorio.

—Vale, lo tendré en cuenta —dijo ella intentando darse la vuelta —. Gracias por la información.

—Te invito a una copa —se apresuró a decir Kai, agarrándola del codo, consiguiendo retener algo más su atención, aunque solo fuera por unos minutos.

—Es que estoy con unas amigas y no...

—Me parece que tus amigas te han dejado sola —le cortó él mirándola con una sonrisa de satisfacción.

Esa noche hablaron y rieron sin parar, hasta el amanecer. Él la acompañó hasta la puerta de la residencia y una vez allí, con la excusa de que iba muy bebida, subió hasta la puerta de su habitación. Lo máximo que consiguió en esa ocasión fue agarrarla por la cintura y un beso rápido y casto en los labios. Se marchó a casa con un dolor de

huevos considerable, nada habitual en él, pero fue el principio de todo. Ella era diferente a todas las demás.

Así pues, casi un año después, al verla perderse a través de la puerta de la residencia, no puede evitar sentir lo mismo que aquella noche. Aquella sensación de casi derrota, de dejar escapar una oportunidad para haber sacado algo más de ella, aunque en esta ocasión ha sido por su culpa, por no querer abrirle su corazón y confesarle sus sentimientos.

≈ ≈ ≈

—¡Has estado fantástico! —le dice su hermano Evan mientras el médico del pabellón le cose la ceja a Kai.

—No... Ha estado despistado y no se ha cubierto bien en todo el combate — interviene entonces su padre, señalando su cara—. Le ha dejado hecho un cuadro.

—Pero ha ganado... El otro ha quedado peor...

—Porque tu hermano es más fuerte y rápido. Si el combate hubiera sido contra alguien de condiciones similares a las suyas, habría recibido una soberana paliza.

Connor se mantiene al margen de la discusión, pero no pierde de vista a Kai, y este lo sabe porque le mantiene la mirada mientras le cosen.

—¿Vas a venir al pub? —le pregunta cuando el médico acaba.

—Sí.

—¿Con Gaby?
Kai niega con la cabeza, con la misma expresión ausente de hace unos días dibujada en la cara. Así pues, cuando este se levanta y se dirige a la taquilla para vestirse, Connor le sigue de cerca. Mientras, su padre y Marty salen del vestuario, y Evan se queda sentado en uno de los bancos, esperando a sus hermanos.
—¿Qué os pasa? ¿Estáis bien? —le pregunta Connor.
—Nada. Todo bien.
—Kai, soy yo —insiste Connor, agarrándole del codo.
—Está estudiando.
—¿Y por qué te molesta eso? Sabías lo que había cuando empezasteis a salir, ¿no?
—Tú también estás en la universidad y sales casi cada noche.
—Kai, yo salgo porque curro en un pub casi cada noche para poder pagarme la carrera. Es muy distinto. Tienes que respetar su espacio. Tú tienes mucho más tiempo libre que ella...
—Ella no tiene prácticamente nada de tiempo libre... Se pasa los días estudiando.
—Sé que tú no lo entenderás nunca, pero eso es algo que ella quiere hacer. No la obliga nadie. Ella quiere estudiar.
—¿A todas horas? ¿No puede hacer un hueco para venir a verme? Tú has hecho un hueco para venir a verme.

—Yo soy tu hermano.
—¡Y ella mi novia!
—¿Y ella lo sabe? —le pregunta de repente Evan, que parecía mantenerse al margen pero que obviamente, ha estado atento a toda la conversación—. O sea, todos conocemos tus nulas dotes para la oratoria...
Kai y Connor le miran fijamente, con la boca abierta y el ceño fruncido.
—¿Qué mierda has dicho? —le pregunta Kai con una mueca de asco dibujada en la boca mientras Evan se levanta y, con algo de recelo, se acerca sus hermanos.
—Quiero decir que no eres muy dado a expresar tus sentimientos y tu comportamiento digamos que es algo... descuidado. Entonces, si no le has dicho que sois novios, o no le has pedido salir, puede que ella no sepa en qué punto está vuestra relación.
—¿Cómo cojones no va a saber ella que somos novios? ¿Acaso iba a ser yo tan gilipollas de follar solo con ella si no lo fuéramos?
—A esto precisamente me refiero...
—No te pillo...
—Kai, lo que Evan quiere decir es... ¿En algún momento le has

pedido a Gaby que seáis novios? ¿Sabe ella que quieres salir con ella... en exclusividad? ¿Le has dicho que estás enamorado de ella? ¿Le has dicho que la quieres? —le aclara Connor.

—¡Yo no la quiero! ¡Y tampoco estoy enamorado de ella!

—¿Y por qué te afecta tanto que no haya venido esta noche? ¿O que se pase las horas estudiando y no os veáis? El Kai que conocemos aprovecharía la ocasión para liarse con otras tías... —asegura Connor —. Pero le eres fiel... A pesar de tener todas las noches libres.

—¿Por qué no te atreves a dar un paso adelante? ¿Por qué no vas a verla y la sorprendes sincerándote con ella? —dice Evan.

Kai mira a su hermano más pequeño, intentando averiguar por qué acepta consejos de un tipo de diecinueve años y peor aún, por qué diablos son tan buenos a pesar de la escasa experiencia amorosa que tiene Evan.

—Tiene razón —interviene entonces Connor, leyéndole el pensamiento.

—¿Debo ir a verla? —le pregunta mirándole mientras Connor asiente con una sonrisa en los labios—. Pero estará estudiando...

—Si le das la sorpresa y luego además le dices lo que sientes, de corazón, sin bromas de mal gusto, sin burradas ni salidas de tono, creo que sabrá perdonarte.

Lo piensa durante unos segundos, desviando la vista al suelo y dándose la vuelta, buscando algo de intimidad a pesar de no tenerla. Por alguna extraña razón, escuchar sus sentimientos hacia Gaby en boca de otros, hace que suene menos cursi, así que quizá tampoco sea tan mala idea confesárselos a ella.

—Tienes razón, Connor —dice Kai subiéndose la cremallera de la sudadera—.

Voy a ir a hacerle una visita.

34

—¿Hola? —interviene entonces Evan—. ¿Yo te doy el consejo y las felicitaciones se las lleva Connor? Me siento ignorado...

—Gracias enano —le dice dándole un puñetazo que obliga a Evan a apoyarse en la pared para no perder el equilibrio, llevándose la mano al hombro mientras dibuja una mueca de dolor en su boca.

≈ ≈ ≈

Kai aparca el coche en el extremo norte del campus universitario, a varios minutos a pie de la residencia donde vive Gaby, pero cerca de la biblioteca central, donde ella debe de estar ahora mismo estudiando.

Camina a paso ligero hacia el edificio, con una sonrisa de bobo en la cara que no ha podido quitarse desde que se subió en su coche dispuesto a seguir el consejo de sus hermanos, aunque con el pulso

acelerado y un sudor frío recorriéndole la espalda. Es cierto que no se le da bien hablar ni expresarse, pero esta noche quiere hacerlo bien, y confesarle a Gaby sus sentimientos.

En cuanto entra en el edificio, mira alrededor, algo perdido. Frente a él se extienden innumerables filas de estanterías abarrotadas de libros y le envuelve un silencio sepulcral. Camina con recelo hacia delante, hasta que a mano derecha ve cómo el edificio se extiende y empieza a escuchar algunas toses y pasos. Cuando se dirige hacia allí, observa un montón de mesas dispuestas en una enorme sala y a muchos estudiantes sentados alrededor de ellas. Le va a costar encontrarla, piensa, así que empieza a caminar mirando alrededor, hasta que ve a una de las amigas de Gaby.

—Suze, ¿dónde está Gaby? —le pregunta sin bajar el tono de voz.

Nada más decirlo, un montón de gente se gira a mirarle, asustándose al ver las pintas que lleva, vestido de chándal, con la cara hecha un cromo y la ceja hinchada y cosida, y otros le piden silencio.

—¿Qué pasa? —dice mirando alrededor—. ¿Algún problema? Solo será un momento.

Suze se levanta de su silla y, poniendo los ojos en blanco, le agarra de la sudadera y le lleva a un aparte, entre dos filas de estanterías.

—¿Qué haces aquí? —le susurra, haciendo enormes aspavientos con las manos para demostrar su enfado—. ¡Y baja la voz! ¿Tú no tenías esta noche un combate?

—Sí, y lo he tenido. ¡He ganado!

—¡Shhhhhh! ¡Baja la voz, que al final consigues que me echen! —contesta ella antes de mirarle de arriba abajo y añadir—: ¿Seguro que has ganado? No quiero ni saber cómo habrá acabado el otro.

—¿Dónde está Gaby? Me dijo que no podía venir al combate porque tenía que estudiar...

—Pues se habrá quedado en la residencia, porque por aquí no la he visto...

—Vale, gracias —dice él dando media vuelta.

—¿Vas a ir a verla?

—¡Sí! —contesta recuperando su grave y fuerte tono de voz, para desesperación de Suze y de muchos otros estudiantes—. ¡Voy a pedirle que salga conmigo!

Suze arruga la frente, extrañada por el comentario, pero sonriendo y alzando la mano para despedirse de él.

Kai empieza a correr hacia la residencia, repitiendo en su cabeza esas mismas palabras. Voy a pedirle que salga conmigo. Voy a pedirle que salga conmigo. ¡Sí! ¡Eso voy a hacer! ¡Voy a hacer oficial nuestra relación! Y sigue repitiéndolas mientras entra en el edificio y sube las

escaleras de dos en dos hasta el tercer piso, y cuando, plantado frente a la puerta de su habitación, resopla con fuerza por la boca. En ese momento, escucha su risa a través de la madera e, ilusionado, decide entrar y darle una sorpresa.

Pero la escena que se encuentra dentro de la habitación no es para nada lo que se esperaba. Gaby está sentada en el regazo de un tipo que la agarra de la cintura y tiene la cara hundida en el hueco de su hombro. Ella se ha girado hacia la puerta y está pálida.

—¡Kai! ¡¿Qué haces...?!

—¿Kai? ¿Quién cojones es este tío, Gaby? —dice entonces el tipo que la agarra.

—Nadie.

¿Nadie? Kai entorna los ojos y ladea la cabeza, mirándola mientras la estupefacción deja paso poco a poco a la rabia. No soy nadie para ella, repite una y otra vez en su cabeza.

—¡Eh, tú! ¡Despierta! ¡Que te largues!

Cuando vuelve a la realidad y enfoca la vista al frente, se encuentra con la cara del tipo a escasos centímetros, escupiéndole mientras le habla.

—¿Estás sordo o qué? —le dice empujándole.

Kai ignora al tipo, y centra su mirada y su atención en Gaby que se tapa la boca con las manos, con la cara sonrojada.

—¿Gaby...?

Eso es lo único que consigue decir, aunque es lo suficiente para que ella le entienda, porque le mira como disculpándose.

—Lo siento... Necesito más...

—No te entiendo... ¿Quién es este? —pregunta Kai, aturdido.

—Soy su novio, gilipollas.

—¿Tu...? ¿Tu novio? —Kai le ignora por completo y mira a Gaby.

—Necesitaba más... —empieza a decir, pero entonces él la corta, poniéndose cada vez más nervioso.

—¡Quiero darte más! ¡Venía a decirte que estaba dispuesto a mucho más!

—Tarde...

—Pero... Yo... Yo te...

—No te esfuerces, Kai... Ese que habla, no eres tú. Pero la culpa no es tuya.

Siempre fuiste sincero y fiel a ti mismo. Pensaba que podría estar a tu lado con lo que me ofrecías, pero el tiempo ha servido para demostrarme que necesito más...

—Pero estamos bien juntos... Congeniamos y nos lo pasamos bien.

El tipo parece darles una tregua y ha dejado de empujar a Kai. De

todos modos, poco estaba consiguiendo ya que la diferencia de corpulencia es evidente y por más que lo intentara, Kai no se movía del sitio.

—Y es verdad... Pero necesito más. Quiero salir a cenar, ir al cine, pasear agarrados de la mano...

—¡Pero yo puedo darte eso!

—¿Ah, sí? Kai, ni siquiera me pediste nunca salir... ¿Cuántas veces me has llevado a cenar? ¿O me has invitado al cine? O dime simplemente un día en el que no hayamos acabado en la cama... Sí, nos vemos a menudo, pero tengo la sensación de que solo me buscas cuando te apetece follar.

—Gaby...

—Vete, Kai.

—Gaby, no...

—Lo siento.

—Escúchame. Sé que podemos hablarlo...

—¡¿Acaso eres sordo?! ¡Te ha pedido que te largues y yo no voy a ser tan educado al hacerlo!

El tío empieza a empujar de nuevo a Kai, y le habla de tan cerca que vuelve a escupirle. Gaby se da la vuelta y Kai da un paso atrás que el tipo interpreta como una victoria suya. Con fuerzas renovadas, se interpone en su campo de visión, impidiéndole ver a Gaby.

—¿Entiendes lo que decimos o eres retrasado? Gabriella ha dicho que necesita algo más que tú no sabes darle, así que, si haces el favor... —dice señalando la puerta con una mano.

Sin pensárselo dos veces, dejando que la rabia se apodere de él, agarra al tipo del cuello de la camiseta con la mano izquierda y le da un fuerte derechazo en la nariz.

Lejos de quedarse satisfecho, sin darle tiempo a que el tío se lleve las manos a la cara, vuelve a asestarle otro puñetazo. Cuando el tipo cae al suelo, Kai se sienta encima y Gaby empieza a gritar.

—¡Para, Kai! ¡Para! ¡Le vas a hacer daño!

Varios residentes aparecen por la puerta y se escuchan algunos gritos, pero nadie se atreve a intervenir. Mientras, Kai sigue cegado de rabia, cebándose sin control, golpeando al tipo a pesar de que este ya no es capaz de defenderse.

—¡Kai! ¡Te lo suplico! ¡Por favor, para! —llora Gaby, pero Kai es incapaz de escucharla.

Segundos después, aparecen unos agentes de seguridad del campus, que le agarran y consiguen separarle del tipo. Desde la distancia, puede ver el daño que le ha 37

hecho y es plenamente consciente de la cara de terror de Gaby, que se agacha a su lado.

—¿George? ¿Estás bien? ¿Me escuchas? ¡Oh, Dios mío! ¿Qué has hecho, Kai?

Kai la mira, resoplando con fuerza por la boca, apretando los dientes, mientras su pecho sube y baja con rapidez. Cuando siente que le esposan las manos a la espalda, se intenta revolver y los agentes le empotran contra una pared.

≈ ≈ ≈

Kai está sentado en el suelo de la celda, con las piernas encogidas y los brazos apoyados en las rodillas. Mantiene la cabeza agachada y la vista fija en el suelo de cemento. No está asustado, sino decepcionado y muy cabreado, dándole vueltas una y otra vez a lo sucedido hace ya algunas noches.

El tipo, George, acabó en urgencias con la nariz y el pómulo fracturado y dos costillas fisuradas. Él, en comisaría, con una denuncia por agresión con lesiones. El abogado que su padre contrató, haciendo un enorme esfuerzo económico, consiguió rebajar la pena que dictaminó el juez, de un año a seis meses.

—¡O'Sullivan! ¡Tienes visita!

Se levanta y camina con pesadez al lado del guardia, con los brazos inertes a ambos lados del cuerpo y con la vista al frente, sin mirar a nada ni nadie. Desde que llegó hace casi una semana, siguiendo el consejo de su abogado, se ha mantenido al margen de todos para no llamar la atención. De ese modo, puede intentar conseguir otra rebaja de la pena por buen comportamiento.

—Tienes quince minutos —le dice el agente haciéndole pasar a una habitación que le es familiar gracias a las películas—. Al fondo.

Un enorme cristal separa la habitación en dos: su lado, el de los reclusos, y el otro, la libertad. Hay un teléfono en cada lado para poder comunicarse y mientras camina hacia su cubículo, no puede evitar sentir cierta ilusión por poder volver a hablar con alguien después de tanto tiempo. Cuando llega al lugar que le han asignado, se queda de pie mirando a su padre, sentado al otro lado del cristal. En cuanto él le ve, lejos de parecer enfadado, parece muy emocionado, con los ojos vidriosos, apoyando una mano en el cristal mientras coge el auricular del teléfono con la otra. Kai se sienta lentamente en el taburete, agarra el auricular del teléfono de su lado, y mira a su padre con respeto.

—Kai, ¿cómo estás? —le pregunta muy preocupado, sin despegar la mano del cristal.

—Bien.

—Escúchame, ¿me estás haciendo caso? ¿Te estás manteniendo alejado de los problemas?

—Sí.

—Ya falta menos, ¿vale? Hazlo bien y estarás menos de seis meses.

—Vale.

—Hijo… ¿Estás bien, de verdad?

—Sí.

Donovan resopla y agacha la cabeza, resignado. Su mano resbala lentamente por el cristal, hasta que cae sobre la mesa. La cierra en un puño y aprieta con fuerza hasta que los nudillos se le vuelven blancos. Está lleno de rabia por ver a su hijo al otro lado del cristal y se culpa de ello. Para poder darles un techo bajo el que vivir, para poder darles de comer, para darles unos estudios, para poder comprarles los pocos caprichos que se pueden permitir, tiene que sacrificar el tiempo que pasa con ellos. Por culpa de ello, no puede prestarles toda la atención que él querría… Pasan demasiado tiempo solos… Seguro que si Beth estuviera viva, las cosas serían diferentes, y Kai no estaría en la cárcel.

Cuando levanta la vista hacia su hijo, sus ojos están bañados en lágrimas. Ve como entorna los ojos y cómo aprieta los labios hasta formar una fina línea, pero esa es toda su reacción. Cuando Kai gira la cabeza a un lado, Donovan sabe que no va a conseguir nada más de él, que no se va a abrir ni le va a contar nada. Desde la muerte de su madre, Kai se había vuelto algo insensible y cada vez más proclive a meterse en líos, pero nunca había llegado a estos extremos, así que sabe que no va a estar tranquilo hasta que consiga sacarle de aquí.

—Prométemelo… Dime que te vas a mantener alejado de los problemas… —le pide con la cabeza agachada, aferrando el auricular del teléfono que aprieta contra su oreja.

Kai le observa sin decir nada, aunque al verle tan derrotado, decide asentir con la cabeza. Cuando Donovan ve el gesto, asiente a la vez, antes de decir: —Hijo, sé que quizá no te lo digo a menudo, tampoco es que se me dé muy bien hacerlo… pero te quiero mucho… Y no estás solo. No sé qué te ha pasado para llegar a lo del otro día… Dejaste a ese tío muy mal… Pero fuera lo que fuera, puedes contar conmigo, y con tus hermanos… Queremos ayudarte, ¿vale?

—Se acabó el tiempo, O'Sullivan —le dice un guardia a Kai, agarrándole del codo para obligarle a levantarse.

Él no opone siquiera resistencia. Deja caer el auricular del teléfono y continúa mirando a su padre a los ojos. Sabe que ya no le escucha, pero aún así, mueve los labios lentamente para que pueda entender lo que le dice: —Lo siento…

≈ ≈ ≈

—¡Tenéis media hora, capullos! —grita uno de los guardias abriendo la puerta del patio.

La claridad ciega a Kai, que se ve obligado a entrecerrar los ojos y taparse parcialmente la cara con una mano. En cuanto la vista se le

enfoca, descubre que le han sacado, junto a otros reclusos, a un patio en el que hay unas canastas a un lado, unas barras de metal donde algunos hacen ejercicio e incluso un saco de boxeo y una pera, algo rudimentaria y maltrecha, donde poder practicar algunos golpes.

Está tentado de acercarse, pero la voz de su padre se repite en su cabeza una y otra vez, y decide mantenerse al margen de todos. Se sienta en unos bancos y observa 39

a algunos tipos entrenar. Son unos tipos hispanos los que están golpeando el saco y, aunque parecen tipos duros por su aspecto y sus intimidantes tatuajes, no tienen una técnica demasiado depurada con los puños. Apostaría lo que fuera a que son más dados a las armas blancas que a confiar en sus propias manos.

Lleva unos minutos observándoles cuando uno de ellos empieza a golpear la pera y al acercarse demasiado, de forma imprudente, esta le golpea en la cara. Sin poderlo evitar, a pesar de intentar disimular mirando a otro lado, a Kai se le escapa la risa. Mantiene la cabeza girada hasta que, por el rabillo del ojo, ve que unos cuantos de esos hispanos se le plantan delante.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —le pregunta uno de ellos con cara de mala leche.

Al momento, algunos de los reclusos que estaban sentados cerca de ellos, se levantan y se alejan. Kai les mira y, aunque sabe que la cosa pinta mal, como siempre hace, no demuestra su miedo en ningún momento.

—De lo mal que ese tipo golpea la pera —dice señalando al tipo con descaro.

—Serás...

Uno de los hispanos se abalanza sobre él, pero Kai, sin pensárselo dos veces, se pone en pie y le asesta un puñetazo en la cara. El tipo cae al suelo, llevándose las manos a la nariz, mientras Kai se protege la cara alzando los puños. Mira uno a uno a todos los tipos, esperando una reacción por su parte, en guardia y preparado por si tiene que volver a utilizar los puños. Pero entonces uno de ellos, el que parece el cabecilla, empieza a reír a carcajadas. El resto, al principio le miran extrañado, pero enseguida empiezan a imitarle. Kai, sin acabar de fiarse del todo, empieza a relajarse.

—¡Menuda izquierda! ¿Cuántos años tienes?

—Veintitrés—responde Kai sin bajar los brazos, mirando con recelo cómo el tipo se acerca, le pasa un brazo por los hombros y le tiende un cigarrillo.

—Vamos, cógelo. Viene con sorpresa... —le dice guiñándole un ojo.

Kai relaja los hombros y baja los brazos, cogiendo el cigarrillo y

llevándoselo a los labios. Uno de los tipos acerca un mechero y Kai lo enciende dando una larga calada. Inhala el humo y luego lo expulsa mientras cierra un ojo y esboza una débil sonrisa de satisfacción.

—Soy Miguel, pero todos me llaman Buitre. Por mi afición a los muertos...

Lejos de asustarse o de impresionarse, Kai dice: —Kai. Sin más...

—¿Por qué estás aquí, Kai?

—Por asestarle a un tipo unos cuantos de esos... —dice señalando al tipo que ha recibido su puñetazo, ahora ya en pie, con la cabeza echada hacia atrás, intentando frenar la hemorragia.

—¿Y qué hizo? ¿O no necesitas ningún motivo para sacar a pasear a tus puños?

—Liarse con mi novia.

—¿Y no le mataste?

—Me separaron a tiempo.

—¿Cuánto te ha caído?

—Un año, pero mi abogado consiguió rebajar la pena a seis meses.

—Chico con suerte...

—¿Por qué y cuánto? —se atreve a preguntarle Kai.

—Digamos que a mí no me pararon a tiempo... en cuatro ocasiones... ¿Y

cuánto...? Tooooooda la vida. Pero oye, al menos no me sentarán en la silla, ni me pincharán —dice mientras Kai supone que se refiere a que no le han condenado a la pena capital—. Y el naranja me queda bastante bien con mi tono de piel, ¿no crees?

Kai sonríe mientras le observa. El tipo puede haber hecho muchas cosas fuera de estas cuatro paredes pero, en lo que a él le concierne, puede ser su salvoconducto para hacer su estancia lo más llevadera posible. Y si encima tiene marihuana, ¿qué más puede pedir?

—Oye... Kai... ¿Quieres practicar un poco con nosotros? —le pregunta Buitre, señalando las pesas y los aparatos con la cabeza.

Le da otra calada al cigarrillo y después de soltar el humo, con total desparpajo, adquirido durante años en las calles del Bronx, pregunta: —¿Por qué alguien como tú querría a alguien como yo a su lado?

—¿Acaso no crees en mi altruismo?

—No. Para nada. Esto no es a cambio de nada —dice levantando en cigarrillo—.

Y no tiene pinta de que dejéis que esos aparatos los toque cualquiera...

—Está bien, me has pillado... Digamos que has tumbado de un solo golpe a uno de mis mejores hombres, así que, como puedes adivinar,

necesito a alguien que me proteja, aunque solo sean seis meses, en tu caso…

Gaby fue mi punto de inflexión… Estaba enamorado de ella, aunque nunca llegara a confesárselo. Por ella estaba dispuesto a cambiar, a abrir mi corazón, a hacer las cosas bien de una vez por todas. Iba a ser alguien normal por ella ¡Joder, si incluso estaba dispuesto a llevarla al cine a ver alguna de estas películas sensibleras…! Aunque, ahora que lo pienso, ella sí consiguió cambiarme… Desde entonces, quizá para que no volviera a pasarme lo mismo, como una forma de protegerme, empecé a ver a las mujeres como un simple instrumento para darme placer. Hacía con ellas lo que quería, cuando quería y dónde quería… Al menos, hasta que conocí al

amor de mi vida...

41

CAPÍTULO 4

Melissa

—¿Cuándo te volveré a ver? —le dice Melissa bajándose la falda y colocándosela recta.

—No sé... Estoy algo liado... —le contesta Kai de forma despreocupada, aún de espaldas a ella, subiéndose los vaqueros.

—Vamos... No te hagas el interesante...

Melissa se acerca hasta él y, abrazándole por la espalda, rodea su cintura y le besa la piel. Pasea las yemas de los dedos por su pecho, ronroneando de forma sugerente, aunque sin conseguir el resultado que ella quería, porque Kai se deshace de su agarre y recoge su camiseta. Cuando se la pone y se da la vuelta, la descubre mordiéndose el labio inferior, haciéndole un repaso de arriba abajo.

—No me hago el interesante. Simplemente, tengo cosas que hacer...

—¿Cosas que hacer? ¿Qué cosas? —pregunta en tono desesperado.

Kai la mira alzando una ceja, de brazos cruzados y con una sonrisa de superioridad dibujada en los labios. Le encanta ver como una mujer tan influyente y con un carácter tan fuerte como Melissa, capaz de llegar a directora general de una multinacional, puede llegar a perder el control e incluso algo de dignidad, por un polvo.

—Tengo varios combates en las próximas semanas... Y tengo que entrenar...

—Bueno... Conmigo, ejercicio físico haces... —susurra de forma sugerente, intentando abrazarse a él de nuevo.

—Ya te llamaré —contesta él de forma escueta, caminando hacia la puerta.

—¡El sábado que viene se celebra una cena benéfica! —suelta de golpe Melissa, intentando retenerle durante algo más de tiempo.

—Genial —contesta él sin siquiera darse la vuelta, mientras una sonrisa empieza a dibujarse en la cara de ella, expresión que se ensombrece enseguida cuando Kai añade—: Que te diviertas.

Al salir, camina por el pasillo, hacia los ascensores, con las manos en los bolsillos. A esta hora, la mayoría de empleados han salido a comer y no se cruza con nadie que pueda llegar a preguntarse qué hace allí, aunque al pasar frente al mostrador de recepción, escucha una voz femenina que le llama.

—¿Kai?

—Esto... Sí... —dice mirándola e intentando averiguar de qué la conoce.

—¡Vaya! ¡Menuda sorpresa! —dice la chica saliendo de detrás del

mostrador, con una enorme sonrisa en la cara y los brazos extendidos para darle un abrazo.

42

—¡Sí! ¡Qué coincidencia...!

Kai acepta el abrazo, aún intentando averiguar su nombre, porque seguramente la conozca por habérsela tirado en algún momento.

—¿Qué haces aquí?

—Pues... —dice señalando con el dedo por el pasillo—. Venía a buscar a mi hermano, pero se debe de haber marchado a comer.

—¿Tienes un hermano que trabaja aquí?

—Sí... Evan... Es contable.

—¿Evan O'Sullivan es tu hermano? ¿Ese chico con gafas? ¿Algo tímido aunque muy educado...?

—El mismo.

—¡Vaya! No os parecéis en nada...

—Ya...

—O sea... No quiero decir que no seas educado, pero está claro que tímido no...

—se intenta disculpar ella al ver que su comentario puede haberlo interpretado mal.

—Escucha, me tengo que ir —dice mirando hacia el pasillo, por si Melissa saliera de su despacho—. Nos vemos.

—Sí... Oye, a lo mejor nos vemos por la misma discoteca que la última vez...

—A lo mejor...

Le regala una sonrisa a modo de despedida y baja corriendo por las escaleras. A veces se plantea si merece la pena correr tantos riesgos por un polvo, ya que su número de conquistas es ya numeroso y el riesgo de volverse a encontrar con una amante despechada ha aumentado de forma exponencial.

≈ ≈ ≈

—¿Cómo ves el combate de esta semana, hijo? —le pregunta su padre a Kai.

—Bien. Está controlado. Marty le ha estudiado bien y cree que es una victoria segura. El que me preocupa más es el próximo... Es un peso pesado y tiene unos brazos como mis piernas...

—¿Crees que es seguro que pelees contra alguien de una categoría superior a la tuya?

—Es mucha pasta, papá.

—¿En serio merece la pena? Kai, ya has peleado alguna vez en algún combate así y, aparte de perder, te dejan hecho una mierda. Hijo, si necesitas dinero, sabes que puedes contar conmigo...

—O buscarte un trabajo decente —interviene Connor.

—Y tú una novia que te la chupe y te quite esa cara de amargado que llevas siempre —le contesta Kai.

—Que te follen —contesta Connor.

—Chicos… No empecemos… —les reprocha Donovan—. Tengamos la velada en paz.

—Empezó él —dice Kai.

—¡Oh, por favor! ¡Qué maduro! ¿Cuántos años tienes? ¿Diez? —vuelve a la carga Connor—. A lo mejor es que todos los golpes que te llevas en la cabeza empiezan a hacer mella en ti.

Kai se levanta de la silla de la cocina de sopetón, con intención de agarrar a su hermano, pero su padre se interpone entre los dos.

—Parad los dos —dice poniendo una mano en el pecho de cada uno de sus hijos—. ¡Por el amor de Dios! ¿En serio creéis que esta es forma de comportarse? A veces me da la sensación de que el tiempo no pasa y seguís siendo unos adolescentes… Por favor, chicos, que tenéis treinta y algo…

—Papá, sabes que en el fondo, no le voy a dar… Al menos no muy fuerte —dice Kai—. No quiero desgraciar esa cara de guapito que tiene…

—Dadme un respiro, ¿vale? —les pide Donovan—. Oye, ¿vuestro hermano viene? ¿Le esperamos?

—Me dijo que sí venía —contesta Connor.

En ese momento, la puerta principal se abre de golpe y Evan entra como una exhalación. Después de comprobar que en el salón no están, se dirige decidido hacia la cocina. En cuanto entra, con la cara totalmente encendida, los ojos saliéndose de las órbitas y la mandíbula apretada, se acerca hasta Kai y, amenazándole con el dedo, le dice:

—¡¿Te has tirado a mi jefa?!

Kai le mira fijamente, apretando los labios, con la culpabilidad escrita en la cara, mientras Connor y Donovan miran a uno y a otro con la boca abierta.

—¿A tu jefa…? No sé quién es… —se excusa Kai.

—¡Vamos! ¡No me jodas! ¡No disimules que sé que te la has tirado hoy mismo!

—¿Cómo lo sabes?

—¡¿Que cómo lo sé?! ¡Porque en cuanto llegué de comer se encerró en mi despacho y me pidió que fuera a no sé qué cena benéfica!

—Ah, pues… de nada, supongo.

—¡Y que te llevara a ti como acompañante!

—¿A mí? Paso.

—¡Tienes que ir!

—¿Por qué?

—¡Porque, incomprensiblemente, se ha colgado por ti y ahora no puedes simplemente tirártela y olvidarte de ella como haces con todas las tías!

—¿Por qué?

—¡Porque pagará su frustración y su mal humor conmigo! ¡Te lo advertí! ¡Te pedí que no te acercaras a ella!

—Fue ella la que se acercó a mí en aquel pub… De hecho, fuiste tú quién nos presentó.

—¡Estaba siendo cortés! ¡Es mi jefa, por el amor de Dios! ¡¿Cómo iba yo a saber que ella se acabaría pillando por ti y que tú te comportarías como un desalmado que se la tiraría y la dejaría tirada como una puta colilla?!

—¿Desalmado es un insulto? —susurra Donovan en la oreja de Connor.

—No. Aunque para Evan, quizá sí.

—Es que es tan… correcto siempre que no sé cuando tengo que intervenir.

—Mejor mantente al margen, papá —vuelve a contestar Connor.

—¿Nos vamos, entonces?

—Ni se te ocurra moverte, que quiero saber cómo acaba esto.

Evan se lleva las manos a la cabeza y se deja caer en una de las sillas de la cocina.

—Oh, joder… Estoy acabado… —dice—. No sé ni cómo pude pensar que esta vez te comportarías…

—Vamos, Evan… Tranquilo… —interviene entonces Connor, en tono conciliador—. Ella tiene que entender que lo que haga Kai no tiene nada que ver contigo…

—Si pensara así, ¿crees que habría venido a mi despacho para invitarme expresamente a ese evento y que me rogaría que llevara a Kai?

—Vale, pues Kai, tienes que ir a esa cena con Evan —dice su padre.

—Ni hablar.

—¡Y tanto que lo harás!

—Papá, ¿y después qué? Estaremos en las mismas… —afirma Evan —. Se la volverá a tirar, vale. ¿Y entonces? ¿La dejará tirada de nuevo y ella volverá a pedirme que interceda? ¿Y el día que le diga que no?

—¿Te rogó? ¿En serio? —pregunta Connor con escepticismo, haciendo una mueca con la boca.

—Para que veas… —se pavonea Kai.

—¿No tiene novio ni está casada? —pregunta Donovan.

—No —contesta Evan,

—Pues tu salvación pasa por que encuentre a alguien que le haga olvidarse de Kai —vuelve a decir su padre.

—Olvidarse de mí es complicado...

—¡Kai, no estás ayudando! ¡Cállate de una puñetera vez o te obligo a casarte con ella y serle fiel hasta el fin de tus días!

Los tres miran a su padre con los ojos muy abiertos, ya que normalmente no pierde la compostura, y verle así es muy raro.

—Connor, ¿te interesa? —le pregunta Evan.

—Si me interesa, ¿el qué? ¿Tu jefa? —pregunta alucinado mientras su hermano asiente—. Ni hablar.

—Vamos... Tú eres más decente y formal... Y ella no está mal... Díselo, Kai.

—Está buena. Si no, no me la hubiera tirado.

—¡Que no! Que no quiero liarme con nadie ni tener nada con nadie... Que no...

Además, ¿por qué cojones os tengo que dar explicaciones acerca de mi vida?

—Oye, pues chuparla, la chupa bien —interviene Kai—. Quizá solucionaría tu...

—¡Kai! —le llama la atención su padre mientras él se da cuenta y se calla de inmediato.

—Está bien, está bien... Oye, mira Evan, voy a ir contigo a la mierda de cena esa. Si es necesario, me la vuelvo a tirar, pero después de eso, se acabó.

—Pues esa noche, ya puedes inventarte alguna razón para no volverla a llamar —le pide su padre.

—No tengo que inventarme nada... No quiero atarme a nadie y no suelo repetir con ninguna. Así que, en el fondo, se tiene que sentir incluso halagada...

—Vale, de acuerdo. Pero mejor, la segunda parte, te la guardas para ti —le dice Evan.

—Y ya que estamos... Evan, ¿cómo se llama esa chica que tenéis en recepción...?

—¿Erika? ¡Ah, no, no! ¡Te lo advierto! ¡No puedes liarte con ella porque como se entere Melissa, es capaz de echarla!

—Erika... Erika... —susurra Kai para sí mismo, pensativo, hasta que una luz parece encenderse en su cabeza—. ¡Ah, joder! ¡Ahora caigo!

—No. No puede ser cierto. ¿Te la has tirado a ella también?

—Me temo que sí.

—Por Dios, Kai. Nueva York es muy grande. ¡Aléjate de mi círculo

de amigos, conocidos y compañeros de trabajo!

46

—A mi favor diré que cuando me lié con Erika, no sabía que trabajaba en el mismo sitio que tú… Pero no te preocupes, no volverá a pasar.

≈ ≈ ≈

—De acuerdo, Kai. Debe de estar al llegar. ¿Ya has pensado qué le vas a decir para que no se haga ilusiones de… ya sabes… convertir lo vuestro en algo habitual? — le pregunta Evan a su hermano mientras mira alrededor, comprobando que no haya llegado ya y saludando con la mano alzada a un par de conocidos. Al ver que su hermano no le contesta, gira la cabeza hacia él y entonces se da cuenta de que tiene la vista fija en una mujer. Ella, vestida con un vestido azul muy elegante, sostiene una copa y tampoco le quita la vista de encima, sonriendo de forma sugerente, aunque con algo de timidez.

—¡¿Se puede saber qué haces?! —le pregunta Evan interponiéndose en su campo de visión.

—Nada, tío… Relájate un poco… Que sé lo que me hago…

—No me relajo, porque te conozco. Kai, mírame —le pide acercando su cara a la de su hermano y señalando los ojos de ambos con dos dedos—. Esta noche solo tienes un objetivo, y es Melissa. ¡Por el amor de Dios, si hasta me preguntó cuál era tu color favorito para asegurarse de que el vestido que se ha comprado para la ocasión era completamente de tu agrado!

—¿Y qué le contestaste? —le pregunta Kai casi a punto de estallar en carcajadas.

—¡Y yo qué sé cuál es tu color favorito para un vestido! ¡Me imaginé que mientras se lo acabe quitando, el color te importa una mierda!

—¡Ese es mi chico! —dice Kai pasando un brazo por encima de los hombros de su hermano—. Veo que me conoces a la perfección y además, empiezas a hablar como una persona normal. ¿Te has dado cuenta de que has dicho mierda?

Kai le mira haciendo ver que aplaude, mofándose claramente de Evan. Este le da un pequeño empujón que no consigue mover a su hermano ni un milímetro.

—La presión hace aflorar mi lado más burdo.

—Oh, mierda… Solo ha sido un espejismo. Ya vuelves a ser el mismo pedante de siempre…

—¡Calla y disimula! —dice de repente Evan, hablando casi sin despegar los labios—. Ahí está. Arréglate esa corbata, ponte recto, sonríe…

—¡Calla, capullo! Y déjame que sé lo que me hago.

Lejos de hacerle caso, Kai se afloja aún más el nudo de la corbata, le guiña un ojo y, con gesto muy serio, sin sacar las manos de los bolsillos, se da la vuelta lentamente cuando siente la presencia de ella muy cerca.

—¡Hola! —le saluda ella acercando la cara para darle un par de besos.

Kai saca una mano del bolsillo del pantalón y la posa sutilmente en la cadera de ella.

—Hola... —la saluda con muchísimo menos entusiasmo que Melissa.

—¡Vaya! Estás... —empieza a decir ella, mirándole de arriba abajo — Impresionante.

—Gracias —contesta él sonriendo con desgana.

Evan le mira expectante, con los ojos muy abiertos, esperando a que él le devuelva el cumplido, más aún sabiendo como sabe lo mucho que ella se ha preocupado por acertar en su vestimenta. Al ver que no llega, y que aún así, ella sonríe y le invita a una copa, aún se sorprende más. Está claro que a Melissa parece gustarle, y mucho, el estilo dejado con el que la trata Kai. ¿Será ese su secreto para tener tanto éxito entre las mujeres?

Al ver que ambos se dan la vuelta, pasando de él olímpicamente, decide buscarse la vida por su cuenta. Se encoge de hombros, se coloca bien las gafas, se afloja el nudo de la corbata e, intentando dibujar una expresión de pasota en su cara, mira alrededor de la sala. A lo lejos ve cómo le saluda una compañera de trabajo y, después de pensarlo durante un buen rato, se decide a acercarse para entablar una conversación y quizá incluso invitarla a una copa. Pero cuando estaba a punto de llegar, ve cómo un tipo se le acerca por detrás y la agarra de la cintura. Cuando ella se da la vuelta, sonríe abiertamente y se besan durante un buen rato. Evan intenta disimular su casi metedura de pata, y cambia el rumbo rápidamente, acercándose a la barra y apoyando los codos en ella, mirando fijamente al camarero, rezando para que la chica no se haya dado cuenta de nada.

—Tranquilo... No te ha visto. No se ha notado nada —oye que una voz le dice a su derecha.

Cuando gira la cabeza, se encuentra con una chica guapísima, con unos azules enormes y unos labios carnosos. Tiene el pelo moreno oscuro y muy liso, peinado por detrás de las orejas. En cuanto le sonríe, unos hoyuelos muy graciosos aparecen en sus mejillas.

—Soy Julie —dice tendiéndole una mano.

—Eh... —Se le traba la lengua, echando por tierra de un plumazo toda su convicción para interpretar el papel de duro, imitando a Kai,

que quería probar para ligar.

Al menos Julie sigue sonriendo y, lejos de salir corriendo asustada, se acerca a él y le coloca bien las gafas sobre el puente de la nariz.

—¿Me invitas a una copa? —le pregunta y, sin esperar respuesta, le hace una seña al camarero, que aparece rápidamente—. Un Cosmopolitan y...

Cuando Evan se da cuenta que los dos le miran esperando su respuesta, logra reaccionar a tiempo y dice:

—Un Manhattan para mí.

El camarero se aleja y Evan mira a Julie sonriendo. Visto que la táctica de Kai no es útil dadas sus características, decide intentarlo con sus propias armas.

—¿Has venido sola? —le pregunta.

—Lo siento, no hablo con desconocidos.

La respuesta le descoloca totalmente. Se pone muy tenso y se sonroja sin remedio, hasta que ve cómo ella ríe de nuevo.

—Entiéndeme, no me has dicho aún tu nombre...

Evan se relaja ostensiblemente, y enseguida empiezan a charlar de forma animada.

≈ ≈ ≈

—¿No me sacas a bailar? —le pregunta Melissa.

—Claro. Si te apetece.

Kai, plenamente consciente de sus movimientos, la conduce hacia la pista de baile poniendo una mano en la parte baja de la espalda de Melissa. Tan abajo, que con las yemas de los dedos le roza el trasero. Ella sonríe satisfecha y, cuando llegan a la pista, se pega a él, apoyando la cabeza en su pecho mientras Kai la estrecha con sus musculados brazos.

La verdad es que Melissa es una mujer preciosa, además de muy inteligente, pero Kai no quiere atarse a nadie. No quiere que le vuelvan a hacer daño. Sabedor de que sus dotes como bailarín tampoco pasan desapercibidas para ella, la mueve con maestría de un lado a otro, mientras Melissa se deja llevar. Recorre sus costados con ambas manos, acariciando la tela del vestido, hasta llegar a su trasero. Ella se remueve, levanta la cabeza y pasea la vista de los ojos a su boca. Se acerca y le muerde el labio inferior, tirando de él mientras Kai la observa detenidamente. Está realmente buena y sabe que lo de repetir con ella no es para nada, una mala idea. Pero sabe que llegará el día en el que ella querrá algo más, algo que él no le puede ofrecer, y le dejará, rompiéndole el corazón. Por eso prefiere ser él el que haga daño primero.

—Escucha Melissa... —dice muy serio, separándose de ella unos

centímetros—.

Yo no voy a darte más…

—¿Perdona?

—Que yo no me comprometo con nadie… No sé qué esperas de mí o hacia dónde quieres que se dirija lo nuestro… Pero yo no soy de esos…

—Espera, espera, espera… Frena el carro. No te entiendo.

—¿Qué quieres que haya entre nosotros? Porque para mí, lo nuestro es solo sexo…

—¿Y te piensas que yo te estoy pidiendo matrimonio?

—No, sé que no. Pero tampoco quiero que esperes que el viernes que viene te lleve al cine, y la siguiente semana a cenar, y el mes que viene vayamos a un concierto juntos… —dice mientras la cara de Melissa se va encendiendo por momentos y su expresión se va ensombreciendo—. De hecho, lo de hoy ya es algo excepcional, porque no suelo follar con la misma tía dos veces.

—¿Y a ti quién cojones te ha dicho que esta noche vamos a follar?

—¿Pretendes que me crea que le has insistido a mi hermano para que viniera, solo para tomarte una copa conmigo y para que te sacara a bailar?

Melissa se separa de él, empujándole, mientras le mira frunciendo el ceño y, dibujando una mueca de asco en sus labios, se da la vuelta y camina decidida hacia el exterior del recinto. Kai la observa durante unos segundos hasta que, encogiéndose de hombros con resignación, se acerca a una de las barras para pedirse otro whisky. En cuanto el camarero se lo sirve y él se dispone a llevarse el vaso a los labios, alguien se lo arrebata de las manos.

—¿Qué haces? —le pregunta Evan, mirándole con los ojos muy abiertos.

—Intentar beberme un whisky.

—¿Por qué parecía que se iba enfadada?

—Porque creo que se ha enfadado.

—¿Crees o se ha ido enfadada?

—Mmmm… Creo que estoy bastante seguro de que está bastante enfadada.

—¡No juegues conmigo, Kai! —le dice Evan, golpeándole el pecho con un dedo, mientras Kai le observa—. ¿Qué ha pasado?

—Pues que le he insinuado que no nos volveremos a ver…

—¡¿Qué?!

—¿Qué te piensas? ¿Que le voy a pedir matrimonio para que tú conserves tu trabajo o para que no te putee?

—¡No! Pero, ¿has sido así de brusco y directo? ¿Le has soltado que

no la volverás a ver más?

—Más o menos...

—Oh, joder... ¿Más o menos?

Kai chasquea la lengua y recupera el vaso, justo antes de confesarle a su hermano toda la verdad acerca de lo sucedido.

—Le dije que no suelo follar dos veces con la misma tía, que lo de hoy era algo excepcional. Yo creo que, en el fondo, se lo debería haber tomado como un halago... — Kai se calla al ver la cara de pavor de su hermano—. ¿No?

—¿Me lo preguntas en serio? ¡¿A ti qué coño te pasa?!

Kai resopla con fuerza y niega con la cabeza, justo antes de apurar el whisky.

—Vale, a ver... ¿Quieres que vaya a buscarla e intente calmarla?

—Ya, claro. ¿Y cómo pretendes hacerlo? ¿Diciéndole que follártela esta noche es un halago?

—No sé —contesta encogiéndose de hombros—. Improvisaré.

—Oh, mierda... Estoy perdido...

—Deja de quejarte y vuelve con la chica esa con la que estabas hablando... Está buena, ¿eh? —dice Kai mirando a la chica, que espera a Evan a unos metros de distancia de ellos—. Parece jovencita... ¿Cómo se llama?

—¡Aléjate de ella! —le pide Kai señalándole con un dedo.

—Pues vuelve con ella. ¡Ya!

En cuanto Kai ve cómo Evan camina hacia la chica, mirándole de reojo cada ciertos pasos, se da la vuelta y camina hacia donde ha perdido antes de vista a Melissa.

Justo al salir al exterior, la ve caminando unos metros por delante y corre para alcanzarla. Agarrándola del brazo, la obliga a detenerse.

—Melissa, espera.

En cuanto ella se da la vuelta, sin previo aviso ni darle tiempo a protegerse, le da un tremendo bofetón en la mejilla.

—¡Oye! —se queja él, frotándose la mejilla con la mano.

—¡Piérdete, gilipollas!

Kai mira alrededor, deseando que pocos hayan sido testigos de que una chica le haya agredido.

—Melissa, por favor, escúchame.

Ella parece no querer hacerlo, porque vuelve a cargar el brazo para asestarle otro bofetón, pero justo cuando va a impactar contra la mejilla de Kai, él le detiene la mano, agarrándola de la muñeca con fuerza. La inmoviliza, poniéndole el brazo a la espalda, y se acerca hasta que su pecho roza el de ella.

—Aléjate... —le pide ella con un tono mucho menos convincente

que antes.

—No quería... No pretendía hacerte enfadar.

—Hacerme enfadar no es la palabra adecuada para describir cómo me has hecho sentir.

—¿Puedo hacer algo para compensarte? Digamos... Algo así como hacerte sentir algo más... placentero... —susurra casi en su oreja.

Melissa apoya la mano que tiene libre en su pecho e intenta apartarle, aunque con tan poca fuerza que no consigue mover a Kai ni un centímetro.

—Melissa, quiero ser sincero contigo. No estoy preparado para tener una relación estable con nadie, pero eso no quita que quiera pasármelo bien...

Ella le mira durante un buen rato, sopesando sus palabras. A pesar de haberla menospreciado, insinuando que debería echarse en sus brazos solo para disfrutar de una noche de sexo, y que debería estar agradecida porque él no suele repetir nunca con ninguna, no puede negar que tiene razón. Ha sido sincero. Nada de "ya te llamaré", "a ver si nos vemos" o "esto hay que repetirlo". Y en cuanto a pasárselo bien... Bueno, es indiscutible que Kai sabe cómo hacer disfrutar a una mujer.

—Y... ¿alguna vez estarás preparado? —le pregunta.

—No me veo... —responde él con sinceridad, encogiéndose de hombros—. Ya sabes... Eso de "felices para siempre" con una misma persona... no me lo creo. Pero si quieres ser feliz conmigo, durante un rato, aquí me tienes.

—Eres un capullo... —asegura Melissa sonriendo.

—Lo sé. Y por favor, no lo olvides... El capullo soy yo, no mi hermano.

—¿Tu hermano? ¿Evan? ¿Qué pinta él en todo esto?

—Bueno... Digamos que tiene la absurda idea de que, de alguna forma, que yo sea un capullo influirá en su puesto de trabajo...

—¡¿Perdona?! Tu hermano es demasiado bueno como para dejarle escapar por un desengaño amoroso contigo... Dile que te baje del pedestal en el que te tiene, que no eres para tanto.

Dicho eso, Melissa se da la vuelta y sigue caminando, adentrándose en los jardines de la parte de atrás del palacio de congresos donde se celebra la cena, dejando a Kai plantado en el sitio, totalmente descolocado por su comentario. Cuando consigue reaccionar, sonriendo a pesar del desplante, empieza a correr hacia ella y cuando la alcanza, la vuelve a agarrar del brazo y le da la vuelta sin mucha delicadeza. El cuerpo de ella choca contra el de él y, ni corto ni perezoso, la agarra de la nuca y mete la lengua en su boca. Melissa

intenta revolverse, pero él impide que se aleje amarrándola con más fuerza, hasta que la oye jadear. Entonces, cuando los intentos de ella por escapar se convierten en intentos precipitados por quitarle la americana, Kai se separa varios centímetros. Sonríe de medio lado, entornando los ojos, disfrutando de la vista que se presenta ante él, una mujer que, aunque ha intentado demostrar lo contrario durante un buen rato, ahora mismo anhela sus besos y caricias.

—¿Qué haces? —le pregunta con la voz tomada—. ¿Por qué te detienes?

—¿Acaso importa? Total, no soy para tanto...

Sin intercambiar ninguna palabra más, Melissa vuelve a pegarse a él y le besa con premura, hundiendo sus dedos en el pelo de la nuca de Kai. Satisfecho por la reacción, sabedor de que sus pasos les han llevado a una parte algo alejada del jardín, él empieza a subirle el vestido. Al principio lo hace con tiento, atento a la reacción de ella, pero cuando ve que le da completamente igual, se lo sube hasta la cintura y agarra sus piernas para ponérselas alrededor de la cintura. Mirando de reojo, busca un sitio que sea lo suficientemente cómodo para tumbarse en el suelo y alejado para pasar lo más desapercibidos posible. Pero los besos de Melissa se vuelven cada vez más

impacientes y se frota de tal manera contra su entrepierna que decide que los arbustos de su derecha ya están lo suficientemente bien y se esconde detrás de ellos. La tiende de espaldas, boca arriba y, arrodillándose en el suelo, se baja los pantalones y los calzoncillos, se pone un preservativo y se hunde dentro de Melissa de una estocada.

—¡Oh, joder! No sé qué estoy haciendo... —jadea sin control—. Nos puede ver cualquiera...

Entonces Kai aumenta la fuerza de sus embestidas y ella empieza a gritar con fuerza, presa de las descargas de placer a las que se cuerpo se enfrenta.

—Shhhh... —le pide Kai, acercando sus labios a los de ella para intentar acallarla.

Entonces, Melissa le muerde el labio con fuerza y él se queja. Separa la cara y se chupa el labio, sintiendo el sabor metálico de la sangre, mientras ella le mira con lascivia. Entonces, agarrándole de la nuca, acerca la cara a la de él y, con mucha delicadeza, lame el labio inferior de Kai hasta que consigue hacerle jadear y que vuelva a mover las caderas de nuevo.

—Kai... Joder... —empieza a susurrar ella al rato, al sentir que el orgasmo es inminente.

Él, sonriendo satisfecho, aumenta el ritmo hasta que siente cómo Melissa se aprieta alrededor de su erección y escucha sus gemidos de placer. Entonces, sale de ella y acerca la lengua a su vientre,

dibujando un camino descendente desde su ombligo hacia su sexo. Abriéndola de piernas con las manos, impidiendo así que se encoja, lame su clítoris, aún sensible debido al reciente orgasmo y consigue hacerla estallar de nuevo. Solo cuando la ve exhausta y totalmente a su merced, la vuelve a penetrar justo antes de correrse.

≈ ≈ ≈

—Bueno... Gracias por... la velada en general —dice Melissa con una copa en la mano, mirando a Kai de reojo—. Dile a tu hermano que no se preocupe por su puesto de trabajo.

—Lo sé, lo he pillado... No soy para tanto...

—No es por eso... —ríe ella—. Quizá antes te he menospreciado un poco... Pero aún así, tu hermano es muy bueno y por nada en el mundo querría perderle. Es un hacha con los números.

—Lo sé... Es bueno, ¿verdad? —dice Kai mientras mira a su hermano menor, que sigue hablando con la misma chica de antes, haciéndola reír, confiado y seguro de sí mismo—. Estoy muy orgulloso de él... Aunque no se lo digas nunca, porque negaré que te lo he dicho.

—De acuerdo... Lo tendré en cuenta...

En ese momento, un tipo de acerca a ellos y saluda a Melissa de forma efusiva.

Tiene pinta de ser alguien importante, así que Kai se echa a un lado, dejándoles 53

espacio. Evan le mira en ese momento, preguntándole cómo ha ido mediante un ligero movimiento de hombros. Kai levanta el pulgar y le sonríe para tranquilizarle, pero ver a Melissa hablando con otro hombre parece haberle puesto nervioso, así que empieza a caminar hacia él.

—Hola... Esto... ¿Todo bien? —le pregunta temeroso, sin poder evitar echar rápidos vistazos hacia su jefa.

—Muy bien. Tranquilo porque tu puesto de trabajo no peligra.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Tanto confías en tus... aptitudes?

—Por supuesto, pero no lo sé solo por eso. Lo sé porque ella misma me lo ha dicho.

—¡¿Qué?! ¿Habéis hablado de mí? —pregunta desesperado mientras Kai asiente—. ¿Cuándo? ¿No habrás sido capaz de informarla de mi temor a que tus acciones tengan una relación intrínseca con el devenir de mi vida laboral en su empresa?

—Esto... ¿No?

—Menos mal —resopla Evan aliviado.

—Solo le he explicado que estabas cagado porque pensabas que si yo le decía que no quería una relación con ella, se cogería tal rebote que te pegaría una patada y te echaría a la calle.

—¡Pues eso es lo que te preguntaba!

—Ah, pues haberle dicho claramente… Sí, entonces, eso ha pasado. Pero tranquilo, porque me ha dicho que, aunque yo soy demasiado bueno en lo mío y seré difícil de olvidar, tú tampoco eres malo con los números… —contesta Kai, minimizando el entusiasmo que Melissa ha manifestado por tener a su hermano pequeño en plantilla.

—¿En serio ha dicho eso?

—Más o menos…

—¡Vaya! ¡Genial, porque me encanta mi trabajo!

En ese momento, Melissa se despide del tipo con el que hablaba y se acerca de nuevo a Kai, saludando a Evan con un par de besos.

—¿Cómo estás? ¿Te lo estás pasando bien? —le pregunta.

—Sí, señora. Muy bien —contesta él con mucha educación.

—¡Ya ves si se lo pasa bien! Me parece que ha puesto el punto de mira en una tía, ¿no? —interviene Kai, pasando un brazo por encima de los hombros de su hermano, que agacha la cabeza, algo avergonzado.

—Bueno…

—Es muy guapa —dice Melissa, mirando disimuladamente hacia la chica.

—Gracias. Se llama Julie.

—Perfecto pero, ¿habéis hecho algo más que hablar? —le pregunta Kai.

—Eh… No, bueno… Nos acabamos de conocer…

Kai y Melissa se ríen por su inocencia y timidez, y es entonces cuando Evan se da cuenta de que ella tiene algo de hierba en el pelo. Abre mucho los ojos y, rojo como un tomate, se da la vuelta hacia su hermano.

—Al menos, podríais disimular un poco… —le susurra aprovechando que ella está distraída saludando a otra pareja—. ¿Qué cojones ha pasado cuando has ido a buscarla? Tiene hierba en el pelo.

—¿No querías que le quitara el enfado? Pues lo he hecho de la mejor manera que sé.

Aquella noche, Evan conoció a la que, durante muchos años, él pensó que era el amor de su vida. Se equivocó. Yo, por mi parte, volví a disfrutar al lado de Melissa, una mujer muy bella e interesante a la que dejé escapar porque le aseguré que no me veía siendo feliz para siempre al lado de la misma mujer. Me equivoqué.

CAPÍTULO 5
Vanessa y "la pelirroja"

—A ver si me entero... ¿Estás así porque Sharon se larga a otro continente? ¿O

estás así porque no te lo había dicho antes? ¿O porque por fin te has dado cuenta de que vuestra relación era algo que solo tú te creías?

—Vete a la mierda, Kai... En serio, no tengo ganas de aguantarte...

—A ver si lo entiendes de una vez, so capullo —insiste—. El único que está sufriendo, ¡eres tú! Ella se larga sin ningún cargo de conciencia. ¿Crees en serio que alguien que te quiere, haría eso?

—¿Se supone que me estás animando? Porque me estás hundiendo en la puta miseria, tío. Me siento como una mierda...

Connor se levanta y empieza a caminar por el jardín trasero de casa de su padre. Por inercia, se lleva a la boca la botella de cerveza, aunque entonces se da cuenta de que no cae líquido del interior. Como si no entendiera el porqué, mira la botella a contraluz, con la mirada algo desenfocada producto del alcohol que lleva ya en sangre. Kai se levanta y, plantándose frente a él, se la quita de la mano y le coloca otra recién abierta. Entonces, poniendo ambas manos en los hombros de su hermano, le mira fijamente y le dice:

—No sé si te estoy animando o hundiendo en la mierda... Lo que quiero es que abras los ojos, porque te mereces a alguien mucho mejor. Te mereces a alguien que se preocupe por ti lo mismo que tú lo haces por los demás...

—¿Sí? ¿Tú crees? Empiezo a dudar que exista ese alguien... Además, yo quiero a Sharon...

—Olvídate de Sharon porque ella ya lo ha hecho de ti. Mañana se larga, pasado se acaba de instalar y en menos de una semana se estará tirando a cualquier franchute refinado. Así que prepárate porque esta noche salimos.

—No tengo ganas.

—No te lo estoy preguntando, te estoy informando de ello. Y no voy a aceptar un no por respuesta.

—No.

—Ja, ja, ja. Vamos a salir a emborracharnos y a tirarnos a alguna tía.

—No me voy a tirar a nadie y ya estoy lo suficientemente borracho.

—¿Ya? Pues entonces te saldrá barata la noche.

En ese momento, Evan asoma la cabeza y, al comprobar que están ahí, sale guardándose el teléfono en el bolsillo.

—Vale. Estoy listo —dice con una sonrisa en la cara.
—¿Ya le has pedido permiso a Julie? —le pregunta Kai.
—No necesito pedirle...
—Por favor, Evan... —le mira levantando una ceja, hasta que vuelve a centrar su atención en Connor y, acercándose a él, le dice—: Vamos... No me puedes dejar solo con el calzonazos pedante... Tú eres de los míos... Sabes divertirte...
—¿Hola? Sigo aquí y por muy bajo que hables, tu tono de voz... —Mientras su hermano pequeño habla, Kai y Connor se miran haciendo una mueca de resignación.
Kai le suplica con la mirada y a Connor se le forma una sonrisa en los labios— es lo suficientemente alto y grave como para que mi perfecto sistema auditivo periférico sea capaz de...
Entonces, poniéndose de acuerdo sin necesidad de hablar, los dos cierran los ojos, echan la cabeza hacia atrás y empiezan a hacer ver que roncan.
—¡Oh, vaya! ¡Cuánta madurez junta! —se queja mientras sus hermanos ríen a carcajadas.
—Evan, tu oído será cojonudo, pero el mío ha decidido dejar de escucharte en cuanto has pronunciado la primera palabra rarita... —le informa Kai—. ¿Qué me dices, Con? ¿Vienes con nosotros?

≈ ≈ ≈

—Venga... Vamos a ver... ¿Qué tal ese grupo de allí? —pregunta Kai a Connor.
Ambos están sentados en sendos taburetes, apoyados de espaldas a la barra, oteando el horizonte, plagado de mujeres dispuestas a pasar un buen rato.
—Dos de ellas han mirado, al menos, tres veces hacia aquí. Todas entran en el rango de edad ideal, visten claramente al estilo furcia recatada...
—¿Furcia recatada? —pregunta Evan espantado, con una mueca de asco en la cara.
—Ya sabes... Enseñando la mercancía pero sin que se note... Como si fuera un accidente y no algo premeditado que ahora mismo le esté viendo el tanga a la que está sentada más a la derecha.
—Joder... ¡Eres un cerdo! No me extraña que no tengas pareja... no hay mujer que te aguante.
—Sí, sí... No veas la envidia que me dais los que estáis emparejados... No hay más que ver lo felices que sois... —dice Kai señalando a sus hermanos con ambas manos—. ¿Y bien, Con? ¿Qué me dices?
—Paso —contesta este, apurando su tercer whisky desde que han entrado en el local y haciéndole una seña al camarero para que le sirva otro.

—Connor, no crees que ya has bebido… —empieza a decir Evan, pero Kai le corta enseguida.

57

—Eh, eh, Con… Mírame —le pide agarrando la cabeza de su hermano para obligarle a levantar la vista hasta sus ojos—. No haces nada malo… Eres soltero de nuevo.

—Pero yo no…

—Connor, pasa de ella. Olvídala.

—¡Es que yo no quiero olvidarla, ¿vale?!

De repente, Connor le mira con rabia y con los ojos totalmente bañados en lágrimas, no sabe si producto del alcohol o de la sensación de abandono que siente.

Entonces, como si las lágrimas hubieran abierto la veda, su lengua se suelta y empieza a balbucear.

—No me veo capaz de… de… olvidarla así sin más… ¡No quiero hacerlo! Y… y…

mucho menos cuando aún ni se ha marchado… ¿Quién sabe si…? A lo mejor se lo piensa mejor y no se marcha y… y no me deja solo… Y se queda conmigo…

Estas últimas palabras las dice en un susurro, mientras los sollozos le entrecortan la respiración. Kai mira alrededor, esperanzado de que el estado de su hermano no haya llamado la atención. Se fija en la chica que se acaba de colocar a su lado para pedir una bebida. Ve como ella le mira de reojo y cómo entonces se fija en Connor. Arruga la frente mientras se humedece los labios. En ese momento, Kai se da cuenta de que, como suele ser habitual, Connor no ha pasado desapercibido para una mujer. Pone los ojos en blanco, haciéndose cruces de lo que su hermano podría haber follado si se lo hubiera propuesto, aunque entonces se da cuenta de que puede revertir la situación en su favor.

—Bufff… —resopla dándose la vuelta y colocándose de cara a la barra—.

Pobre…

—¿Está bien tu amigo? —le pregunta la chica señalando a Connor.

—Bueno… Supongo que se recuperará, aunque estos momentos son muy duros…

—¿Qué le ha pasado?

—Le ha dejado su novio…

—¿Su…? ¿Novio? —pregunta mientras Kai asiente con solemnidad.

—Estaban muy enamorados… Él se ha ido a vivir a otro continente por trabajo, sin contar con la opinión de Connor. Supongo que el muy cabrón no estaba tan enamorado como él —dice señalando a su hermano mientras agacha la cabeza, haciéndose el afectado—. La vida

es una mierda…

—Lo siento mucho… —dice ella, mordiéndose el labio inferior—. Soy Vanessa, por cierto.

—Kai —contesta sin más, sin acercarse a ella—. Soy su hermano, heterosexual.

—Ah…

58

De repente, Kai ha conseguido captar la atención total de la chica, que le mira de arriba abajo con descaro. Cuando el camarero se acerca, antes de que ella pueda sacar el billete para pagar, él se adelanta y la invita.

—Gracias…

—De nada. Creo que mi hermano ya tiene suficiente alcohol en el cuerpo, así que puedo emplear el dinero en ti. ¿Vienes sola?

—Eh… No… Vengo con unas amigas… —dice señalando hacia el grupo en el que se habían fijado antes—. La verdad es que llevábamos un rato mirándoos…

—¿Ah, sí?

—Sí… Bueno… Esto me da un poco de vergüenza pero… Os habíamos clasificado…

—¿Clasificado? No entiendo… —dice haciéndose el tonto, aunque pensando por dentro que, al fin y al cabo, los hombres y las mujeres no son tan diferentes.

—Sí… El chico de las gafas es un seis sobre diez… O sea, es mono, pero demasiado estirado. Un NVPNL.

—¿NVPNL?

—No Válido Para una Noche Loca. Ya sabes… Demasiado encorsetado — contesta mientras Kai ríe a carcajadas—. Tú eras un ocho sobre diez. Estás muy bueno y tienes un buen cuerpo, pero tienes pinta de ser algo… aprovechado. Aunque ahora que te conozco algo más, voy a proponer a las chicas subirte un punto más.

—¡Vaya! No está mal —Ni tan mal, me han calado, piensa.

—Y tu hermano, el gay… es un nueve sobre diez.

—¡Joder! ¿Un nueve sobre diez? ¿Y qué le ha hecho perder un punto?

—Ser gay.

—Pero eso lo sabes ahora… ¿Quiere decir eso que…? ¡Joder! ¿Era un diez sobre diez? Espera, espera… ¿Y aún siendo gay, sigue teniendo más puntuación que yo? ¿Os lo tiraríais antes que a mí?

Vanessa ríe a carcajadas mientras Kai sonríe, sabedor de que se la está metiendo en el bolsillo, sin importar la puntuación que sus amigas le den.

—Oye… ¿Quieres…? ¿Te apetece bailar? —le pregunta ella con

timidez, mordiéndose el labio inferior mientras señala hacia la pista de baile con un dedo.

—Eh… Sí… Bueno, vale… —contesta él intentando disimular su entusiasmo e, interpretando aún el papel de hermano protector, añade—: Espera que voy a decírselo a Connor para que no se preocupe.

—Vale… Yo voy a avisar a mis amigas…

En cuanto se acerca a ellos, dándole la espalda a Vanessa, sonríe mordiéndose el labio inferior, moviendo las cejas arriba y abajo, mirando a sus hermanos.

—¿Os puedo dejar solos? —les pregunta comportándose con Connor de forma cariñosa para hacer ver que realmente se preocupa por él cuando, en realidad, lo único en lo que puede pensar es en restregarse contra Vanessa en la pista e intentar llevársela a algún sitio más íntimo luego.

—¿Qué cojones haces? —le pregunta Connor receloso, hablando con voz pastosa por causa del alcohol.

—Gracias, tío. Gracias —le dice Kai sin hacer caso a la pregunta, abrazándose a él mientras le susurra al oído—: Me parece que, a partir de ahora, te voy a llevar a conmigo todas partes.

—Lárgate, empalagoso —se queja Connor apartándole.

—No le pierda de vista, Evan. No dejes que se largue de aquí. Ah, y por cierto, si te apetece intentar algo con cualquiera de las chicas del grupo en el que nos hemos fijado antes, eres un diez sobre diez… Yo de ti, aprovechaba la ocasión.

—Piérdete, Kai.

—¿Diez sobre diez de qué? —pregunta Evan totalmente confundido—. No entiendo ese baremo…

—Cosas de mayores, Evan —le contesta Kai caminando de espaldas y guiñándole el ojo mientras se acerca hasta Vanessa, que le espera impaciente cerca de la pista, a medio camino entre él y sus amigas.

Sus dos hermanos le observan, sin poder evitar darse cuenta de que se está comportando como un caballero con esa chica. La acompaña hasta la pista poniendo una mano en su espalda, sin propasarse. La escucha atentamente mientras ella acerca la boca a su oreja. Deja una distancia prudencial entre sus cuerpos, a sabiendas de que, normalmente, la manera de bailar habitual de Kai es arrimarse a la chica lo máximo posible.

—¿Qué le pasa a Kai? —le pregunta Evan a su hermano, mientras este, incapaz casi de hablar, se limita a encogerse de hombros mientras apura de nuevo el vaso.

Evan no deja de observarles mientras bailan, maravillándose de la facilidad que tiene Kai para relacionarse, sobre todo con el género

femenino. Connor también podría tener el mismo éxito, pero él es más comedido y muy fiel, aunque últimamente no haya recibido el mismo trato por parte de las mujeres.

—Creo que si yo me separara de Julie, me quedaría solo hasta el fin de mis días...

—¿Eh? ¿Decías algo? —balbucea Connor con otro whisky en la mano.

—Nada. Hablaba solo... ¿Cuántos llevas ya?

—Ni puta idea —contesta empezando a tener serios problemas para mantener la verticalidad—. Ve a divertirte, si quieres.

—¿Y dejarte solo? Ni hablar.

60

≈ ≈ ≈

Kai está haciendo verdaderos esfuerzos por no agarrar a Vanessa por la cintura, pegarse a su espalda y mostrarle lo que sus movimientos insinuantes, y la imaginación de él mismo, han provocado en su entrepierna. Se retiene porque ella no ha mostrado ningún indicio de que quiera que este tonteo inocente pase a mayores, y tiene la esperanza de que el papel de chico educado y respetuoso acabe decantando la balanza a su favor.

Sabe que sus amigas están atentas a lo que ocurre en la pista, además de no quitarle ojo a Connor, que sigue apoyado en la barra, cada vez más borracho, aunque bien custodiado por Evan. Hace una mueca de preocupación al ver cómo su hermano mediano se tambalea incluso estando sentado en el taburete, librándose de caer al suelo solo porque Evan le ha agarrado a tiempo, y una ráfaga de remordimiento pasa por su cabeza. Está tentado de dejar pasar la oportunidad con Vanessa y llevar a Connor a casa, pero entonces ella pega su espalda a su pecho, llamando así su atención. Cuando la mira, la ve con los brazos en alto, contoneándose con descaro, y no puede evitar imaginársela atada al cabecero de una cama, moviéndose de igual forma bajo su cuerpo.

—Te voy a tener que bajar de nuevo el punto que te he sumado antes... —le susurra al oído cuando se da la vuelta, bajando la mano hasta la entrepierna de Kai y tocando su erección a través del pantalón —. Aunque por suerte, veo que mi baile ha surtido el efecto que yo deseaba...

Kai la mira a los ojos y sonriendo de medio lado, la agarra del codo y tira de ella con brusquedad, conduciéndola hacia los baños. Cuando entra en el de las chicas, después de convertirse en el centro de atención de las chicas que hay en el interior, golpea todos los cubículos hasta que una de las puertas se abre y se meten dentro. Kai cierra la puerta y pone el pestillo, agarrando luego a Vanessa con fuerza de los brazos y empujándola contra ella. Tira del bajo del

vestido de ella hacia arriba, sin cuidado, hasta dejarlo a la altura de la cintura. Saca un preservativo, se lo pone y, sin molestarse en bajarse el vaquero del todo, la coge en volandas y le coloca las piernas alrededor de su cintura, embistiéndola de una sola estocada. Observa su reacción, apretando los dientes, viendo cómo echa la cabeza hacia atrás. Entrelaza los dedos con los de ella y coloca sus brazos contra la puerta, apretándolos contra la madera con cada estocada, haciendo tambalear el cubículo entero. Se empiezan a escuchar algunas risas y vítores al otro lado de la puerta, que solo sirven para engordar el enorme ego de Kai. Vanessa empieza a gritar de placer y él entonces coloca las manos en la cintura para agarrarla con firmeza y poder clavarse dentro de ella hasta el fondo. Unos minutos después, los dos se corren a la vez, boca contra boca, bebiéndose los jadeos del otro.

Al rato, ella apoya los pies en el suelo y empieza a colocarse bien el vestido, aún con las mejillas encendidas y la respiración entrecortada. Mientras, él se quita el preservativo, le hace un nudo y lo tira dentro de la basura situada al lado del inodoro.

Luego se sube los calzoncillos y los pantalones y la observa sonriendo.

—Sal tú primero mientras yo acabo de arreglarme… —susurra ella en voz baja.

—Creo que después de lo que hemos armado —dice él imitando su tono de voz, hablándole en la oreja—, es una gilipollez que hablemos así, pero tú misma.

Antes de salir, le guiña un ojo y luego sale del cubículo peinándose el pelo con los dedos. Todas las mujeres presentes le miran de arriba abajo, sonriendo mientras él inclina la cabeza como un caballero. Al llegar al lavamanos, ve a una pelirroja sentada en el mármol, con las piernas cruzadas, mirándole descaradamente, como si le estuviera desnudando. Él, sin inmutarse, se coloca a su lado, abre el grifo, y se moja la cara y el pelo.

—Esos gritos de ahí dentro, ¿los has provocado tú?

—Eso parece…

—Vaya… Lástima que haya llegado tarde… —dice ella, peinándose el pelo con las manos mientras cruza las piernas de nuevo, mostrando más trozo de piel que la que esconde bajo el vestido—. Allí fuera no hay nadie que merezca la pena, excepto un tío, pero parece ser que es gay…

—¿Un rubio de ojos azules? —pregunta Kai mientras ella asiente —. Maricón perdido, te lo digo yo, que le conozco.

—Pues eso… Parece que tú eras mi única oportunidad de pasar un buen rato esta noche y… —dice señalando con la mano hacia el

cubículo del que él acaba de salir.

Kai mira hacia allí, y comprueba que Vanessa aún no ha salido. Ha pasado un buen rato con ella, eso es innegable, pero ya no le debe nada, no hace falta que siga aparentando ser un buen tipo, un tío con escrúpulos. Así pues, vuelve a mirar a la pelirroja y, apretando los labios, entorna los ojos y camina lentamente hacia la pelirroja.

Ella abre las piernas y él se coloca en el hueco que queda entre sus piernas. La agarra del culo y la atrae hacia él. Sin necesidad de decir nada más, ella enrosca las piernas alrededor de la cintura de Kai y rodea su cuello con los brazos, besándole con prisa.

Camina con ella a cuestas hacia otro cubículo, justo en el momento en el que Vanessa sale y les pilla de lleno. Se le borra la sonrisa de golpe ya que, aunque tampoco es que se hubiera hecho ilusiones de que este escarceo llegara a ir más allá, tampoco esperaba haber significado tan poco para él.

—¡Serás gilipollas! —le grita con la cara encendida y los ojos llenos de lágrimas, llamando entonces la atención de ambos, que se detienen de golpe.

La pelirroja apoya los pies en el suelo e intenta separarse un poco, aunque sin soltar a Kai. Este mira a Vanessa, algo descolocado. Incluso él mismo se da cuenta de que lo que está haciendo está mal, pero tampoco es que le haya jurado amor eterno, ¿no?.

—Vamos, ha sido un polvo, ¿no? Tú lo querías, yo también...

Sin dejarle hablar más, Vanessa le da un tortazo en la cara con todas sus fuerzas, saliendo a toda prisa del baño. La pelirroja se interpone en su campo de visión y se desabrocha un botón de la camisa, dejando a la vista parte de la tela de encaje del

sujetador. Kai sonríe y, como si no hubiera pasado nada, vuelve a pegarse a ella y hunde la lengua en su boca, arrastrándola hacia unos de los cubículos y cerrando la puerta a su espalda. Esta vez, la pelirroja lleva la voz cantante, liberando su erección, sentándole en la taza del váter de un empujón y colocándose sobre él, a horcajadas.

Kai se limita a echar la cabeza hacia atrás, resoplando con fuerza por la boca, mientras se deja hacer.

≈ ≈ ≈

—¿Esa no es la chica que se ha ido antes con Kai? —le pregunta Evan a Connor, que hace un verdadero esfuerzo por enfocar la vista y mirar hacia donde le señala su hermano—. Parece disgustada...

Los dos observan como la chica se acerca a la pista, donde ellos están con sus amigas. Se han visto arrastrados hacia allí por ellas, después de estar charlando un rato, con la excusa de que así Connor se animaría. Él no ha opuesto resistencia, básicamente porque se ha convertido en un pelele en manos de todos. No se puede decir que

estén bailando, Evan porque tiene un nulo sentido del ritmo, y Connor porque, aparte de que odia bailar y se le da fatal, su nivel de alcohol en sangre es tan elevado que a duras penas puede coordinar caminar y respirar a la vez, no digamos ya bailar. De todos modos, deja que las chicas se froten contra él y le hagan confidencias al oído, mostrándose muy simpáticas y abiertas, aún sin saber bien el motivo.

—Tu hermano es un gilipollas… —grita Vanessa entre sollozos cuando llega a ellos, mirando a Connor.

—Estamos de acuerdo —contesta él con la voz pastosa.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta una de sus amigas.

—Se está tirando a otra… —balbucea ella, secándose las lágrimas con un pañuelo, intentando hacerse entender a pesar del volumen de la música y de su respiración exaltada—. No habían pasado ni cinco minutos de estar conmigo… Y ya estaba morreándose con otra…

—¡¿Qué?! —gritan sus amigas—. ¡Será imbécil!

Sin poderlo evitar, miran a Evan y a Connor, como si de algún modo, fueran en parte responsables del comportamiento de su hermano.

—Sentimos mucho el comportamiento de Kai… —se ve obligado a decir Evan—.

Si podemos hacer algo para compensarte de alguna manera…

—Evan… —intenta cortarle Connor, acercándose a él.

—Seguro que él no quería hacerte daño…

—Ya, claro… —responde Vanessa—. De verdad, no intentéis justificarle…

—Evan… —insiste Connor.

—Pero es cierto que él no piensa que lo que él haga te pueda molestar… De hecho, creo que si tú ahora decidieras liarte con algún otro hombre, no le importaría en absoluto…

—Evan, por favor… Me encuentro muy mal —dice Connor, agarrándose a la camisa de su hermano—. Me quiero ir a casa…

—Vale… Esto… Nos tenemos que ir…

Evan empieza a caminar de espaldas, agarrando a su hermano para que no se caiga, llevándoselo de nuevo hacia la barra y sentándole en uno de los taburetes.

—Quédate aquí. Voy a buscar a Kai.

Connor tiene que hacer verdaderos esfuerzos para aguantarse las ganas de vomitar, mientras cierra los ojos para intentar que la sala deje de dar vueltas a su alrededor. Pierde la noción del tiempo, hasta que siente cómo le zarandean y se ve obligado a abrir los ojos de nuevo.

—Eh… Me ha dicho Evan que quieres irte ya.

—Sí... —consigue decir con mucho esfuerzo mientras todo vuelve a girar alrededor, agarrándose con fuerza a la camiseta de Kai—. Siento haberte jodido el plan...

—¿Bromeas? Me he tirado a dos en el baño... Ha sido una noche más que provechosa. Así que, venga, vámonos de aquí.

En cuanto salen al exterior, Kai, con el brazo de Connor por encima de sus hombros y agarrándole de la cintura, mira a Evan y le dice: —Evan, para a un taxi. Vamos a llevar a Connor a casa.

—Espera. Estoy avisando a Julie de que salgo para allá.

—Joder —contesta Kai dejando a Connor sentado en un banco—. Eres un puto pelele… Ya lo hago yo.

Connor resbala por el respaldo del banco y cae inevitablemente al suelo, sin fuerzas para impedirlo. Se golpea la cara contra la acera y se queda allí tirado, boca abajo, hasta que Kai consigue parar un taxi y Evan acaba de escribir el mensaje a su mujer.

—Vamos colega, que ya tenemos taxi.

Le meten dentro del vehículo sin muchos miramientos, y apoyan su cabeza contra la ventanilla de la puerta izquierda, mientras Evan se sienta a su lado y Kai delante, junto al taxista.

—¡Eh! ¡Esperad, esperad! No podéis entrar en este taxi… —dice entonces una voz femenina.

—¡Vaya! —dice Kai, dándose cuenta, al sentarse en la parte delantera del taxi, que su conductora es una chica, y además muy guapa—. ¡Hola!

—Fuera de mi taxi —repite ella mirando nerviosa por el espejo interior.

—¿Por?

—Porque vuestro amigo va muy borracho y acabará vomitando aquí dentro — responde señalando a Connor.

—Perdona, ¿tienes un cartel reservando el derecho de admisión? —le replica Kai—. Si bebes no conduzcas, ¿recuerdas el lema?. Pues eso, hemos bebido así que no conducimos. Tú no has bebido, o al menos eso espero, así que tú conduces. ¿O tengo que apuntar tu número de licencia y hacer una llamadita a la central de taxis para quejarme?

Ella gira la cabeza fulminándole con la mirada, pero parece que finalmente claudica.

—¿No te puedes sentar detrás con tus amiguitos y dejarme tranquila? ¿O voy a tener que disfrutar de tu compañía todo el trayecto?

—Es que aquí estoy más ancho y ahora que sé que tú conduces y vas a estar a mi lado todo el trayecto, de aquí no me mueve ni Dios —

contesta haciéndole un repaso de arriba abajo a la chica.

Definitivamente, esta es su noche de suerte, piensa observándola detenidamente. Tiene un estilo algo marimacho al vestir, pero bajo esa camisa de cuadros abierta, lleva una camiseta de tirantes que deja entrever una delantera de escándalo. Además, tiene un pico de oro, y no se amedrenta ante él, haciendo volar su imaginación perversa, imaginándosela como una tigresa de armas tomar.

—Qué suerte la mía… —asegura ella—. Poneos los cinturones.

—Yo por ti me ato lo que haga falta. Y si llevas unas esposas, me las pongo también.

—Uy, qué gracioso por favor. No te pienses que no me ha hecho gracia, es que soy muy tímida y estoy llorando de la risa por dentro… —contesta ella en tono de burla, sin perder de vista a Connor—. Pero tú dame motivos, que verás tu sueño realizado y acabarás la noche esposado.

—Qué carácter… Me gusta…

—¿Y a tu amigo qué le pasa? ¿Es sordo? ¡Eh! ¡Tú! —grita dirigiéndose a Connor que, aunque la oye, es incapaz de mover más que las pupilas de los ojos—. Ponte el cinturón.

—No insistas. Ya no está entre nosotros. Siente, pero no padece. Te escucha, pero no va a moverse. Dale un poco de tregua… —dice Kai bajando un poco el tono de voz—. Le ha dejado el novio y está de bajón.

—Kai, corta ya el rollo —interviene entonces Evan.

—Vale, vale... Le ha dejado la novia, no el novio —aclara Kai, poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué quieres? No me quiero cerrar ninguna puerta...

—Definitivamente, esta va a ser una noche de mierda... ¡Que te pongas el cinturón! —grita ella como una loca girando un poco la cabeza mientras inicia la marcha.

Kai y Evan se echan a reír ante el histerismo de la pobre taxista. Connor intenta abrir los ojos para fijarse en quién le grita. Cuando reúne las fuerzas necesarias y consigue abrirlos, ella aprieta con fuerza el pedal del freno y su cuerpo se abalanza hacia delante de forma brusca. Su cabeza choca con fuerza contra el cristal protector que separa los asientos posteriores de los delanteros.

—¡Eh! ¡¿Estás loca o qué?! —grita Kai.

—Connor… —dice Evan agarrando a Connor y esta vez, poniéndole el cinturón—.

¡Tía loca! ¡Le has hecho una brecha en la nariz a mi hermano!

—Hace unos minutos estabas demasiado ocupado con el teléfono como para prestarle atención y ponerle el cinturón, así que

técnicamente, la culpa es tuya. Yo os he advertido.

El movimiento brusco no ha hecho más que empeorar el mareo de Connor, así que pocos segundos después, vuelven las náuseas, esta vez con más fuerza, y vomita inclinándose hacia delante.

—Se acabó. Aquí acaba vuestro trayecto. Buscaros a otro pardillo dispuesto a ganar diez pavos y a gastarse otros veinte en limpiar su taxi.

—¡Pero no nos puedes dejar aquí! —grita Evan.

—¿No? Mírame —contesta ella deteniendo el coche mientras le mira fijamente a través del espejo, desafiándole con la mirada.

—Déjala. Desde aquí llegamos rápidamente a mi coche. Ya os llevo yo.

—¿Tú? ¿En tu estado?

—Como quieras. Me llevo a Connor a su casa. Tú vete caminando si lo prefieres.

Evan chasquea la lengua y parece claudicar, mientras Kai abre la puerta del taxi para recoger a su hermano.

—Oh, joder tío —dice este, haciendo una mueca de asco con la boca—. Qué asco por favor.

—¿Y esto, quién me lo paga a mí? —se queja la taxista.

—Evan, dale veinte pavos, haz el favor.

—Lo siento… —dice Connor mientras Kai le sostiene en brazos y Evan le tiende un billete que saca del bolsillo.

Hace un verdadero esfuerzo para levantar la cabeza y mirar a la chica, totalmente avergonzado por lo sucedido. Cuando sus ojos se encuentran por primera vez, Kai parecer intuir un destello de sorpresa en el rostro de ella, y no puede evitar sonreír. Al ver que él se ha dado cuenta, sonrojada, la taxista le quita el billete de la mano a Evan, se apresura a meterse de nuevo en el taxi y arranca chirriando rueda contra el asfalto.

—Como sé que mañana no te acordarás de nada de esto, te voy a confesar unas cosas... —le susurra Kai al oído a Connor—. Que sepas que me he visto obligado a 66

decirles a algunas chicas de la discoteca que eras marica y que estabas jodido porque te había dejado tu novio. Gracias a eso me he tirado a dos tías esta noche, así que, estoy en deuda contigo... No sé cómo ni cuándo, pero te prometo que te recompensaré.

Aquella fue una gran noche aunque, a pesar de lo que yo creyera entonces, no lo fue porque yo me tirara a un par de tías, sino porque Connor tuvo el primer encuentro con el amor de su vida. ¿Quién se podía imaginar que, a pesar de haber empezado con mal pie, acabarían amándose incondicionalmente? Al fin y al

cabo, parece que cumplí mi promesa muy pronto porque gracias a mí, los caminos de Connor y Zoe se cruzaron.

CAPÍTULO 6

Sarah

Kai se mueve por el cuadrilátero, esquivando los golpes del sparring con el que está entrenando para el próximo combate.

—¡Vamos, Kai! Si te limitas solo a moverte por la lona como una puta bailarina, tu rival te va a hacer papilla en un par de asaltos.

Envalentonado por las palabras de Marty el otro tipo endurece sus ataques, hasta ahora algo comedidos, llegando a golpear a Kai en el mentón en un par de ocasiones y en el pómulo con un directo de izquierda.

Marty hace sonar la campana y Kai se acerca a su rincón, cabizbajo.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa? —le pregunta limpiando con una toalla el corte de debajo del ojo y aplicándole el pegamento para sellarlo y evitar que siga saliendo sangre.

—No lo sé... Supongo que estoy algo mosca con lo de mi padre...

—Y lo entiendo, pero precisamente por él, tienes que ganar los combates. Esto es lo que él siempre quiso hacer... Y lo sabes... Sabes lo orgulloso que está de ti cuando te ve aquí arriba peleando... Pero peleando, no bailando como una damisela, ni limitándote a esquivar los golpes como un cobarde. Así que, hazlo por él... Sabes que no se pierde ninguno de tus combates, y ahora más que nunca, tiene que verte ganar.

¿Estamos de acuerdo? —le arenga Marty para subirle el ánimo mientras le coloca el protector bucal de nuevo.

En cuanto vuelve a sonar la campana y empieza el siguiente asalto, Kai salta a la lona con fuerzas renovadas y poco más de tres minutos después, su rival cae a plomo después de recibir varios golpes certeros de Kai.

—¡Eso es! —grita Marty—. ¡Ese es mi chico! Ahora sí estás listo para el combate.

≈ ≈ ≈

Poco más de una hora después, Kai sube de un salto los tres escalones del porche delantero de casa de su padre. Antes de abrir la puerta, antes siquiera de agarrar el tirador, se frena en seco. Se pregunta por qué motivo ha corrido tanto para llegar cuando, en realidad, tiene mucho miedo de escuchar lo que seguramente les explique la asistenta social que Connor ha contratado. Siempre ha visto a su padre como el modelo a seguir, el tipo grande y fuerte que les sacó adelante, el hombre que nunca enfermaba con tal de no perder ni un día de salario, así que no sabe si está preparado para verle debilitarse sin remedio. Finalmente, hace de tripas corazón y,

tras resoplar con fuerza, se deshace de la expresión de preocupación que nunca enseña en público y abre la puerta decidido.

—¿Papá?

—Kai, estamos en la cocina —le informa su hermano mediano.

—¡Hombre, Connor! —grita Kai caminando hacia la cocina—. ¿Ayer qué? ¿Te tiraste a la rubita? Porque he hablado con Evan y el muy idiota no intentó nada con la otra… Dime al menos que tú dejaste el pabellón bien alto… ¡Dime que aún puedo confiar en ti!

Justo en el momento en que Kai hace su aparición en la cocina, encuentra a su hermano con las manos en la cara, con pose resignada. Pero entonces, Kai mira a la mujer que está a su lado y al instante se le congela la sonrisa y se queda petrificado al lado de la puerta.

—Kai, te presento a Sarah Collins. Es la trabajadora social que te comenté anoche que vendría a ayudar a papá… —le dice Connor y, mirando a Sarah, añade—: Sarah, este es mi hermano mayor, Kai.

—Encantada —dice ella levantándose y acercándose a él.

Para asombro de todos, Kai no aprovecha la situación para acercarse a ella, sino al contrario, se queda quieto y con la boca abierta. En lugar de rodear la cintura de Sarah con los brazos y arrimar su cuerpo al de ella, aún petrificado en el sitio, levanta el brazo entre los dos para tenderle la mano. Sarah, arruga la frente, extrañada por el gesto, aunque se la estrecha y se vuelve a sentar al lado de Donovan, retomando su conversación con él.

—Eh… ¿Estás bien? Pareces… nervioso —le dice Connor a Kai en voz baja, sorprendido por su actitud frente a Sarah.

—¿Yo? ¿Nervioso? ¡Qué va! —contesta este, dándose la vuelta para abrir la nevera y sacar una cerveza.

—¿Y entonces a qué ha venido eso de estrecharle la mano?

—Me ha parecido lo correcto —contesta Kai de forma esquiva.

—¿Lo correcto? ¿Tú que aprovechas la mínima oportunidad para rozarte con una tía?

—Bueno, es igual… —da un sorbo a la cerveza e intenta cambiar de tema—. ¿Te tiraste a la rubia o no?

—Vale, ahora sí te pareces más a mi hermano. Empezaba a asustarme — contesta Connor—. Y no, no pasó nada entre Zoe y yo. Así que venga, suelta todo lo que tengas que decir que me tengo que volver a trabajar. Estoy listo para recibir mi castigo. Métete conmigo.

Connor abre los brazos, resignado y expectante de que el repertorio de burlas de su hermano empiece, pero este ya no le escucha, porque está distraído mirando fijamente a Sarah, que conversa animada con su padre. Connor arruga la frente al verle en ese estado y al ser consciente de que, además, se lo ha provocado una

mujer.

—Hola… —dice pasando una mano por delante de su cara, siguiendo la dirección hacia la que los ojos de Kai apuntan, Sarah.

—Así que no te la tiraste… —dice Kai, distraído pero intentando centrar su atención en Connor.

—Déjalo. Pareces tener la cabeza en otras cosas —le da varias palmadas en el hombro—. Para tu interés, está divorciada, tiene una hija adolescente y ha perdido la fe en encontrar a su príncipe azul.

Connor se dirige a su padre para despedirse de él. Se agacha a su lado y charla con él y con Sarah durante unos minutos. Kai aprieta con fuerza la botella de cerveza, como si quisiera estrangularla sin despegar los ojos de esa mujer de pelo castaño, ojos marrones y labios carnosos que está llenando de luz toda a estancia con su sola presencia. De repente, gira la cabeza y clava la vista en Kai, sonriendo abiertamente.

Rápidamente, intenta disimular que no la estaba mirando fijamente, y centra su atención en su padre y su hermano.

—Así que has vuelto a ver a la chica esa… Zoe se llamaba, ¿verdad? —le pregunta Donovan ante la mirada de asombro de Connor—. No me mires así, que aún me acuerdo de las cosas.

—Sí. Estuvimos tomando algo anoche en el pub.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Por dios… Dime que no tengo que intervenir de nuevo… Dime que no tengo que llamarla para que me lleve a cualquier sitio en su taxi y pedirle que te lleve al cine…

Dime que…

—¡Vale, vale! Hemos quedado otra vez esta tarde —le corta Connor para que su padre se calle y deje de ponerle en ridículo delante de Sarah.

—Ese es mi chico… —sonríe estrechándole la mano con cariño—. El sábado que viene jugamos contra los Blazers, pero si has quedado con Zoe, no pasa nada…

—Papá, hemos quedado esta tarde. Nadie ha dicho nada del sábado. Además, los partidos son sagrados.

—Puedes invitarla si quieres…

—Papá…

—Y eso va también por ti, Kai. Si alguna vez te interesa traer a alguna chica a ver el partido… Sarah, ¿a ti te gusta el baloncesto?

—Papá... —dice él, intentando llamarle la atención, aunque Sarah parece no importarle contestar todas las preguntas que el descarado de su padre le haga.

—Me encanta.

—Bien… —dice Donovan dándole unas suaves palmadas en el brazo—. ¿Y te gusta algún otro deporte? Porque Kai es boxeador…

—¡Papá!

Connor pone los ojos en blanco y se acerca a su hermano.

—Suerte con Zoe —le dice Kai al oído.

—Suerte con papá —contesta Connor guiñándole un ojo—. Y con Sarah...

Kai mira a su hermano hasta que le ve salir por puerta. Luego, enseguida vuelve a centrar su atención en Sarah, aunque aún no sabe exactamente por qué. Lo único que de momento ella ha conseguido ha sido nublar su entendimiento, volviéndolo un 70

lelo incapaz de comportarse como una persona normal, quitándole incluso hasta el habla.

—Entonces, ¿qué me dices, Sarah? ¿Te gusta el boxeo? —insiste Donovan, haciendo caso omiso de las quejas de sus hijos.

—Pues… La verdad es que no es un deporte que me llame mucho la atención — contesta ella apoyándose en la encimera—. Me parece un poco… violento.

—Sí… Pero a la vez es muy noble. Gana siempre el que mejor lo hace, sin ayudas externas. O pegas o te pegan… O ganas o te ganan…

—Eso es cierto… Pero aún así no le veo ningún sentido a un deporte que consiste en hacer daño al contrario… —Sarah gira la cara hacia Kai—. ¿No sientes ningún remordimiento cuando pegas al rival?

Durante unos segundos, no solo es incapaz de hablar, sino que incluso tiene serios problemas para respirar.

—¿Algunas vez has matado a alguien con tus manos? —insiste en preguntarle al ver que él no responde, con una mueca de asco dibujada en sus labios, gesto que hace reaccionar a Kai y le devuelve la capacidad de hablar.

—Si dudo un solo segundo, mi rival lo aprovechará para darme un puñetazo.

Llámame egoísta, pero prefiero pegar a que me peguen. Y no, no he matado a nadie, pero lo repito, se trata de supervivencia.

—Pero recibir golpes de forma habitual puede dejar secuelas irreversibles… Y

más aún en la cabeza… Es decir, aun ganando todos los combates de tu carrera profesional, podrías llegar a retirarte con graves problemas… Incluso con daños cerebrales graves…

—¿Te parece que tengo algún tipo de daño cerebral? ¿Tengo pinta de ser un puto subnormal? —dice Kai con rabia al escuchar el menosprecio en el tono de voz de Sarah.

—Kai… —le recrimina su padre.

—No estoy diciendo eso… —se intenta disculpar ella—. Pero es algo que suele detectarse en muchos boxeadores al retirarse…

—¿Y tú cómo lo sabes? Pensaba que el boxeo no era lo tuyo... No entiendo entonces por qué estás tan puesta en lesiones derivadas del boxeo...

—No es que me interese, es algo que he leído que suele ocurrir... Y te puede pasar a ti...

—¡Qué bonito! —dice Kai poniendo su mano en el pecho, encima del corazón—.

Me emociona ver que te preocupas tanto por mí…

—A mí me da igual… —replica Sarah al ver el tono que está tomando la conversación.

—Entonces será mejor que no me vengas a ver a ningún combate. No quiero que derrames lágrimas innecesarias por mí.

Kai ni siquiera sabe por qué ha dicho esto. ¿Acaso le gustaría que ella fuera a verle boxear alguna noche? Tal cual está yendo la conversación, duda mucho que quiera ir a verle siquiera a la vuelta de la esquina.

—No tengo ni la más mínima intención de ir a verte… De hecho, no tengo ni el más mínimo interés en hablar contigo. Si tengo suerte, quizá ni me cruce contigo...

Justo después de escuchar eso, Kai siente un dolor muy fuerte en el pecho. Es algo indescriptible, como una punzada, aunque no es un dolor físico, es más como...

¿desilusión? Un enorme nudo se forma en su garganta y, al verse incapaz de responderle algo ingenioso y propio de él, se da media vuelta y camina hacia la puerta.

Mientras lo hace, escucha a su padre llamarle, aunque más que para intentar que se quede y calmarle, parece que le esté reprochando su actitud, como casi siempre.

≈ ≈ ≈

Sarah consiguió lo que quería y no se cruzaron en varios días. Eso no quería decir que Kai no pensara en ella cada minuto del día, rememorando su charla una y otra vez. Recordando sus labios carnosos, su melena castaña y esas gafas que le daban ese aire de empollona que tanto odiaba pero que en ella resultaba de lo más sexy.

De todos modos, no podía dejar de ir a ver a su padre, más ahora que la enfermedad parecía haber empezado a correr en su contra, así que fue a verle una tarde. Tuvo que coger aire profundamente varias veces antes de entrar, pero cuando entró y Connor le informó de que ni su padre, ni por lo tanto Sarah, estaban en casa, se sorprendió al sentir cierto sentimiento de tristeza. Estuvo incluso varios minutos

callado mientras su hermano le relataba su cita con la taxista. Tanto rato, que el mismo Connor le llamó la atención sobre ello y se vio forzado a retomar su papel de hermano déspota.

—¿Y por qué no te la tiraste?

—Porque no quiero hacer así las cosas.

—¿Así cómo? ¿Como hace todo el mundo?

—Kai, no confundas "tu" mundo con "todo" el mundo —contesta Connor, enfatizando sus palabras gesticulando con las manos—. Que tú hagas las cosas de una manera, no quiere decir que el resto de la población mundial actúe igual. Apostaría a que la mayoría ni siquiera lo vería normal…

—No claro… En cambio, esa mayoría sí vería normal lo que tú haces: lamerle el culo a una tía durante más de un año, que luego te pegue la patada largándose a miles de kilómetros, que te avise de casualidad, y que además tú no intentes seguir adelante con tu vida… —Kai chasquea los dedos delante de los ojos de Connor—. Despierta, hermanito.

—Yo no estoy diciendo que no vaya a seguir adelante con mi vida… Solo que…

No sé, es como si mi relación con Sharon no hubiera acabado…

—Connor, no puede acabarse algo que no ha existido nunca…

—¡Joder, Kai! ¡Siempre estás igual! ¡Vete a tomar por culo! —dice poniéndose en pie y entrando de nuevo de la cocina—. Dile a papá que he venido a verle y que luego le llamo.

—¡Connor! ¡Connor, espera! —le grita Kai, siguiéndole hasta la puerta principal para intentar frenarle.

—A veces me vendría bien que no me machacaras constantemente.

Le intercepta en el recibidor, agarrándole del brazo mientras Connor se intenta zafar, justo en el preciso momento en que la puerta de la casa se abre y entran su padre y Sarah cargados con bolsas de la compra. Los dos se extrañan al ver la escena que sucede ante sus ojos.

—¿Qué pasa aquí? —les pregunta su padre.

—Nada —contesta Connor dando un tirón con el brazo para soltarse del agarre de Kai—. Deja que os ayude con las bolsas.

—Kai, ¿qué está pasando? —vuelve a insistir Donovan cuando Connor se marcha hacia la cocina con las bolsas que portaban él y Sarah.

—Nada papá… Solo estábamos hablando —contesta Kai, agachando la cabeza no por vergüenza, sino para no cruzar su mirada con la de Sarah.

—Pues a mí me ha parecido que estabais discutiendo… ¿Por qué las cosas contigo siempre acaban de igual manera, Kai?

—Espera, espera… Yo no…

—¡Kai, basta! —le interrumpe Donovan mientras Sarah agacha la cabeza, incómoda por ser testigo del espectáculo—. Tienes la mala costumbre de meterte constantemente con tus hermanos y llevarles al límite de su paciencia. Te aprovechas de que tu fortaleza física les impide cometer una locura, pero temo que el día que lo hagan, tú te rebotes, y la cosa vaya a mayores.

—Perfecto. Siempre es lo mismo. Soy el malo de la película, haga lo que haga.

—No te hagas el mártir porque sabes perfectamente que tengo razón.

Kai se queda callado mientras su padre se dirige a la cocina. Se pasa las manos por el pelo y luego las deja apoyadas en la nuca. Se queda quieto, pensativo, hasta que chasquea la lengua y se da la vuelta con intención de largarse. Pero entonces se encuentra con Sarah en su camino, y al levantar la cabeza, se ve obligado a enfrentarse a su mirada de reproche.

—¿Qué miras? —le dice Kai arrugando la frente y mirándola de soslayo, sin atreverse aún a mirarla directamente a los ojos.

—¿Te vas a ir así? ¿Sin arreglar las cosas con tu padre ni pedirle perdón a tu hermano?

—¿Y por qué das por hecho que soy yo el que tiene que pedir perdón? ¡No me conoces! ¡No sabes nada de mí! Vienes aquí a… psicoanalizar a mi padre y te piensas que lo sabes todo, pero no sabes nada.

—Te equivocas. Tengo experiencia tratando a gente como tú. De hecho, convivo con una de ellas —Kai arruga la frente confundido, así que Sarah aclara sus palabras—.

Madura Kai, madura, porque te comportas como un adolescente enfadado con el mundo. Te olvidas de que la gente que está en esa cocina es la que más te quiere en el mundo, y no se merecen que los trates de esta manera.

Sarah sigue hablando un rato más, pero Kai ha desconectado. Solo es capaz de mirarla de reojo y verla gesticular, segura de sí misma. De nuevo, le está dando una paliza dialéctica, dejándole fuera de combate y, por alguna razón que se le escapa, Kai solo es capaz de dejarse golpear por ella.

≈ ≈ ≈

Al día siguiente llegó a casa de su padre dispuesto a ser golpeado de nuevo por ella, y viéndose obligado a hacer ver que se divertía con sus intercambios de frases, cuando en realidad le dejaban agotado y triste. Por suerte, va a estar distraído porque Zoe, la nueva amiga de

Connor, va a cenar y a ver el partido con ellos. Kai espera que el retraso se deba a una falta de puntualidad o al terrorífico tráfico de la ciudad, porque no está convencido de que su hermano pueda soportar otro desengaño amoroso después de que Sharon le dejara tirado y cambiara hasta de continente con tal de perderle de vista.

—Connor, vendrá, seguro que sí —le dice al cabo de un rato, intentando infundirle confianza.

—Empiezo a dudarlo… Aunque si lo que quiere es divertirse a mi costa y provocarme un ataque al corazón, lo está consiguiendo… —dice mientras se pone en pie y se acerca a su hermano—. Kai, ¿y si la llamo?

—No te precipites. Aún no son las ocho. Ya sabes cómo son las mujeres, tardan horas en arreglarse.

Connor mira a Sarah, que ha llegado hace más de media hora, lista y arreglada, y Kai, sin pensarlo demasiado, con la única meta de convencer a su hermano, suelta: —No te fijes en Sarah, ella no se ha pasado media hora decidiendo qué ponerse porque no le interesa ligar con nadie… Ve fuera si quieres. Que te dé el aire.

—Vale —claudica Connor después de respirar profundamente unas cuentas veces para intentar calmarse.

Al verle salir, Kai se da la vuelta para coger sitio en el sofá, cuando se encuentra de frente con Sarah, que le mira alzando una ceja y cruzando los brazos por encima de su pecho.

—¡Joder! —se queja llevándose una mano al corazón—. Tienes que dejar de darme estos sustos.

—¿Tienes alguna queja acerca de mi vestuario de esta noche?

—¿Qué? —pregunta totalmente descolocado mientras Sarah abre los brazos delante de él, justo antes de darse cuenta de que debe de haber escuchado lo que le ha dicho a su hermano para calmarle—. Ah, lo dices por lo que le he dicho antes a Connor… Era solo para animarle. No es que vayas mal… Ni siquiera sé lo que has tardado en arreglarte… Lo decía por decir. No… No…

—Y además —le interrumpe ella—, ¿tú qué sabes si he quedado con alguien luego? Que no quiera ligar con nadie aquí, no quiere decir que no lo vaya a hacer luego.

—¿Has quedado con alguien luego? —se descubre preguntando, con el ceño fruncido, realmente interesado en saber la respuesta y cruzando los dedos para que la respuesta sea negativa.

—Tal vez… —empieza a contestar Sarah hasta que, finalmente, admite—: O tal vez no, pero que no te metas con tu hermano no te da permiso para hacerlo conmigo.

Sarah le quita la botella de cerveza de la mano y se la queda para

ella, sentándose también en el sitio habitual de él en el sofá. Kai la observa atónito y aliviado, totalmente descolocado al darse cuenta de que es la única persona capaz de dejarle sin palabras, varias veces seguidas.

Finalmente, Zoe llega y a Connor se le ve exultante. Tanto, que el humor de todos, en general, es buenísimo. Todos sonríen, incluido su padre, aunque él solo puede mirar a Sarah. Ni siquiera las bromas a su costa consiguen tumbarle, y parece haber recuperado su descaro habitual.

—Me encanta esto —dice Connor señalando unos trozos de carne.

—Esto es el famoso Kaeng Kari Kai —le informa Zoe.

—Kai, ¿te das cuenta de que tienes nombre de pollo tailandés? —dice Evan mientras todos ríen.

—Si lo piensas —añade Connor—, se parecen bastante. El tamaño de su cerebro debe de ser similar…

—¡Pero qué graciosos sois todos! —contesta Kai—. Tened cuidado que creo que las especias se os están subiendo a la cabeza.

—Pues está buenísimo —interviene Sarah señalando su plato con el tenedor, totalmente ajena al intercambio de palabras entre los chicos.

—¿Yo o el pollo? —pregunta Kai acercándose a Sarah hasta que sus hombros se tocan.

—¿Qué? —pregunta Sarah levantando la cabeza del plato y percatándose entonces de que se ha convertido en el centro de atención.

—¿Que quién está buenísimo, yo o el pollo? —le vuelve a preguntar Kai, menos convencido que antes, pero obligado a seguir la broma para no levantar sospechas entre los demás.

—Pues estoy indecisa porque aunque tú no estás mal, este pollo está de rechupete y tiene la boquita cerrada, y eso es un punto muy grande a su favor.

Sin ella saberlo, las palabras "tú no estás mal" resonaron en su cabeza una y otra vez durante el resto del partido, distrayéndole de lo que pasaba alrededor, insultando al televisor cuando los demás lo hacían, poniéndose en pie con el resto, y todo sin dejar de observarla ni por un solo minuto. Por eso, cuando el partido acabó, lo único que se le ocurrió fue alargar esa noche lo máximo posible y propuso ir a tomar una copa con la esperanza de que ella se uniera. Después de un buen rato intentando convencer a todos sin parecer un desesperado ni descubrir sus verdaderas intenciones, están todos en el pub. Zoe habla con su amiga, Hayley, mientras Evan lo hace con Connor. Sarah mira alrededor mientras sostiene su copa. Realmente sí parece verdad lo

que le ha comentado antes, que hacía mucho tiempo que no salía.

Connor y ella parecían haber estado hablando estos días de muchas cosas, y quizá Sarah le había hecho alguna confidencia, porque antes dijo algo como "quién sabe si encuentras a alguien capaz de acampar en tu jardín por ti". No entendía qué quería decir con eso pero, por un momento, se planteó algo ridículo... si él estaría dispuesto a hacerlo por ella.

—Parece que yo voy a ser tu cita de esta noche —le dice pasados unos minutos, intentando romper el hielo.

—Cierto. Parece que al final sí me tenía que haber esforzado algo más en elegir mi vestuario.

—Estás perfecta —se atreve a decirle Kai sin dejar de mirarla a los ojos, tragando la cerveza con mucho esfuerzo.

—Vaya. Gracias, supongo… —contesta ella, haciendo que el estómago de Kai dé un salto y a él se le forme una sonrisa bobalicona en la cara—. Aunque no sé cómo tomármelo viniendo de alguien como tú…

—¿Alguien...? ¿Alguien como yo? ¿Qué quieres decir?

—Pues que, sabiendo que te acuestas con infinidad de mujeres, doy por hecho que no debes de tener el gusto muy definido…

—Vale. Pues tómatelo como quieras —responde él sin rastro de sonrisa en su rostro.

Se aleja del lugar muy cabreado, aunque más que con ella, consigo mismo.

¿Cómo ha conseguido que sus desplantes le duelan tanto? ¿Por qué sus palabras consiguen que su corazón se acelere o se detenga sin remedio? ¡¿Cómo ha permitido que esta mierda suceda de nuevo?! Ya le hicieron daño una vez, y no está dispuesto a permitir que vuelva a suceder, nunca más.

Mientras camina sin rumbo, se topa con una rubia. Ella le mira de arriba abajo, como si le hiciera una radiografía para desnudarle. Al momento, Kai ve en ella su oportunidad de olvidar a Sarah así que la lleva a un aparte, cerca de los lavabos, y la acorrala contra una pared. La mira detenidamente, arrugando la frente y, sin mediar palabra, hunde la lengua en la boca de ella. Siente las manos de la rubia recorriendo sus costados, palpando con descaro su pecho y enredándose en el pelo de su nuca.

Su mente le juega una mala pasada y empieza a imaginarse cómo sería besar a Sarah. ¿A qué sabrían sus labios? ¿Cómo olería su piel? ¿Cómo jadearía por sus caricias? ¿Sería de las que gritan o de las que se muerden el labio cuando se corren?

—Vamos a un sitio más íntimo —susurra entonces la rubia, rescatándole de la tortura a la que su mente había decidido someterle por propia iniciativa.

Definitivamente, la rubia está dispuesta a sumarse a la infinita lista

de conquistas de Kai. El problema es que él no está tan seguro de querer seguir añadiendo nombres a esa lista... Bueno, quizá uno más...

—No, no, no...

—¿Qué? ¿Por qué dices que no?

—Ah... Eh... Esto...

Kai no sabe qué decir, ni siquiera era consciente de haber estado hablando en voz alta. Da unos pasos hacia atrás, separándose de ella mientras se agarra la cabeza con ambas manos. Entonces, al girar a cabeza, ve cómo sus hermanos se largan del pub. No es algo extraño, es como una especie de pacto que tienen: llegan juntos al pub, beben unas copas mientras Kai elige a su víctima y, cuando la encuentra, sus caminos se separan y no saben nada los unos de los otros hasta el día siguiente, cuando intercambian experiencias vía mensaje. El problema esta vez es que Sarah también se va con ellos.

≈ ≈ ≈

A la mañana siguiente, Kai se despierta con un terrible dolor de cabeza, producto de las muchas cervezas que se tomó después de verse obligado a dar esquinazo a la rubia. Obligado porque, por alguna razón que se le sigue escapando, esa borde empollona y sabelotodo se ha convertido en la dueña de todos y cada uno de sus pensamientos.

Después de girar la cabeza hacia la ventana y de comportarse como un vampiro por la cantidad de luz que entra a través de ella, agarra su teléfono para mirar la hora.

Es más de mediodía, comprueba resoplando mientras se frota el puente de la nariz. Y

entonces ve el icono informándole de que alguien le ha llamado. No reconoce el número, pero le ha dejado un mensaje en el buzón de voz.

"Kai, soy Sarah. Tu padre está teniendo una crisis y... Es igual, no sé para qué me molesto... Ya llamo a Connor. Lo siento"

No sabe cómo, pero cinco minutos después, se descubre corriendo hacia casa de su padre, vestido con lo primero que ha encontrado tirado en el suelo, seguramente la misma ropa de anoche. El dolor de cabeza y el cansancio parecen haber desaparecido, y en lo único que piensa es en la voz de Sarah. Necesitaba ayuda, y él no fue capaz de dársela. Estaba asustada, y él no fue capaz de tranquilizarla. Pensó en Kai antes que en nadie más, y él estaba demasiado borracho como para contestar al teléfono.

—¡¿Sarah?! —grita nada más entrar en casa de su padre—. ¡Sarah!

—En la cocina, Kai —contesta Connor.

—¡¿Qué pasa?! —pregunta cuando llega, mirando a uno y a otro.

—Papá no se acordaba de Sarah y se asustó al verla en casa. Se

pensaba que quería hacerle daño e intentó atacarla con un cuchillo. Ya está controlado… Al rato de llegar nosotros, volvió en sí…

—Dios mío. ¿Estás bien? —pregunta mirando a Sarah de arriba abajo para comprobar su estado.

—Sí, pero no gracias a ti —responde ella con frialdad mientras Kai observa a su padre, que camina ausente por el jardín—. Te llamé a ti porque eres el que más cerca vive de aquí, pero supongo que debías de estar muy ocupado soportando la resaca o tirándote al maniquí de anoche.

—¡¿Y a ti qué coño te importa a quién me tire?!

—¿A mí? ¡Nada! Pero quizá deberías empezar a pensar que tu padre te necesita, y lo hará cada vez más. No puedes pretender que Connor cargue siempre con todo.

—Esto es increíble… —Kai camina de un lado a otro, llevándose las manos a la cabeza, intentando expresar con palabras el desconcierto que siente en su interior—.

¿Qué cojones te he hecho yo? Estaba preocupado por ti, por el mensaje que me has dejado, y lo único que eres capaz de hacer cuando te pregunto, es echarme en cara lo primero que se te pasa por la cabeza.

—¿Te has parado a pensar en que todo lo que te digo, lo que te echo en cara, es consecuencia de tus actos?

—¿En serio? ¿Y entonces qué me dices de anoche? —le contesta Kai acercándose a ella hasta quedarse a una distancia de pocos centímetros—. Te dije que estabas preciosa y lo único que fuiste capaz de contestarme fue que mi gusto era una mierda y que no sabías cómo tomártelo.

Mientras, ajenos a la discusión pero como testigos excepcionales, Connor y Zoe se miran con los ojos muy abiertos. Una parte de ellos quiere alejarse de la cocina, pero otra les impide despegar los pies del suelo.

—¡Porque me pusiste nerviosa! —grita ella desesperada, como si fuera una confesión más que de respuesta.

—¿Nerviosa tú? ¡¿Y yo?! ¡No sé cómo actuar contigo! ¡No sé qué esperas de mí!

¡Te enfadas conmigo haga lo que haga! Intento… Intento ser diferente contigo pero me tratas a patadas.

—No esperaba que me echaras un piropo… —dice ella bajando un poco el tono de voz.

—¡¿No?! ¡Pues...! ¡Pues te diría que te fueras acostumbrando porque…!

¡Porque…!

—¿Porque qué?

El pecho de Kai sube y baja con rapidez, casi rozando el cuerpo de Sarah. Se miran a los ojos sin pestañear, desafiándose el uno al otro, hasta que Kai se abalanza sobre Sarah. Le agarra la cara con ambas manos y saquea su boca con ansia. Introduce la lengua en la boca de ella con rudeza, como si con ese gesto intentara hacerla entrar en razón. Sarah se agarra con fuerza a los bíceps de Kai, sin oponer ninguna resistencia al asedio al que él la somete. Cuando el cosquilleo que recorre su cuerpo se instala en su estómago y empieza a descender peligrosamente hacia abajo, Sarah apoya las palmas de las manos en el pecho de Kai y le aparta de sopetón.

Los dos se miran con la respiración forzada. Ella se lleva la mano a los labios mientras retrocede y empieza a dar vueltas sobre sí misma, totalmente confundida. Al girarse se da cuenta de la presencia de Connor y Zoe, apoyados contra la encimera mientras hacen una mueca de circunstancias.

—Yo… Tengo que… Debería… —balbucea Sarah que, al darse cuenta de que no tiene nada creíble que decir, sale a toda prisa de la cocina. En cuanto lo hace, Connor mira a Kai intentando disimular una sonrisa.

—¿Qué…? Yo… Esto…

—Parece como si de repente los dos hubierais perdido la capacidad de hablar — se burla Connor, mientras Kai, resignado, deja caer los brazos a ambos lados del cuerpo.

—¿Crees que la he cagado? —pregunta Kai.

—No. De hecho, creo que deberías haberlo hecho antes, anoche quizá, y que deberías volver a hacerlo…

—Pero… ella se apartó…

—Uy, no te preocupes por eso… —interviene entonces Zoe—. Créeme, no creo que huya porque no le haya gustado… Apostaría a que huye por todo lo contrario.

Kai arruga la frente y agacha la cabeza, intentando ordenar todos sus pensamientos. Con Sarah, todo parece funcionar al revés. Si la piropea, se enfada. Si la besa, se aleja. Pero ser el Kai de siempre, tampoco parece ayudar.

—Me he dejado el bolso… —Sarah vuelve a entrar en la cocina, caminando de un lado a otro, evitando mirar a Kai—. Aquí está.

Cuando Sarah está a punto de salir de nuevo de la cocina, Kai, movido por un impulso, haciendo caso de la opinión de su hermano, la agarra para retenerla.

—Sarah, espera —le pide, agarrándola suavemente por el brazo.

—Dime —contesta ella colocándose algunos mechones detrás de la

orejas de forma compulsiva, aún incapaz de mirarle a la cara.

—Esta noche peleo en un combate… —Kai hace una pausa, esperando a que eso haya servido para que Sarah interprete sus intenciones, pero al ver su cara de confusión, resopla con fuerza y pasándose la mano por el pelo, añade—: Me preguntaba si tú… Si quieres venir. Vendrán todos…

—El boxeo no es lo mío…

—Vale, lo entiendo… No pasa nada… De verdad… —Kai carraspea varias veces antes de dirigirse a su hermano—. Connor, voy a ir a casa a buscar algunas cosas. Ya me vengo yo aquí para cuidar de papá por las noches.

Antes siquiera de que su hermano pueda contestar, Kai ya ha salido de la cocina e incluso de la casa, avergonzado por haberse vuelto a equivocar. Ha malinterpretado las palabras y gestos de Sarah, que está claro que está muy por encima de él. Ella es guapa, madura, inteligente, independiente, valiente... Y él... Él solo es Kai.

Afortunadamente para mí, volví a equivocarme. Sarah vino a verme pelear haciéndome perder el control y el combate. Me dieron una buena paliza, hecho que ella no pudo presenciar del todo porque se marchó muy afectada. Volví a correr tras ella, descubrí que sus dotes como enfermera eran pésimas, pero que nuestra conexión en la cama era brutal. Y, aunque me costó un tiempo convencerme de que nuestras diferencias podían ser un aliciente en nuestra relación más que una traba, me volví vulnerable por segunda vez en mi vida, apretando los dientes y cerrando los ojos, temiendo el momento en que ella me rompería el corazón.

CAPÍTULO 7

Sigue siendo Sarah

Varias semanas después, Kai y sus hermanos están comiendo juntos en uno de sus sitios habituales, mientras conversan acerca de su tema favorito después del baloncesto: las mujeres.

—¿Y tú, Kai? ¿Por qué no te aplicas tus propios consejos? —le pregunta Connor, después de aguantar cerca de cinco minutos de consejos de su hermano, muy coherentes la mayoría, acerca de cómo actuar con Zoe.

Kai se encoge de hombros y mira a otro lado, intentando desviar la atención y no contestar a la pregunta.

—Hablo en serio, Kai. Sarah es perfecta para ti. Te gusta, se nota, y a ella también le gustas, y mucho. Lleváis unos días saliendo, pero la sigues tratando como a un simple ligue de una noche... Ella quiere despertar a tu lado, Kai, y algo me dice que tú también lo quieres. ¿Por qué nos das buenos consejos y en cambio eres incapaz de aplicártelos a ti mismo? ¿Eh, Kai? ¿Por qué?

—Eso, Kai. Ahora es como si te tiraras a menudo a una tía, con la diferencia de que siempre es la misma, aunque con el mismo nivel de implicación sentimental — interviene Evan—. O sea, cero. ¿Por qué no intentas dar un paso más?

—¡Porque lo nuestro es imposible! ¡Y ya está! —grita Kai con el rostro enfadado.

—¿Imposible? ¿Por qué? —insiste Connor.

—Déjalo, en serio —vuelve a responder, ya muy agobiado por el asedio al que le están sometiendo sus hermanos.

—Dices que lo vuestro es imposible pero a la vez, te resistes a dejarla ir. ¿Sabes acaso qué quiere ella? ¿Sabe que tú no estás dispuesto a consolidar vuestra relación?

¿Sabe que solo la quieres para tirártela de vez en cuando? ¿Por qué no hablas con ella y le confiesas tus miedos?

—No merece la pena…

—¡¿Me estás hablando en serio?! —le increpa Connor—. ¿Me estás diciendo que Sarah no merece la pena?

—¡Por supuesto que Sarah merece la pena! Quien no la merece soy yo, Connor.

Ella no es solo una cara bonita… Es inteligente y segura de sí misma. Tiene una hija y una vida estructurada… ¿Qué tengo yo, Connor? Mi vida es un puto desastre y lo único que sé hacer es pegar puñetazos. ¿Dónde encajo yo en su vida?

—Bueno… Es su vida, deja que ella decida. ¿Vas a seguir viéndola? ¿O simplemente vas a huir de ella?

—No… No lo sé… —contesta Kai mostrándose totalmente vulnerable, muy distinto a como es de forma habitual.

—Pues aclárate pronto y sobre todo, sé sincero con ella. No le hagas daño.

—No quiero hacerle daño… —dice Kai totalmente abatido—. Pero siento que no tengo nada que ofrecerle.

—Pregúntale entonces qué espera de ti. A lo mejor es más sencillo de lo que te imaginas. ¿De qué tienes miedo?

—Es... Es complicado...

Kai zanja así la conversación. Al rato, sus hermanos empiezan a hablar del siguiente partido de los Knicks, mientras él sopesa muy seriamente las palabras de su hermano. De qué tienes miedo, le había preguntado, y aunque él había respondido que era muy complicado, la verdad es que la respuesta era muy sencilla: tenía miedo a confesarle sus sentimientos y abrirle su corazón de par en par.

Algunas noches de las que han pasado juntos, cuando ella ya está dormida, se ha atrevido a susurrar un tímido "te quiero", con el corazón en un puño, conteniendo incluso la respiración, pero hablarlo abiertamente, a plena luz del día, le parece algo imposible para él.

—¿Qué me dices de su hija? —vuelve a la carga Connor.

—¿Vicky? ¿Qué le pasa?

—Nada... Háblame de ella.

—¿De Vicky? ¿Por qué?

—Nada... Bueno... Parece una chica muy guapa y simpática... A Rick le cayó muy bien...

—¡Cómo se acerque a ella me lo cargo! ¡Juro por Dios que le mato! ¡Es solo una cría de dieciséis años! ¡Hablo en serio, Connor...!

Pero entonces se queda callado de golpe al ver a sus hermanos sonriendo.

—¿Qué...? ¿Por qué...? Si os estáis riendo de mí haciendo uso de vuestro mayor intelecto, os recuerdo que yo puedo golpearos sin remordimientos hasta que me pidáis clemencia...

—No es eso, Kai... —le dice Connor—. Solo queremos que te des cuenta de cómo te has puesto al nombrar a Vicky... Hace unas semanas, tú mismo hubieras hecho un comentario asqueroso del estilo de los de Rick y ahora... ¡mírate! La defiendes como si fuera tu propia hija.

—Evidentemente, esa mujer y su hija significan mucho más para ti de lo que tú mismo te atreves a confesar —añade Evan—. No puedes ser su ligue toda la vida, Kai...

No puedes hacerle eso... No estoy diciendo que Vicky necesite un padre porque es 81

mayorcita ya, pero lo que seguro ambas necesitan es alguien en quien confiar, alguien que siempre esté a su lado, alguien que las proteja y las arrope, que les dé todo lo que se merecen. ¿Acaso no quieres ser tú?

Kai entorna los ojos unos segundos, moviendo la cabeza lentamente, desviando la mirada para no cruzarla con la de sus dos hermanos, que no tienen pinta de rendirse sin una respuesta.

—Claro que quiero ser ese tipo... —dice con la voz tomada por la emoción, hablando con la cabeza de lado, sin atreverse aún a mirarles, como si decir eso, fuera como confesar su debilidad—. Sarah es... Estoy con ella y...

Chasquea la lengua, contrariado, mientras se frota la nuca con una mano, esperando que sus hermanos acaben la frase por él. Cuando ve que no sucede, apoya los codos en la mesa y junta las manos delante de su boca antes de seguir hablando: —Con Sarah soy feliz, verdaderamente feliz. O sea... Con vosotros y papá también lo soy, no me malinterpretéis, pero cuando estoy con ella lo soy más...

Estúpidamente feliz. Aunque toda mi vida haya sido una mierda, aunque yo sea un puto desastre, la miro y de repente me siento bien, y quiero ser mejor persona. Incluso cuando no estoy con ella, cuando estoy entrenando por ejemplo, de repente me doy cuenta de que estoy sonriendo como un gilipollas... y es porque estoy pensando en ella —Kai agacha la cabeza y se pasa los dedos por el pelo—. Paradme, hijos de puta...

Hacedme callar...

Connor y Kai estallan en carcajadas mientras le dan palmadas en los hombros de forma cariñosa.

—Al contrario, capullo —ríe Connor—. No te vamos a dejar parar de hablar, porque tienes que decirle todo eso a Sarah.

—No... No me atrevería. Y si me atreviera, llegado el momento, parecería subnormal. Yo no soy como vosotros, no sé decir estas cosas que dejan a las mujeres con la boca abierta y las bragas mojadas...

—No hace falta que seas como nosotros —interviene Evan mientras se coloca bien las gafas y trastea su teléfono—. Creo que ahí reside tu encanto. Eres Kai, tal cual.

Exprésate como tú solo sabes hacer...

≈ ≈ ≈

—¿Por qué estás nervioso, Kai?

—No estoy nervioso.

Padre e hijo están sentados en las escaleras del pequeño porche que da al jardín trasero, disfrutando del sol de buena mañana.

Donovan sostiene una taza de té entre las manos mientras se relaja con la cabeza alzada y los ojos cerrados. Kai, en cambio, bebe café y no para de picar de forma compulsiva con los pies en los escalones de madera.

—Kai…

—¿Qué?

Su padre le señala los pies con la cabeza, mientras él se encoge de hombros y sigue callado.

—Está bien. Está bien. No estás nervioso, pero se acabó el café por hoy... —le dice quitándole la taza de las manos.

—Estoy esperando a Sarah... —le confiesa a su padre agachando la cabeza.

—Vale... —contesta su padre, mirándole al tiempo que entorna los ojos, aún sin entender nada—. Y eso te pone nervioso porque...

—Porque quiero invitarla a salir—contesta Kai sonriendo al suelo.

—Espera... Estoy confundido y no sé si es cosa de mi enfermedad... ¿Sarah y tú no estáis saliendo ya? O sea... ¿No tenéis algo parecido a una relación? ¿Anoche no pasaste la noche en su casa?

—Sí... Pero tú lo has dicho, tenemos algo parecido a una relación y a partir de ahora, quiero que tengamos una relación. No algo parecido a, si no una de verdad.

Donovan pone una mano en la cabeza de su hijo, y le mira con orgullo. Desde que conoció a Sarah, supo que sería ideal para su hijo. Estaba claro que sentían atracción mutua, pero nunca pensó que ella obrara el milagro tan pronto. Le acerca hasta él y Kai apoya la cabeza en el hombro de su padre.

—Eso es genial, hijo.

—Gracias, papá...

—Hola…

La voz de Sarah suena de repente a sus espaldas. Kai se pone en pie de un salto, mirándola de arriba abajo, mientras se frota las palmas de las manos contra el pantalón. Donovan se levanta más lentamente, y al ver que su hijo no se decide, es el primero en saludarla.

—Hola, Sarah. —Se acerca y le da un beso en la mejilla.

—Hola, Donovan. ¿Cómo has pasado la noche?

—Muy bien. ¿Y tú?

—Bien también —contesta sonrojándose levemente al ver la cara de complicidad con la que la mira.

—Eso es bueno…

Donovan se queda callado y mira a su hijo, que sigue plantado en el mismo sitio de antes, respirando aceleradamente, sin dejar de mirarla.

—Hola, Kai —le saluda ella.
—Hola… —contesta mirando fugazmente a su padre.
83

—Vale, lo pillo. Estaré arriba por si me necesitáis… —dice Donovan entrando de nuevo en la casa—. ¿A quién quiero engañar? Por supuesto que no me necesitáis ahora mismo…
Cuando se quedan solos, Kai sonríe sin despegar los labios, y sin esperar un segundo más, se abalanza sobre Sarah. Le coge la cara con ambas manos mientras ella se agarra de sus bronceados antebrazos y besa sus labios con delicadeza, saboreando cada centímetro de su boca.
—¡Oh joder! —dice separándose de ella unos pocos centímetros, poniendo entre ambos la distancia prudencial necesaria—. Me estoy volviendo un adicto a ti... Hace seis horas escasas que me fui de tu casa y ya te echaba de menos...
—Te fuiste porque quisiste... —le dice entonces ella.
—Bueno, tenía que hacerle el relevo a Connor. Esta noche me tocaba a mí quedarme con el viejo.
—No me refiero solo a anoche...
Sarah apoya la cabeza en el pecho de Kai y se agarra de su camiseta. Es la oportunidad que él había estado esperando, así que después de respirar profundamente unas cuantas veces, dice:
—Estoy asustado, Sarah. Nunca había sentido la necesidad de estar con alguien a todas horas, hasta que te conocí. Por eso me voy de tu casa antes de que te despiertes, porque de esta manera, sigo teniendo el control... Pero la verdad es que no es así, porque aunque me aleje de ti, me sigues controlando. Tienes la capacidad de controlar mi corazón a tu antojo. No sé cómo lo haces, pero late más despacio cuando te ve enfadada, sufriendo o llorando, como la otra noche viendo la televisión en tu casa —Sarah ríe al recordarlo y al volver a rememorar la cara de susto de Kai al verla y al no comprender cómo podía ponerse así por una simple película—. Y late desbocado cuando te ve sonreír.
—No te separes de mi lado, nunca más. No más tonterías, me da igual si somos diferentes. Te necesito a ti, con tus defectos. Solo espero que tú me aceptes a mí con todos los míos.
—Vale —Kai la estrecha con fuerza entre sus brazos y apoya los labios en su frente.
—¿Recuerdas aquella noche que te llame asustada porque Vicky no volvía a casa y la trajiste a casa? —Sarah se separa levemente de Kai, dejando al descubierto sus ojos bañados en lágrimas que él intenta secar con sus dedos—. Me dijiste algo así como “esto es lo que soy y esto es lo que hay”. Pues bien, te acepto y te quiero tal cual eres.

—En mi otra vida debí hacer algo jodidamente bueno... —susurra de forma casi inaudible.

—¿Qué?

—Nada... Bueno, en realidad, sí hay algo que quería preguntarte...

—¿El qué?

—Sarah... ¿quieres salir conmigo?

≈ ≈ ≈

—Vamos a ver que yo lo entienda todo... Lleváis saliendo un tiempo, pasas más tiempo en mi casa que en la tuya, pero aún así, vais a hacer ver que hoy es vuestra primera cita...

—Ajá... —contesta Kai, emocionado, sonriendo como un adolescente—. Es algo así como nuestra primera cita normal, de las de verdad... ¿Me entiendes?

—No. Pero da igual.

Kai, siguiendo los consejos de sus hermanos, se ha puesto camisa, que le ha tenido que pedir prestada a Connor, por cierto. El hecho no ha pasado desapercibido para Vicky, que le mira de arriba abajo con descaro.

—¿Voy bien?

—No pareces tú —contesta enseguida, con sinceridad.

—Gracias... supongo.

—Estás guapo... solo que no pareces tú y a mi madre le gustas tú.

—Entonces, ¿lo de llevarla a un restaurante de esos pijos...?

—¿Vas a llevarla a un restaurante fino? ¿En serio? ¿Y antes, qué? ¿A la ópera?

—Eh... Bueno... Quería hacer algo diferente con ella, hacerla sentir especial...

—Yo creo que ya la haces sentir especial. Mi madre está de mejor humor y sonríe mucho más desde que está contigo. Si haces cosas muy diferentes, no parecerá que está contigo, y ella te ha elegido a ti.

Kai lo piensa durante unos segundos, y entonces, llevado por un impulso, se sube las mangas de la camisa hasta los codos y se desabrocha un par de botones, dejando que se vea la camiseta negra que lleva debajo. Abre los brazos para pedirle su opinión a Vicky, que asiente con una sonrisa, y luego se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros, satisfecho.

En ese momento, se oyen los pasos de Sarah, descendiendo por la escalera. Kai gira la cabeza hacia ella y le hace un repaso exhaustivo de arriba abajo. Lleva una camisa entallada con algunos botones desabrochados, los justos para dejar entrever su canalillo, unos pantalones negros muy ajustados y unas botas de tacón. Se ha puesto las lentillas en lugar de las gafas, se ha dejado el pelo suelto en lugar

del recogido que suele llevar para su comodidad, y porta en la mano un pequeño bolso y un pañuelo para anudárselo al cuello en caso de que refresque.

—Lista —le informa sonriendo de oreja a oreja—. Cuando quieras...

Pasados unos segundos en los que él ni se mueve, Vicky le da un beso a su madre en la mejilla y, antes de dirigirse hacia la cocina, se acerca a Kai y le susurra en la oreja:

—Me parece que ahora deberías decir algo como "¡caray, qué guapa estás!" o algo así...

—Esto... Eh... Sí... —balbucea Kai nervioso, rascándose la nuca y moviendo la cabeza de un lado a otro, como si acabara de despertar de un sueño, para diversión de las dos.

—Definitivamente, eres tú mismo... —dice Vicky antes de darle un beso en la mejilla también a él.

—Llámame si pasa cualquier cosa. Lo que sea, no me importa —le pide Sarah, abrazándola como si no la fuera a ver en tiempo.

—Vale, mamá.

—Te he dejado el dinero para la pizza en la cocina.

—Perfecto.

—¿A qué hora viene Alex? ¿Seguro que Alex es una chica, no?

—Debe de estar al caer... Y sí, es una chica. ¿Quieres quedarte y lo compruebas por ti misma?

—No, me fío de ti... Pero no hagáis tonterías.

—Vale... —contesta Vicky mientras ve como Kai, situado detrás de su madre, se apoya contra el respaldo del sofá, resoplando resignado y poniendo los ojos en blanco.

—No os acostéis muy tarde...

—Vale, mamá... —suspira mientras Kai gesticula para indicarle que no haga ni caso de su madre.

—Nosotros no volveremos tarde —añade Sarah, provocando que él abra mucho los ojos y la boca mientras se cruza de brazos, algo contrariado.

Vicky no puede evitar reír a carcajadas, así que enseguida Sarah se da la vuelta y pilla a Kai gesticulando.

—¿Se puede saber qué haces? —le pregunta algo mosqueada.

—¿Tan poca fe tienes en mí?

—¿Cómo? No te entiendo...

—¿Volveremos pronto a casa?

—Ah, eso... Bueno, es una manera de hablar... Ya me entendéis...

—O sea, que vamos a volver tarde —insiste Kai.

—Bueno... Sí...

—O sea, que me estabas mintiendo —interviene Vicky.
—¡No! O sea... No era mi intención...
—Pues a mí me parece que sí... —dice Kai mientras Vicky se acerca a él y le choca los cinco.

—Vale, esto no me gusta. No sé si me interesa que os llevéis tan bien —comenta Sarah arrugando los labios mientras les señala a ambos con el dedo—. Lo dicho, no hagas locuras y utiliza la cabeza. Y sí, volveremos tarde o, depende de cómo se porte este, a lo mejor ya ni vuelvo hasta mañana por la mañana...
—Eso me gusta más —ríe Vicky abrazando a su madre.
—A mí también, para qué negarlo —añade Kai, recibiendo un manotazo de Sarah justo después de soltarlo.

≈ ≈ ≈

Sarah camina frente a él, de un lado a otro, mirando los carteles de la películas que se proyectan en el cine esa semana, intentando decidirse por cuál ver. Mientras, Kai la observa apoyado en un parquímetro, con las manos en los bolsillos y los pies cruzados por delante de él.
—¿A ti cuál te apetece más? —le pregunta Sarah.
—Ya te he dicho que me da igual.
—¡No puede ser verdad! Es imposible que prefieras ver esta romántica, a la de los coches estos que sacan fuego por el tubo de escape, o a esta de miedo...
—Me da igual, en serio... Porque en los tres casos, voy a estar contigo. Estoy teniendo una cita con la mujer más increíble del mundo, así que créeme si te digo que la película que veamos me es completamente indiferente.
—Oooh... Kai... —dice ella juntando las dos manos delante de su boca mientras camina hacia él y se apoya en su pecho, dejando que le rodee la cintura con los brazos—. Nunca pensé que serías capaz de decir algo como eso...
—Además, en cualquiera de los casos, conseguiré lo que quiero... Si vamos a ver la sensiblera romanticona, llorarás y necesitarás que te abrace. Si vamos a ver la de los cochazos, te aburrirás, apoyarás tu hombro en el mío y quizá decidas matar el tiempo de otra manera... —dice moviendo las cejas arriba y abajo, ante el estupor de Sarah, que no puede creer lo que oye—. Y si vamos a ver la de miedo, estarás tan asustada que hundirás la cabeza en mi pecho para no ver la película.
—¡Pero serás...! —le grita Sarah mientras le golpea. Kai la esquiva mientras ríe a carcajadas, hasta que le consigue inmovilizar los brazos a la espalda—. ¡Capullo!
—Vale... Vale... Lo acepto... Lo soy. Pero soy tu capullo.

¿Recuerdas? Esto es lo que soy, esto es lo que hay...

Poco a poco, Kai afloja el agarre y suelta las manos de Sarah. Al principio está tentada de golpearle de nuevo y alza los brazos para hacerlo, pero finalmente, se lo piensa mejor y acaba por apoyarlas con suavidad en el pecho de él, negando a la vez con la cabeza, agachándola hasta apoyar la frente.

—Vamos —dice cogiéndole la cara y obligándola a que le mire—, confiésalo. Si no dijera este tipo de cosas, te gustaría menos...

—Te lo has ganado, película romántica al canto.

87

—Bien —dice encogiéndose de hombros mientras Sarah tira de él hacia las taquillas.

—Dos para la sala uno, por favor.

—Lo siento, señora, pero el aforo está completo para esa película —le informa el taquillero.

—Oooooh, qué pena... —se mofa Kai a su espalda mientras ella se da la vuelta de golpe y le mira enfadada.

—No cantes victoria, que aún puedo salirme con la mía... —le amenaza con un dedo en alto, justo antes de volver a girarse—. Vale, pues dos para la sala tres.

—¡Jajaja! ¿Salirte con la tuya con una película de miedo? Estoy ansioso por ver cómo lo haces...

Obliga a Kai a comprarle el paquete más grande de palomitas y la Coca-Cola de 1 litro y, aún enfadada, entra decidida en la sala. Parece que no son muchos los que están dispuestos a pasar una tarde de sobresaltos ya que, al apagarse las luces, hay poco más de diez personas sentadas. Al principio de la película, Sarah parece aguantar estoicamente sin saltar de la butaca, e incluso parece muy atenta a la trama. Kai, por si acaso, no deja de mirarla de reojo. La conoce lo suficiente como para saber que será incapaz de no gritar o sobresaltarse, al igual que es incapaz de no sonreír y ladear la cabeza si ve un vídeo de gatitos en YouTube, o de no llorar al escuchar la canción "Vesti la giubba" de una de sus óperas favoritas. Pasados los veinte minutos, Sarah da el primer bote en su butaca, haciendo volar algunas palomitas de dentro del paquete de cartón. Cinco segundos después, grita cuando, de forma totalmente predecible según Kai, el asesino aparece de repente en el plano. Diez minutos después, les está hablando a los protagonistas, como si pudieran oírla.

—Por el amor de Dios... No os separéis... Es de manual... No separarse, no bajar al sótano, y no ser rubia, porque si eres rubia, mueres seguro en estas pelis... —dice en voz baja, acercando, sin darse cuenta, la cabeza al hombro de Kai, mientras este ríe, asintiendo con la cabeza—. Oh mierda... No me han hecho caso...

En cuanto ve cómo dos de los protagonistas bajan las escaleras del manicomio abandonado, se tapa los ojos con ambas manos.

—¿Qué haces? —le pregunta Kai con malicia.

—Algo malo va a pasar…

—¿No me digas? Cualquiera lo diría… ¿Quién va a pensar que va a pasar algo malo con un asesino despiadado que se ha escapado de la cárcel y se esconde en un manicomio abandonado que, oh casualidad, deciden visitar un grupo de adolescentes en la noche de Halloween…? Es algo totalmente inesperado…

Sarah, atenta al discurso de Kai, deja sus ojos al descubierto el tiempo suficiente para ver cómo el malo de la película le clava un cuchillo al guapo y popular del grupo, el capitán del equipo de fútbol. Suelta un grito y se tapa los ojos al instante para no ver cómo el asesino se ensaña con el tipo.

—Avísame cuando acabe la escena —le pide a Kai.

—Vale… Aún no… Aún no… Ya.

En cuanto Sarah le hace caso, mira la pantalla y ve cómo el tipo no solo no ha dejado de apuñalar al chico, sino que además ahora, le está arrancando la piel a tiras, usando el mismo cuchillo.

—¡Serás gilipollas! —grita al tiempo que se vuelve a tapar los ojos, golpeando el hombro de Kai con el suyo, mientras él ríe a carcajadas.

—¡Oye! ¡¿Qué son esas palabras?! ¡Te estás convirtiendo una pandillera!

—Tengo de quién aprender.

—Shhhh… —alguien les llama la atención desde unas filas más atrás.

—¿Lo ves? Ya la estás liando… —la acusa él, justo antes de levantar un brazo y hacerle un gesto con la cabeza—. Anda, ven aquí. Yo te protejo…

≈ ≈ ≈

—Sigo diciendo que estás buenísimo.

—Lo sé… Aunque ahora empiezo a dudar que haya sido buena idea traerte aquí.

—¿Por qué?

—Porque tengo una mente sucia… —dice acercando su cara a la de ella, susurrando en voz baja—. Y verte chupar así los huesos de ese pollo que se ha atrevido a llamarse como yo, me está ocasionando ciertos problemas en cierta parte de mi cuerpo. Es más, estoy tentado en pagar la cuenta y largarnos cuanto antes para que puedas chupar precisamente esa parte de mi cuerpo.

—¡Ni lo sueñes!

—¿Que ni sueñe el qué? ¿Que me vayas a chupar?

—Que me vaya a ir de aquí sin acabarme mi Kaeng Kari Kai.

—Vale, entonces sigue en pie lo de chupar...

—¿Quién sabe? Pórtate bien y lo podemos negociar luego... —contesta guiñándole un ojo.

Kai la mira embobado mientras ella ríe a carcajadas. Se lleva la botella de cerveza a los labios, aún asombrado de la enorme suerte que tiene. Ella no es consciente de ello, pero cada gesto que hace resulta de lo más sexy. Así, cuando se coloca el pelo detrás de la oreja, acariciándolo lentamente con las yemas, o cuando se muerde el labio inferior con delicadeza, consigue que para él, todo lo que no sea ella, deje de existir.

—¿Hola...? ¿Me estás escuchando o estoy hablando sola? —le llama la atención al cabo de un tiempo que no es capaz de precisar.

—Solo te estaba... mirando —dice tragando saliva.

—Vale, venga, estoy lista... Dime la guarrada de turno que viene a continuación.

—No... No hay nada más —contesta Kai sonriendo—. Es todo lo que estaba haciendo... Mirarte embobado.

—Ah, pues... vale...

—Soy feliz, ¿sabes, Sarah? Muy feliz. Estúpidamente feliz. Jodidamente feliz — Kai agacha la cabeza y traga saliva con dificultad. Ella, al notar su creciente nerviosismo, apoya una mano encima de la suya y la aprieta para hacerle saber que está allí con él —. Sarah... Quiero decirte una cosa y no sé cómo hacerlo...

—Vale... —contesta ella algo extrañada.

—Es algo que no le he dicho nunca antes a nadie...

—Me estás asustando...

—Créeme, yo lo estoy más... —Kai respira profundamente varias veces, antes de levantar la cabeza y atreverse a seguir hablando—. Verás, esta cita tiene un propósito.

Quiero estar contigo. Sé que soy un puto desastre y que no tengo nada que ofrecerte...

—Kai, ya hemos hablado de esto...

—Déjame acabar... —la corta él—. Quiero... ser mejor persona. Tú haces que quiera ser mejor persona. Quiero tener planes de futuro, hacer algo con mi vida, y quería nada de esto cuando tú no estabas en mi vida. Quiero decirte algo que no le he dicho nunca antes a nadie porque tenía miedo de hacerlo.

—¿Miedo...? Kai, cariño... ¿Miedo de qué?

—De que me hicieran daño... De quedar como un pardillo... De amar sin ser correspondido... De querer a alguien, incondicionalmente, y quedarme solo de nuevo...

Sarah, yo… te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero —repite una y otra vez, subiendo el tono de voz poco a poco.

—Kai… —solloza Sarah.

—Espera —le vuelve a interrumpir, posando sus dedos en los labios de ella—.

Hace unos cuantos años, perdí a dos personas muy importantes en mi vida… Vi a mi madre morir, y yo estaba tan enfadado con ella por dejarme, que no me acerqué para decirle que la quería y que nunca la olvidaría… Años más tarde conocí a una chica…

Algo así como una versión adolescente de ti. Y me dejó porque aunque nos lo pasábamos bien juntos, necesitaba alguien a su lado que la hiciera sentir amada. A ninguna de las dos se lo dije nunca, y no quiero que eso me pase contigo…

—Yo ya sé que me quieres…

—Pero necesito que me oigas decirlo.

Las lágrimas brotan de los ojos de Sarah sin remedio, pero son lágrimas de felicidad, y Kai lo sabe, porque a la vez sonríe abiertamente. Esa es la Sarah que él conoce y a la que ama. Esa que puede reír de felicidad o llorar de tristeza o ambas cosas a la vez.

≈ ≈ ≈

—¿Nos vamos a volver ahora una de esas parejas empalagosas? —le pregunta Sarah mientras él la mece suavemente de un lado a otro.

—Ni hablar —contesta él, negando con la cabeza.

—Vale, pero repítemelo otra vez.

—Te… quiero… —susurra en su oído, justo antes de alargar su brazo, pasarlo por encima de su cabeza, obligándola a dar una vuelta de 180 grados para colocarse a su espalda. Sarah ladea la cabeza, dejando su cuello expuesto, mientras Kai besa su hombro.

—Creo que me podría acostumbrar a esto…

—¿A que te bese? ¿A que te lleve al cine y te asuste a mi antojo? ¿A que te lleve a cenar por ahí?

—No… A que estés a mi lado para hacerlo siempre que queramos… —contesta ella dándose la vuelta lentamente.

Entrelazan los dedos de las manos, con los brazos estirados, dejando algo de distancia entre ambos, y se miran embelesados, sonriendo tímidamente, sin despegar los labios. Cuando se acerca a Kai, Sarah acaricia con dulzura su cara y recorre su labio inferior con el pulgar.

—Eres preciosa —dice Kai justo antes de besarla.

—Kai O'Sullivan, se está convirtiendo usted en un blandengue sentimental.

—Bueno, digamos que así compensamos un poquito más la

balanza. Yo me estoy volviendo un blando y tú una pandillera.

—Vale, tú tranquilo, que yo te defiendo de cualquier guarra que se quiere acercar a ti —comenta Sarah, apoyando los puños en los costados—. Que no te pienses que no me he fijado, pero hay algunas que te miran como si te estuvieran desnudando con los ojos.

—¡Anda ya! ¿Quién?

—Esa de allí, por ejemplo —dice señalando con la cabeza hacia un lateral de la pista, hacia un grupo de chicas.

—La verdad es que me suena su cara...

—¡¿No me fastidies que te has tirado a esa?!

—No sé... Solo me suena de cara... —se excusa Kai.

—Pues ya me dirás tú si no de qué te suena... No será de habértela cruzado en la biblioteca...

—No me digas que estás celosa...

—¿Celosa, yo? ¿De ese montón de silicona con patas? ¡Ya, claro!

—Vale, vale... Lo que tú digas... —contesta Kai sonriendo y encogiéndose de hombros a la vez.

—Anda, haz algo de provecho y ve a buscarme una copa, que tengo sed.

Kai le hace una reverencia y se aleja caminando de espaldas, sin perderla de vista hasta que llega a la barra y se ve obligado a darse la vuelta para pedir las copas.

Mientras espera a que el camarero le sirva, se gira para mirar a Sarah. En cuanto la ve charlando con un tío, se extraña, pero piensa que puede que le conozca de algo. En cuando ve cómo el tipo acerca su cara a la de ella para hablarle al oído, apoyando la mano en la cintura de ella, se empieza a incomodar. Pero cuando ve que Sarah da un paso hacia atrás para alejarse y le busca con la mirada, no necesita más señales y sale disparado hacia allí. De camino, se pone frenético al ver al tío agarrarla de la cintura, a pesar de los intentos de ella por zafarse de su agarre, así que en cuanto llega a él, sin darle opción a explicarse, le separa agarrándole del hombro y le da un puñetazo en la cara.

Al instante, se forma un corro alrededor de ellos, dejándoles en el centro del mismo. El tipo se lleva una mano al labio y se la mira para comprobar si tiene sangre.

Se levanta tambaleándose y, arrugando la frente, dice: —¿Qué cojones haces, tío? —balbucea el tipo con voz de bebido—. Solo estaba hablando con la tía esta...

—Y tocándola... Y resulta que esa tía, como tú dices, es mi mujer, así que no voy a permitir que hagas ni una cosa ni otra.

—Lo... lo siento, colega. Yo... no lo sabía.

Kai no pierde de vista al tipo, que se aleja con la misma agilidad con la que se ha levantado del suelo, empujando a varias personas a su paso.

—¿Estás bien? —se interesa Kai por Sarah cuando se asegura de que el tío se ha alejado lo suficiente.

—Ajá... —contesta ella sonriendo.

—¿De qué te ríes?

—¿Soy tu mujer? —le pregunta con timidez, mordiéndose el labio inferior, haciendo enrojecer a Kai, que se frota la nuca nervioso.

—Bueno... No sabía cómo... No sé... Es que...

—Eh, eh, eh... —le corta ella—. Me encanta ser tu mujer. Y ya de paso, te confieso que tu lado pandillero me pone mucho.

—¿A quién dices que quieres que le arree una hostia?

≈ ≈ ≈

—Esto... ¿y dices que vives aquí?

—Bueno, no... Desde que estoy contigo, casi no he pisado el apartamento...

—Entonces debes de tener inquilinos, porque hay una pila de platos por fregar y montones de ropa sucia tirada en algunos rincones...

—¿A qué has venido, a follar o a hacerme el casting para el programa ese de la gente que acumula basura?

—Esa gente está enferma, Kai. Tú, simplemente eres un guarro.

—Deberías estar halagada...

—¿En serio? Ilumíname...

—Eres la primera a la que traigo a casa...

—Ah... Genial... Yupi...

—No te mofes de mí.

—En serio Kai. Es que no acabo de entender por qué me tengo que sentir halagada...

—Bueno, ya sabes... Es como abrirme del todo a ti. Antes, mis noches siempre acababan en casa de la tía en cuestión, o en mi coche, como mucho. De esa manera, al acabar, o bien salía a hurtadillas de su apartamento, o bien la dejaba en su casa y me largaba. Ahora es... como si no tuviera escapatoria. ¿Me entiendes?

—Aunque parezca extraño, creo que sí. Y debo de estar loca, porque incluso estoy algo emocionada.

—Genial... —dice Kai.

Se acerca a ella y empieza a besarla con rudeza, agarrándola del pelo de la nuca, demostrando su sentido de la posesión. Camina hacia el dormitorio, obligándola a ella a avanzar de espaldas. Entonces, cuando sus piernas tocan la cama y él la recuesta en ella, algo se clava

en su espalda.
—¡Ah, mierda! ¿Qué me estoy clavando?
—¿Eh? —pregunta él metiendo la mano entre la espalda de ella y el colchón, sacando un objeto metálico—. Ah, es un tenedor.
Lo lanza hacia atrás, sin mirar, y sin darle más importancia, vuelve a besarla hasta que ella le aparta.
—¿Ah, un tenedor? ¿Sin más? ¿Y te quedas tan tranquilo?
—Bueno... Alguna vez he comido en la cama...
—Y no pensaste en lavar el cubierto...
—Parece que no...
—¿Cuántas veces lo has hecho? ¿Varias? —pregunta mientras Kai asiente—. ¿Y
has lavado alguna vez los cubiertos? —vuelve a insistir ante la negativa con cara de culpable de él—. Vale. Nos largamos.
Sarah se levanta y se alisa la camisa, peinándose el pelo con los dedos, comprobando no tener restos de comida en él.
—¿A dónde nos vamos? ¿Así acaba nuestra cita?

—Ni hablar. Yo quiero follar, pero no quiero clavarme nada en el intento, así que nos vamos a mi casa. Y mañana vendremos y empaquetaremos algunas de tus cosas, quemas el resto, y te trasladas definitivamente a vivir conmigo. Me necesitas.
—¿Me estás pidiendo que vivamos juntos?
—Te estoy salvando la vida.

Puede apostar que fue así. Ella no salvó mi vida, si no que le dio un rumbo nuevo. Me convertí en otra persona, aunque sin dejar de ser yo mismo. Por primera vez en mi vida, le dije en voz alta a alguien que la quería y fue la mejor decisión de mi vida. Quiero creer que el destino tuvo mucha culpa de ello. El destino quiso que reservara esas palabras para ella, para mi Sarah, para el verdadero amor de mi vida.

CAPÍTULO 8
Te quiero, Sarah

—¿Estás bien? —le pregunta Kai a Connor sin recibir respuesta—. Podemos sentarnos, si lo prefieres...
Kai le observa, esperando una respuesta que no llega. Lejos de molestarse, le pasa un brazo por encima de los hombros y le agarra la cabeza, apoyándola contra su hombro.

—… fiel esposo y un padre abnegado que supo inculcar a sus tres hijos la fe cristiana… —escuchan decir al reverendo Johnson.

Connor empieza a respirar de forma pesada, haciendo subir y bajar su pecho con rapidez. Incluso se le escapa una especie de pito del pecho.

—Connor, cariño... Respira... —dice Sarah poniéndole una mano encima del pecho.

Evan y Kai le miran con preocupación, y no pueden hacer nada, hasta que de repente, milagrosamente, su respiración empieza a acompasarse. Todo él parece haberse relajado de repente, mientras mira hacia un punto fijo. Siguen su mirada, que se pierde a un lado, alejado del tumulto de gente.

—¿Estás bien? —le pregunta Evan al ver la palidez de su rostro.

Connor no responde, ni siquiera moviendo la cabeza, porque no es capaz de hacer otra cosa que mirar fijamente a Zoe. Es incapaz de escuchar nada, ni la pregunta de su hermano, ni el sermón del reverendo, ni el ruido de las ramas de los árboles al mecerse con el viento. Tampoco es capaz de fijar su atención en nadie más, ni en el cura dando la bendición a todos al finalizar el acto, ni en los operarios del cementerio cuando bajan el féretro hacia el interior del agujero y empiezan a cubrirlo con tierra, ni en los asistentes estrechándoles la mano a él y a sus hermanos y alejándose hacia sus respectivos coches. Incluso cuando el agujero ya está tapado completamente y él es el único que no se ha movido del sitio, no es capaz de apartar la mirada de ella.

Sarah abraza a Kai, agarrándole de uno de los costados. Besa su mejilla mientras, de forma cariñosa, acaricia sus mejillas.

—Él está bien.

—¿Crees que debo ir? —le pregunta Kai a Sarah sin apartar los ojos de Connor, que permanece frente a las tumbas de sus padres, mirando al suelo sin moverse.

—No. Déjale espacio. Además, no está solo —contesta señalando a Zoe con un dedo—. Si se ha atrevido a acercarse, ha sido gracias a ella.

—Zoe está demostrando ser muy buena persona —dice entonces Hayley—. A mí Evan me hace la putada que Con le ha hecho, y pobre de él que se atreva siquiera a mirarme a la cara…

—Es que aún le quiere —interviene Kai, sonriendo abiertamente al recordar el mensaje en la nevera.

—Lo sé, pero no quiere decir que le haya perdonado —dice Hayley sin dejar de mirar a su amiga.

—¿No? —preguntan Kai y Evan a la vez, frunciendo el ceño

extrañados.

—¡No! —responde Sarah.

—¡Por supuesto que no! —les increpa Hayley Los dos se quedan con la boca abierta y sin saber qué decir. Se encogen de hombros y abren los brazos sin entender nada.

—¿Os pensáis que es tan fácil perdonar una infidelidad?

—Bueno, no sé… No, supongo que no, pero ella dice que aún le quiere… — balbucea Kai.

—¡Y no le dejará de querer nunca! —prosigue Hayley—. Zoe llevaba esperando toda su vida por un tío como Connor. Él es… perfecto para ella.

—Pero la cagó… —dice Sarah.

Mientras ellos hablan, Kai no pierde de vista a Connor que, reuniendo fuerzas de donde pensaba que no las tenía, empieza a caminar hacia Zoe. Les observa mientras hablan, casi aguantando la respiración, esperando que ella le dé una bofetada en cualquier momento. Pero eso no sucede, y hablan durante unos segundos, hasta que Connor empieza a alejarse de ella, cabizbajo y con lágrimas en los ojos.

Sin mediar palabra, Kai corre tras él, alcanzándole pocos metros más allá.

Intenta detenerle agarrándole del brazo, pero él se zafa rápidamente.

—¡Vete a casa, Kai!

—Pero no puedo dejarte solo... No estás bien.

—¡¿Y tú cómo coño sabes cómo estoy?!

—Llámame perspicaz... —contesta Kai con tono burlón—. Vamos, no seas capullo. Vente a casa con Sarah y conmigo.

—No. Necesito estar solo. Me voy a mi casa.

—Pues me voy contigo. Si quieres podemos tomarnos unas cervezas antes...

—Kai, discúlpame si no estoy para celebraciones —le dice Connor mirándole de reojo, con una expresión de asco y rabia en la cara.

—Pero Con...

—¡Que te vayas, joder! ¡Olvídame! ¡Déjame en paz! ¡Métete en tu puta vida perfecta que no te mereces!

Kai se queda paralizado de golpe, con la boca abierta, sin saber bien qué responder. Al rato, aún con lágrimas en los ojos, Connor se vuelve a alejar, dejando a su hermano solo. Sarah, alertada por la discusión, llega enseguida hasta él.

—Mi vida...

—¿Hago bien dejándole solo? Él me lo ha pedido... Él me ha dicho

que quería irse a casa, solo…

—Kai…

—Pero yo… Tengo que cumplir la promesa que le hice a mi madre pero…

—Cariño…

—Tiene razón… Él se merece ser feliz más que yo, ¿sabes? No… No puedo permitir que le pase esto…

—¡Kai! —le corta Sarah, plantándose frente a él y agarrándole de los antebrazos—. Él se lo ha buscado solito… Él se acostó con Sharon… Tú no le obligaste a ello. Y por supuesto que te mereces ser feliz… Conmigo… Con Vicky… Y con tus hermanos…

Los dos se miran durante un rato, él sopesando sus palabras, ella esperando a que surtan efecto. Kai levanta la vista y ve a su hermano coger un taxi.

—No le puedo dejar solo, aunque él no quiera. Se lo debo a ella… —dice Kai señalando tímidamente al cielo.

—Pues entonces me voy contigo. Se lo debo a él —añade Sarah señalando también hacia arriba.

≈ ≈ ≈

—¡Connor! ¡Connor ábreme! —grita Kai mientras aporrea la puerta del apartamento de su hermano—. ¡Vamos, déjame entrar! ¡Déjame quedarme contigo!

Apoya la oreja en la madera y escucha atentamente. Al rato, al no oír ningún ruido, vuelve a insistir unas cuantas veces hasta que, desesperado, mete la mano en el bolsillo y saca un llavero negro.

—¿Tienes llave del apartamento de tu hermano? —susurra Sarah extrañada, hasta que ve cómo Kai se agacha y mete un par de ganzúas en la cerradura de la puerta—. Mejor no pregunto, ¿no?

—Tiendo a perder las llaves, así que me apaño con esto. Tranquila, no me han detenido nunca por ello.

Con una facilidad pasmosa, Kai consigue abrir la puerta pocos segundos después.

—Que no te hayan detenido nunca no quiere decir que no hayan tenido motivos para hacerlo —dice Sarah mientras entran en el apartamento de Connor.

Enseguida le ven, tirado en el sofá, tapándose los ojos con un brazo, aún con el traje puesto, aunque sin la corbata, y ya con la camisa por fuera de los pantalones.

—Eh… Connor… —dice Kai agachándose al lado del sofá.

—Eres como un puto grano en el culo… —suelta Connor al escucharle—. Un día llamaré a la poli para que te arresten por allanamiento…

Al ver que no le contesta, pero tampoco parece moverse, Connor aparta el brazo de su cara y le mira. Permanecen así un rato, hasta que Kai sonríe.

—¿Tienes otra de esas en la nevera? —le pregunta señalando hacia la cocina.

—Tú mismo —contesta asintiendo con la cabeza.

En ese momento, Sarah se acerca al sofá. Connor la mira y enseguida aparta la mirada.

—Hazme un sitio —le dice ella, dándole unos golpes en el hombro para obligarle a incorporarse.

En cuanto lo hace, Sarah se sienta y luego le hace un gesto para que se vuelva a estirar y apoye la cabeza en el regazo de ella. Kai se acerca a ellos, ya con una cerveza en la mano, y se sienta en el suelo, apoyando la espalda en el sofá. Se quedan en silencio un buen rato, hasta que escuchan a Connor sorber por la nariz. Entonces Sarah le acaricia el pelo con ternura, mientras Kai se gira para mirarle y apoya la mano en su pecho. Connor mantiene la vista fija en el techo.

—¿Sabéis una cosa? —empieza a decir—. Justo antes de morir, me pidió algo, y fui incapaz de contestarle... ¿Os lo podéis creer? No paro de recrear la escena una y otra vez, maldiciéndome por no haber contestado a tiempo. Cuando escuché ese puto 98

pitido de la máquina, solo entonces, empecé a gritar como un gilipollas... "Te lo prometo", "te lo prometo", le repetía una y otra vez...

—¿Recuerdas cuándo murió mamá? —le pregunta Kai—. Me pidió que me acercara para darle un beso y me negué en redondo. Estaba enfadado con ella por dejarnos. Me costó un tiempo, pero al final me convencí de que ella sabía que yo la quería, aunque no fuera capaz de demostrárselo en ese momento. Con esto quiero decirte que no todo el mundo reacciona de la misma manera en esos momentos, así que ten por seguro que papá no necesitó escucharte para saber tu respuesta.

Connor se incorpora y cabizbajo, se queda en silencio. Apura la cerveza y luego se levanta con dificultad. Kai se levanta con él y le sigue, aunque dejándole algo de espacio.

—Me voy a acostar... Estoy hecho una mierda... Gracias por...

—Nos vamos a quedar aquí esta noche —le corta Sarah—, y no hay un pero que valga. Vicky está con su padre.

—Vale —claudica esbozando una sonrisa.

Cuando llega a su habitación, se desnuda con lentitud, tirando la ropa al suelo, hasta quedarse con el bóxer. Saca una camiseta blanca de manga corta de debajo de la almohada y se la pone con movimientos torpes. En cuanto se estira en la cama y se tapa con el edredón, dándole la espalda a la puerta, Kai se acerca con sigilo y se

sienta en el borde. Apoya los codos en las rodillas y se agarra la cabeza, totalmente agotado.

—Kai...

En cuanto escucha su voz, se gira y se encuentra a su hermano mirándole, con gesto compungido. Él le sonríe para intentar animarle, a pesar de las lágrimas que brotan de los ojos de Connor.

—¿Me perdonas?

—No hay nada que perdonar.

—Sí... Lo que te he dicho antes... No iba en serio. Estaba cabreado y... Soy un capullo.

—Eso es algo genético, lo de ser un capullo, digo —contesta mientras los dos sonríen—. Hablo en serio, no hay nada que perdonar.

—Gracias.

—Sé que no te lo he dicho nunca, pero... te quiero mucho, Con. A los dos... Al empollón también. Pero sabes que tú y yo siempre... bueno, nos hemos entendido muy 99

bien y... bueno... eso... ¡Di algo, gilipollas! ¡Impide que siga haciendo el ridículo! ¡No te me quedes mirando con esa cara!

—Vaya... Realmente, ella te ha cambiado, ¿eh?

≈ ≈ ≈

—¿Cómo va la mudanza? —le pregunta Connor.

—Bien... Supongo... Yo no tenía muchas cosas en casa, y Sarah me ha obligado a quemar muchas...

—¡Jajaja! Chica lista...

—Pero ellas han traído como mil cajas... y aún no sé dónde las voy a meter todas. Llevo dos días distribuyendo cajas por todas las habitaciones porque, no te lo pierdas, han marcado cada caja con lo que hay en su interior y en qué habitación tengo que dejarla.

—Claro, tío. Es lo que se suele hacer...

—¡No jodas! Yo metí toda mi ropa en bolsas de deporte y las lancé dentro del dormitorio principal... Y ahí se acabó mi mudanza...

—Y que aún así, Sarah te siga queriendo... Yo creo que a esta mujer deberían darle un sueldo del gobierno por la labor social que hace contigo.

—Gilipollas.

—Mamonazo.

—Que te den por el culo.

—A ti también, y que te guste.

—Te echo de menos...

—Y yo también...

Los dos ríen con timidez y se quedan callados durante un rato. Kai se rasca la nuca, algo incómodo por el tono que está tomando la conversación, nada acostumbrado aún a hablar de sus sentimientos de

forma tan abierta. Sus hermanos saben que daría la vida por ellos y que les quiere de forma incondicional, pero nunca se lo ha dicho hasta ahora. Aún es un novato en estos temas, justo acaba de empezar a abrirse con Sarah, y aún no está preparado para ir más allá.

—¿Y tu nueva vida? —le pregunta para cambiar el tono de la conversación.

—Dura... Muy dura...

—¿Sigues yendo a pescar con ese loco?

—Bueno, si por pescar te refieres a ponerte un chubasquero, tambalearte de proa a popa del barco y aguantar las ganas de potar durante una media de diez horas, sí, sigo saliendo a pescar cada día.

—¿Y por qué no pasas de hacerlo?

—Porque de alguna manera tengo que pagar que me hayan acogido en su casa y me den de comer sin pedirme nada a cambio...

—Bueno, ¿no curras cada noche en el pub? Ya lo pagas de esa manera, ¿no?

—Eso lo hago porque necesito mantenerme ocupado, Kai... —le confiesa Connor al cabo de unos segundos.

Kai sabe el motivo. Sabe por qué su hermano necesita mantenerse ocupado todas las horas del día. Lo sabía cuando descubrió que se marchaba porque no podía soportar quedarse y estar con Zoe sin estar con ella, tenerla cerca sin poder tocarla.

—No puedo dejar de pensar en ella, así que... —vuelve a hablar Connor, al ver que su hermano no dice nada—. Gracias por no decir "te lo dije".

—Te lo dije.

—Cabrón...

Los dos ríen con desgana, hasta que Connor se atreve a preguntar lo que lleva rato pensando.

—¿Cómo está?

—¿Quién? ¿Sarah? ¿Vicky? ¿Hayley?

—Sabes bien a quién me refiero.

—Y también sé que intentas no pensar en ella, así que intento ayudarte.

—Cuéntame algo de ella.

—¿Eres masoquista o algo por el estilo?

—Lo necesito.

—¿En qué quedamos? ¿Necesitas olvidarte de ella o no puedes vivir sin ella?

—Las dos cosas... Aunque a una estoy intentando ponerle remedio...

—Porque tú quieres.

—No. Porque ella no me quiere —asegura Connor con rotundidad.
101

Kai resopla con fuerza, resignado, poniéndose en el lugar de su hermano. Ahora mismo, si Sarah le alejara de su lado, se volvería completamente loco. No sabe si sería capaz de hacer lo mismo que su hermano, cambiar incluso de continente para no verla, pero si lo hiciera, seguro que necesitaría saber que está bien... O que está fatal, lo que querría decir que le echaría de menos.

—¿Quieres la verdad de verdad o la edulcorada?

—Oh, joder... No sé si quiero saber la verdad...

—Empecemos por algo fácil... Vive en tu apartamento.

—Bien...

—Sarah me dijo que estaba alucinada con que hubieras hecho eso por ella... Y le costó aceptar, pero ella y Hayley ayudaron a convencerla.

—Dale las gracias de mi parte.

—También está en marcha lo de los cuadros...

—¿Llegó a un trato con la pasante de arte? Genial...

—Expone en unas semanas y está cagada de miedo.

—Pero seguro que logra hacer algo maravilloso... ¿Y... está... con alguien?

—Oh, tío... Estás jodido... ¿Maravilloso? Ya hablas como Evan, colega...

—No me has contestado —le corta Connor con seriedad, sabiendo que Kai está evitando la respuesta, hecho que solo puede significar una cosa.

—¿Vas a traer acompañante a la boda de Evan? ¿Has conocido a alguien? ¿Por qué no traes a esa chica...? ¿Cómo decías que se llamaba?

—¿Keira?

—¡Eso! ¿Está buena?

—Kai, es nuestra prima.

—Lejana.

—Que viva lejos no significa que nuestro parentesco sea menor...

—Amargado...

—Salido —responde al instante—. Vendré solo. Pero sigues sin responderme...

Está saliendo con alguien, ¿verdad?
102

—Te tengo que dejar, Con. El deber me llama... —miente para zanjar la conversación, aunque podría estar horas hablando con su hermano—. Estamos en contacto, ¿vale? Avísame si necesitas que te

recoja en el aeropuerto.

≈ ≈ ≈

—Me dijo que vendría... —dice Evan mirando hacia atrás.

—Podemos esperar un rato más... —dice el reverendo Bryan.

—Vendrá, seguro —afirma Kai, asintiendo con la cabeza para infundir confianza en su hermano.

—Evan, empecemos y ya llegará, seguro...

—Vale.

La ceremonia empieza con bastante retraso, pero cuando llevan cerca de diez minutos, se ve interrumpida de nuevo, aunque esta vez por la aparición de Connor.

Todas las miradas se centran en él y luego en Keira, que se ha sentado rápidamente. Él mira fijamente a Evan, evitando a Zoe en todo momento.

—Siento el retraso —le dice a Evan mientras camina hacia el altar improvisado— . Y las pintas… Nos hemos vestido en el taxi…

Evan sale corriendo hacia él y le da un sonoro abrazo.

—No me importa —dice llorando—. Pensaba que no vendrías.

—No me lo hubiera perdido por nada en el mundo. Estás guapo, tío —dice separándose de él y sonriendo orgulloso—. Va, no hagamos esperar más a tu futura mujer.

En cuanto llegan al altar, Connor le da un beso en la mejilla a Hayley y se pone al lado de su hermano Kai, que le coge por el cuello y le abraza mientras le habla al oído.

—¿Y dices que es nuestra prima... de verdad? ¿Has comprobado nuestro árbol genealógico? ¿Seguro que es hija de la tía?

—Kai —ríe Connor agachando la cabeza para disimular—, no empieces...

—Está tremenda, colega.

Sarah le da un codazo en un costado y se pone un dedo delante de los labios para hacerle callar. Kai se inclina hacia ella y susurra en su oreja: —Solo intento convencer a Connor para que se trinque a la tía esa.

—Calla.

—Decía que está tremenda para él, no para mí.

—Kai, por favor.

—A mí solo me gustas tú.

—O te callas o hago voto de castidad.

—… yo os declaro, marido y mujer. Puedes besar a la novia —dice entonces el reverendo.

Evan y Hayley se besan entre aplausos. Kai les vitorea mientras se sube a la espalda de Connor y Sarah llora desconsoladamente.

—El enano ya nos gana dos bodas a cero, tío —le dice Kai a Connor, zarandeándole por los hombros, hasta que se da cuenta que no le está prestando atención porque tiene los ojos clavados en Zoe.

Connor sonríe mientras la ve abrazarse con Hayley, y continúa haciéndolo cuando luego besa a Evan para darle la enhorabuena, o incluso cuando Rick se acerca a ella y la hace reír a carcajadas con algún comentario. Luego el tipo ese se acerca a ella y la agarra por la cintura. Ella se gira y, poniendo los brazos alrededor de su cuello, le da un beso en los labios. Al momento, a Connor se le borra la sonrisa de la cara y aprieta los puños a ambos lados del cuerpo.

—Vamos al pub —le dice Kai poniéndose frente a él, interponiéndose en la trayectoria visual para que no vea a Zoe.

≈ ≈ ≈

—Oh, Dios mío... Va a hacerlo... Va a hacerlo... —susurro Sarah, agarrándose de la camisa de Kai debido a la emoción.

Entonces ven cómo Connor, después de unos minutos charlando con Zoe, se acerca a ella y la besa con toda la delicadeza de la que es capaz.

—¡Sí! —dice golpeando el pecho de Kai—. Eso es.

—Así no va a conseguir olvidarla nunca... —asegura él.

—¿Es que no te das cuenta de que, por mucho que lo intenten, no son capaces de pasar página?

Pero entonces, el tipo que ha acompañado a Zoe a la boda, vuelve del baño y al ver la escena, se pone frenético.

—¡Apártate de ella! —grita el tío, dándole un fuerte empujón.

En cuanto se separan, Connor la mira con la respiración agitada mientras ella se toca los labios con los dedos.

—¿A ti qué cojones te pasa? —insiste el tipo, volviéndole a empujar—. ¡Aléjate de ella!

—No quiero —contesta mirando a Zoe y pasando completamente de él.

—¿Perdona? Es que no te he oído bien —le dice poniéndose frente a él, interponiéndose en su campo visual para impedir que mire a Zoe.

Connor le mira entonces, pero no le contesta, así que el tío, totalmente fuera de sí, le vuelve a empujar. Repite varias veces la acción, haciendo que el resto de gente que llena el local se empiece a fijar en ellos.

—¿Que no quieres qué? —insiste—. No me has contestado.

Connor soporta dos empujones más hasta que, harto, cuando iba a recibir el tercero, le agarra de la camisa y le propina un puñetazo en toda la nariz que le hace tambalearse hacia atrás.

—¡Mamonazo! —dice mirándose las palmas de las manos

ensangrentadas—. Me has roto la nariz.

La gente se aparta de ellos, alejándose de los problemas con cara de preocupación, mientras Ian, el dueño del pub, mira a Connor y le pide calma con las manos. Kai, en cambio, parece estar disfrutando de lo lindo con la reacción de su hermano, porque sonríe abiertamente. Connor empieza a caminar de nuevo hacia Zoe, pero entonces Adam se vuelve a abalanzar sobre él para detenerle. Ambos caen al suelo, pero enseguida Connor consigue ponerse sobre él y empieza a propinarle puñetazos en la cara, totalmente fuera de sí.

—¡Para, Connor! ¡Basta!

Al escuchar los gritos de Zoe, Connor reacciona y se levanta de golpe. Ella se acerca rápidamente a Adam, que se levanta con dificultad mientras se seca la sangre con la manga de la camisa.

—¡¿Te has vuelto loco?! —le grita.

—Él empezó… —contesta confundido.

—¡Porque estabas besando a mi chica, gilipollas!

Connor mira a Zoe, que le vuelve a esquivar la mirada. Ambos saben que ella no hizo nada para impedir ese acercamiento ni ese beso.

—Dime que no has sentido nada cuando te he besado, y te juro que te dejo tranquila.

—Déjame, Connor —le pide ella con lágrimas en los ojos.

—¡Dímelo! ¡Dime que no me quieres!

—¡Ya no te quiero! ¡¿Contento?! —grita mientras Connor se queda inmóvil, sin poderse creer sus palabras. Entonces, ella camina hacia él y tal y como hiciera Adam, le empuja repetidas veces—. ¡Vete! ¡Lárgate! ¡No quiero verte más!

≈ ≈ ≈

—Oh joder… Qué bien… Por fin en casa… —dice Kai desplomándose en el sofá de casa de sus padres, la suya desde hace unas semanas.

—Rick y Keira dicen que Connor ya está en la cama… —les informa Sarah.

—¡Ha sido una boda genial! —dice Vicky muy animada—. A pesar de todo, quiero decir…

—La verdad es que ha estado bien. Puede que a Connor, el exilio a Irlanda no le haya servido para olvidarse de Zoe, pero sí para sacar su lado pandillero, por fin. ¿Has visto qué derechazo le ha metido, Vicky?

Vicky ríe a carcajadas mientras choca los cinco con Kai.

—Sois lo peor. No tenéis en cuenta lo que Connor y Zoe están sufriendo.

—Claro que sí, pero es para quitarle hierro al asunto —dice Kai.

—Mamá, no nos alegramos de que sufran, aunque tengo que decir que se lo están buscando ellos solos. Nos alegramos de que Connor haya decidido dejar de ser un pelele como fue con Sharon y de que haya intentado luchar por recuperar a Zoe, aunque no haya ido del todo bien.

—¿Cómo sabes tú cómo se comportó Connor cuando Sharon le abandonó?

—Kai me lo contó —contesta señalándole con el dedo.

—Vale, creo que pasáis demasiado tiempo juntos. Me voy a dar una ducha — dice subiendo las escaleras.

Kai se levanta del sofá y se dirige a la cocina y Vicky coge el mando a distancia de la televisión, cuando vuelven a escuchar la voz de Sarah.

—Y tú señorita deberías hacer lo mismo. Y tú, Kai, no deberías beberte esa cerveza que estás a punto de coger de la nevera.

Vicky se incorpora del sofá, haciendo una mueca con la boca. Kai sale de la cocina con la cerveza en la mano y, abriendo los brazos, dice: —¿Cómo cojones lo hace?

—Acostúmbrate. Tiene un don —dice Vicky levantándose del sofá y acercándose a Kai para darle un beso de buenas noches—. Será mejor que suba antes de que nos descubra hablando de ella a sus espaldas. Buenas noches, Kai.

—Buenas noches, preciosa —dice abrazándola y dándole un beso en la cabeza.

—Te quiero —dice ella antes de separarse, riendo al comprobar cómo él aún se incomoda cuando le dice esas palabras.

—Te lo pasas en grande conmigo, ¿eh?

En cuanto Vicky llega al piso de arriba y pasa por delante de la puerta del dormitorio de su madre y de Kai, un fuerte ruido capta su atención. Retrocede rápidamente sobre sus pasos y abre la puerta en busca de su madre.

—¿Mamá? —dice dirigiéndose hacia el baño, donde encuentra a su madre sentada en la taza del váter y varios frascos de una estantería esparcidos por el suelo a su alrededor.

—Tranquila cariño, estoy bien.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Vicky mirando al suelo.

—Me maree y al intentar apoyarme en la estantería, calculé mal y tiré todo al suelo. Pero estoy bien.

Vicky coge las manos de su madre y las inspecciona detenidamente. Después de asegurarse de que no tiene ningún rasguño, se agacha y empieza a recogerlo todo.

—Mamá, ¿cuánto hace que sufres estos mareos? —le pregunta y antes de que responda, vuelve a decir—: Y no intentes mentirme diciéndome que es el primero que tienes porque antes he escuchad a Kai preguntándote si habías vuelto a sufrir algún mareo.

—Hace unos días…

—¿Y esos mareos tienen algo que ver con el hecho de que hoy no hayas probado ni una gota de alcohol? —Sarah la mira con la boca abierta, totalmente alucinada—. Te he estado observando, mamá.

—¿Cuándo te has convertido en una espía de la Gestapo?

—Aprendí de la mejor —dice guiñándole un ojo—. Ahora en serio. Mamá, ¿crees que puedes estar…? Ya sabes… ¿embarazada?

Sarah no contesta, solo se mira las manos y aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea.

—¿Mamá? ¿En serio? —insiste Vicky con una sonrisa en los labios —. ¡Eso sería genial!

—No lo sé, cariño.

—¿No sabes si estás embarazada o no sabes si sería genial?

—Ambas.

—¿Llevas retraso?

—De tres semanas.

—¿Y a qué esperas para hacerte la prueba?

—Es que tengo miedo.

—¿Del resultado? Mamá, no seas tonta. Sería una noticia genial.

—No... De perder a Kai.

—¿Perderle? ¿Crees que Kai te abandonaría si estuvieras embarazada?

—No lo sé —contesta Sarah peinándose el pelo con las manos de forma compulsiva—. No es algo que entrara en nuestros planes. Ahora que Kai está mirando el local para montar el gimnasio, no sé si es un buen momento…

—Mamá, te estás poniendo excusas. Díselo.

—¿Decirme qué?

Kai entra en el baño y arruga la frente al ver a Sarah sentada en el váter, pálida como el mármol. Se agacha frente a ella y apoya las manos en sus rodillas, mirando a las dos, esperando una explicación.

—Os dejo porque tenéis que hablar —dice dándole un beso a su madre.

—¿Qué pasa? ¿Qué tienes que decirme?

Sarah suspira y se muerde el labio inferior. Enseguida se le humedecen los ojos y se empieza a frotar las manos la una contra la otra.

—Me estás asustando, Sarah.

—Verás… Antes te he mentido… —dice mientras Kai arruga la frente, totalmente perdido—. El mareo de esta mañana sí me había pasado antes. De hecho, me pasan a menudo, bueno, cada día, desde hace como tres semanas.

—¿En serio? ¿Y por qué no me habías dicho nada? ¿Quieres que vayamos al médico?

—No hace falta… Creo que sé a qué se deben porque ya me había pasado una vez, hace años.

—¿Ah sí?

—Sí, cuando me quedé embarazada de Vicky.

—¿Y qué te tomaste?

—Nada, Kai. Los mareos se me pasaron a los nueve meses.

Ella le observa mientras él procesa las palabras en su cabeza, cosa que le lleva varios segundos, hasta que de repente, pierde el equilibrio y cae de culo al suelo.

—¿Estás…? ¿Estás embarazada?

—No lo sé —contesta Sarah mientras las primeras lágrimas asoman a sus ojos—.

No me he hecho la prueba, pero tengo los mismos síntomas que cuando me quedé de Vicky y tengo un retraso de tres semanas.

—¿Tienes una prueba de esas para hacerte?

—No…

Kai se pone en pie de un salto y sale corriendo del baño y de la habitación. Oye como baja las escaleras a toda prisa y luego escucha la puerta principal al cerrarse. Al rato, Vicky entra en el baño y, preocupada, le pregunta a su madre: —¿Qué ha pasado? ¿Se lo has dicho?

—Sí.

—¿Y? ¿Está contento o…?

—No lo sé.

—¿A dónde va?

—A comprar una prueba de embarazo, creo y espero, porque tampoco me lo ha dicho.

—Te he traído un vaso de agua…

—Gracias cariño.

—Escucha, si por cualquier cosa, Kai no… Que no lo creo porque sé que va a estar encantado, pero, que si no lo estuviera, puedes contar conmigo para lo que necesites. Te quiero ayudar, mamá.

—Lo sé cariño. Gracias.

Vicky no puede evitar clavar la vista en el vientre de su madre,

llegando incluso a quedarse inmóvil.

—Vicky…

—No lo puedo evitar. Me encanta la idea y quiero tenerle ya en mis brazos.

Estos meses se me van a hacer eternos.

—Aún no sabemos si estoy embarazada o no…

Justo al acabar la frase, Kai irrumpe en la habitación con la bolsa de una farmacia en la mano. Tiene la frente plagada de gotas sudor, y su pecho se mueve arriba y abajo con rapidez. Saca la caja de la bolsa y se la tiende a Sarah con mano temblorosa.

—Se supone que tengo que hacer pis encima de esto, y con los dos mirándome fijamente, creo que no voy a ser capaz.

Los dos salen del baño en silencio y Sarah abre la caja y saca la prueba de embarazo. Lee las instrucciones y comprueba que no han cambiado mucho en 16 años.

Signo positivo, embarazada. Signo negativo, no embarazada.

En cuanto tira de la cadena, Kai aparece y se apoya en el marco de la puerta.

Sarah le mira con algo de miedo, intentando descifrar lo que le pasa por la cabeza.

—Tenemos que esperar unos minutos —dice girando la cabeza hacia la prueba, que reposa encima del mueble del lavamanos, mientras se seca algunas lágrimas.

Kai la agarra del brazo y la obliga a levantarse. Se acerca a ella y rodea su cintura con un brazo mientras le seca las lágrimas con los dedos de su mano libre.

—¿Por qué lloras? ¿No quieres…?

—Es que esto no estaba planeado y tú…

—¿Yo, qué? —le pregunta buscando su mirada.

Sarah se muerde el labio inferior y gira la cara para mirar de nuevo el trozo de plástico que puede dar un giro radical a sus vidas.

—Sarah, no me has contestado. ¿Yo, qué?

—Tengo miedo de perderte.

—¿Cómo?

—Sé que esto no entraba en nuestros planes y que no es el mejor momento…

Sé que si sale positivo, no sería la mejor de las noticias que…

—Sarah —la corta Kai, cogiéndola de la cara y obligándola a mirarle a los ojos—.

Sería la mejor noticia que pueda imaginar. Quiero que estés embarazada. Quiero ser padre, aunque tengo mis serias dudas de que vaya a ser una buena influencia para él o ella…

Sarah empieza a llorar desconsoladamente, apoyando la frente en el pecho de Kai, agarrando su camiseta con fuerza, mientras él la estrecha entre sus brazos.

—Es más —le dice buscando su mirada—, si sale negativo, quiero que lo sigamos intentando. ¿Te parece bien?

—Vale —contesta Sarah riendo.

—No va a hacer falta —dice entonces Vicky.

Los dos la miran y ella, con una enorme sonrisa en la cara, señala hacia la prueba, que muestra un inequívoco signo positivo.

—¿Eso es un sí? —dice Kai cogiendo la prueba.

—Sí —contesta Sarah.

—¿Vamos a ser padres? —pregunta mirándola mientras ella asiente—. ¿Voy a ser padre? ¡Voy a ser padre! Joder… voy a ser padre…

—Enhorabuena a los dos —dice Vicky—. Os dejo solos... Me parece que necesitáis un tiempo...

Sarah abraza a su hija y luego se gira hacia Kai, que se ha sentado en la taza del váter y está mirando fijamente el trozo de plástico blanco que sostiene entre los dedos.

Al rato, cuando ya están solos, sorbe por la nariz y la mira con los ojos bañados en lágrimas.

—No puedo creer que confíes en mí lo suficiente como para ser el padre de ese bebé…

—Eh —dice ella agachándose frente a él—. ¿Por qué dices eso?

—Es que, yo nunca he sido muy… responsable. Gracias por confiar en mí.

—Ahora mismo, no se me ocurre nadie mejor que tú para desempeñar ese papel.

≈ ≈ ≈

111

—No te separes de mí... No nos sueltes —le pide Sarah.

Llevan un rato en la cama estirados, Sarah de costado y Kai pegado a su espalda, abrazándola con fuerza mientras apoya la palma de una mano en el vientre de ella. Acaricia su piel con la yema de los dedos y la besa en el hombro con dulzura.

—Nunca...

—Te amo, Malakay O'Sullivan.

—Y yo…

—Estás muy callado... ¿Tienes miedo?

—¿Por el bebé? —Sarah asiente con la cabeza—. No, porque aunque yo sé que me voy a equivocar a menudo, sé que tú vas a estar ahí para ayudarme...

—¿Entonces?

—Estaba pensando en Connor... Está completamente colgado de Zoe y ella le ha roto el corazón en pedazos... O sea, ya estaban separados y eso, pero los dos se seguían queriendo y, de alguna manera, lo sabían... Era como si todos supiéramos que iban a volver. Pero esta noche, ella le ha dicho abiertamente que ya no le quiere, y ha sido como la ruptura definitiva.

—¿Y te lo crees? ¿Acaso te piensas que es verdad que lo quiere?

—No lo sé, pero se lo gritó a los cuatro vientos... Si alguna vez me dijeras eso a mí, creo que me harías añicos y no levantaría cabeza nunca más en la vida.

—Exagerado.

—No, para nada. No creo que fuera capaz de vivir alejado de ti.

—No tendrás que comprobarlo, porque eres "mío de mí" —dice mientras Kai sonríe—, y no te pienso dejar escapar nunca.

—Te quiero, Sarah. Y a la listilla de tu hija, también. Y al alienígena que tienes aquí dentro, también.

—¡Oye! ¡No llames así a nuestra lentejita! ¡Que es tu hijo!

—¿Lentejita? A mi niño no le llames como una legumbre.

—Será una niña.

—¡Venga ya! ¿Yo conviviendo con tres mujeres en casa? No me quieres nada...

Eres más cruel que Zoe.

—Te quejarás... Con lo mimado que te tenemos...

—No me acuerdo mucho de esos mimos... Pero ahora no me vendría mal un recordatorio...

Sarah se mueve hasta quedarse estirada boca arriba. Entonces Kai se coloca encima de ella, aunque apoyando su peso en los antebrazos, y empieza a besar suavemente la piel de su cuello. En cuanto Sarah abre las piernas, rodea el trasero de Kai con ellas y le aprieta contra su cuerpo. Enseguida puede notar la erección de él apretándose contra su pubis, frotándose arriba y abajo mientras él la sigue besando. Le baja el tirante de la camiseta con una mano y se cuela para amasar uno de sus pechos.

En cuanto lo palpa, deja de besarla y se separa de ella varios centímetros, entornando los ojos y arrugando la frente.

—¿Qué pasa? —le pregunta ella, algo preocupada.

—¿Están más grandes?

—¿Qué?

—Tus... pechos... —dice señalando con el dedo mientras se le agrandan los ojos.

—Pues sí... Suele pasar...

—¿En serio? ¡Madre mía, cómo me lo voy a pasar!

—Pensaba que te gustaban ya en su... estado habitual.

—¡Y me gustan! Pero ahora...

—Bueno... Yo solo te digo una cosa: disfruta mientras puedas porque como este embarazo se parezca algo al anterior, en menos de dos meses ni me podrás rozar una teta y me dormiré hasta de pie...

—¿Dos meses has dicho? Pues no perdamos el tiempo.

Kai hunde la cara en el cuello de Sarah, haciéndole cosquillas con la nariz debajo de la oreja. Ella ríe a carcajadas mientras se retuerce bajo el cuerpo de él. Al rato hipnotizado por el sonido de su risa, se queda quieto, observándola detenidamente.

—Sarah...

—¿Qué?

—Te quiero.

113

Esas fueron las peores semanas de mi vida y solo fui capaz de sobrevivir a ellas gracias a Sarah. Ella estuvo a mi lado cuando mi padre murió, me apoyó durante el entierro, me ayudó a entender el dolor de mi hermano por la pérdida de Zoe y, no contenta con todo ello, me dio el mejor regalo del mundo: confiar en mí lo suficiente para querer que fuera el padre de su hijo. Desde ese momento, empecé a entender perfectamente a mi padre... Su preocupación constante por nosotros, su deseo de que hiciéramos algo de provecho con nuestra vida, su temor de que nos metiéramos en líos, sus ganas de vernos felices. Desde ese preciso instante, mi hijo se convirtió en mi pelea más importante.

114

CAPÍTULO 9

Solo Sarah

—Eso es, cariño. Lo estás haciendo genial. Respira —dice Kai poniendo las manos delante de su pecho y exagerando los movimientos mientras coge aire y lo deja ir con fuerza—. Respira... Coge aire y déjalo ir poco a poco...

—Cielo... Ven... Acércate... —le pide Sarah.

Kai la obedece al instante, con una sonrisa dibujada en mitad de una cara plagada de gotas de sudor. Sonrisa que se le borra en cuanto está lo suficientemente cerca de Sarah como para que ella le agarre de la camiseta con excesiva fuerza y, con los ojos inyectados en sangre, el pelo revuelto y los labios hinchados, le amenaza: —Créeme, capullo, no me olvido de respirar. ¿No puedes hacer algo útil, como por ejemplo, preguntar por qué cojones no hay aire acondicionado en esta sala?

—Esto... ¡Sí! ¡Sí! Pero... ¿estarás bien?

—¡No, Kai, no! ¡No estaré bien! ¡Así que vete!

—Vale... Lo... Lo siento...

—¡Y tanto que lo tienes que sentir! ¡Porque esto es por tu culpa! ¡Por tu culpaaaaaaa!

Kai decide salir cuanto antes porque tiene miedo de que Sarah, a pesar de no estar en condiciones, se ponga en pie y empiece a liarse a puñetazos contra él. Apoya la espalda en la puerta y resopla con fuerza. Es verdad que en esa habitación hace mucho calor, pero también es verdad que están en pleno agosto y la situación de nervios y tensión tampoco ayuda a refrescar el ambiente.

Al rato, recorre el pasillo hacia el mostrador de las enfermeras, donde pretende preguntar por el pequeño problema con la temperatura, pero en cuanto pasa por una sala de espera, ve a sus hermanos y a las chicas.

—¡Kai! ¿Cómo está mi madre? —le pregunta Vicky, a la que ha llamado al móvil para contarle que, por fin, su madre se había puesto de parto, casi diez días después de la fecha en la que salía de cuentas.

—Bueno... —empieza a decir con aspecto agotado.

—Oh Dios mío... Dime que está bien... —insiste ella.

—Sí, está bien. Solo está muy cansada, pesada por culpa de la enorme barriga, ansiosa por sostener a Niall en brazos, acalorada por el insufrible calor que hace en la sala de dilatación, molesta porque ha visto como llevaban al paritorio a tres mujeres que han llegado después que ella y, sobre todo, muy cabreada conmigo.

—¿Cabreada contigo? —pregunta Connor, arrugando la frente.

—Sí, al parecer, todo lo que le está sucediendo ahora mismo, es culpa mía. He salido por patas cuando me ha agarrado de la camiseta y, escupiendo saliva, me gritaba que hiciera algo útil… Me he cagado de miedo, en serio.

—Bueno… Técnicamente, sí es culpa tuya… Tú la dejaste embarazada. Si no lo hubieras hecho, ahora no estaría cansada, ni tendría una barriga tan prominente, por no hablar de sus pies hinchados, ni con el instinto maternal por las nubes, y disfrutando del aire acondicionado en casa. Cabreada contigo, quizá estaría, porque seguro que algo habrías hecho, pero no por haberla dejado encinta.

En cuanto Evan deja de hablar, Hayley y Zoe sonríen, intentando aguantar la carcajada. Vicky le mira sorprendida porque aún no está acostumbrada del todo a su pedantería. Connor y Kai, en cambio, le miran con una mueca de desaprobación en la boca.

—Evan, cállate colega, porque no me estás ayudando…

—Lo siento…

—¿Qué os ha dicho el médico? —le pregunta Zoe, abrazando a Connor por la cintura.

—Que esto va para largo… Que Niall es un bebé bastante grande y que tenemos que tener paciencia… Mirad, voy a hablar con alguna enfermera para ver si pueden hacer algo con el calor que hace en la sala de dilatación… —dice frotándose la frente con los dedos—. Me sabe mal que esperéis aquí durante no se sabe cuánto…

—Ni si te ocurra pedirnos que nos vayamos porque no lo vamos a hacer —le corta Hayley.

—Como veáis… —contesta Kai resignado—. Si queréis ir a cenar, hacedlo. Yo os llamo si cambia la situación. Vicky, ¿vas con ellos?

—Vale… —contesta ella acercándose a él y abrazándole, apoyando la frente en su pecho—. Cuida mucho de mamá y de Niall, ¿de acuerdo?

—Descuida, lo haré.

—A pesar de que te grite.

—Sí… A pesar de todo eso… —contesta.

—Id tirando, que ahora os alcanzo —dice Connor, justo antes de besar a Zoe con dulzura, sonriendo de felicidad. Sonrisa que permanece en su cara cuando todos caminan hacia la salida.

—Marica… —le dice Kai en cuanto Connor se gira para mirarle.

—Lo admito, estoy perdido. Haría lo que fuera por ella.

—Me alegro mucho por vosotros —afirma pasando el brazo por encima de los hombros de su hermano. Juntos es como tenéis que estar. Lo supe desde la primera noche que la conocimos.

—Mentira. Esa noche te la hubieras tirado si se te hubiera puesto a tiro.

—Lo reconozco, las contestonas como ella me ponen mucho. Pero en cuanto os vi juntos, y cómo os mirabais... No sé si me explico.

—Te entiendo. Es lo mismo que noté yo cuando vi tu cara de pardillo el primer día que viste a Sarah...

—Sí... —ríe Kai—. Pues tendrías que haber visto la cara de absoluto pavor cuando la miraba hace unos minutos.

—Bueno, piensa que ya queda menos —comenta Connor mientras empiezan a caminar hacia el mostrador de las enfermeras.

—Pues se me va a hacer eterno... Se ve que está dilatada de siete centímetros y debería estar de diez o así... Yo qué sé...

—¡Coño! ¿Con diez centímetros ya tienen bastante? ¡La hostia! ¿Cómo va a salir una cosa así, por un hueco así? —pregunta Connor moviendo las manos mientras pone una mueca de asco.

—Yo que sé... Para mí, incluso treinta centímetros me parecen pocos, pero si el médico dice que diez, pues diez. Cuanto antes acabemos con todo esto, mejor.

—¿Y tú vas a estar ahí para verlo todo? ¿Con toda esa sangre y... esa cosa asomando por... allí abajo?

Kai golpea el hombro de su hermano para reprocharle su comentario.

—Esa cosa es mi hijo, capullo. Y sí, haré lo que pueda, aunque reconozco que no es que me entusiasme la idea...

—No me extraña... Por Dios qué asco...

—Ya me lo dirás cuando te toque a ti... Tú mismo lo has dicho antes... Harías lo que fuera por ella.

—Uy, qué va... No creo que nosotros... Bueno, no lo hemos hablado nunca, pero no veo a Zoe por la labor...

—Ya, bueno... Ya me lo dirás —afirma Kai justo antes de apoyarse en el mostrador de las enfermeras y ponerse a hablar con una de ellas.

≈ ≈ ≈

Kai se acerca a la cama de Sarah con sigilo. Tiene los ojos cerrados y el color de su cara es más normal, incluso su expresión es mucho más relajada. En cuanto llega hasta ella, se sienta en la silla y coloca con cuidado una mano encima de la suya.

Exhala el aire que sin darse cuenta retenía en los pulmones y entonces se atreve a acariciarle la cabeza y a apartarle el pelo de la frente. Mira fijamente la enorme barriga, como si de ese modo pudiera enviarle señales a su hijo. Cuando lleva un rato así, Sarah se remueve incómoda y abre los ojos.

—Hola... —la saluda él con una sonrisa llena de ternura.

—Hola. ¿Ha habido suerte con el tema del aire acondicionado?

—Me temo que no —contesta él con algo de miedo—. En esta planta está estropeado. Los técnicos están en ello...

Sarah chasquea la lengua y mira al techo, pero ni mucho menos se pone como antes, cosa que Kai agradece mentalmente.

—Siento lo de antes —se excusa ella como si estuviera leyéndole el pensamiento.

—No pasa nada.

—Es que estoy muy cansada...

—Lo sé, tranquila.

—¡Y quiero que salga ya! ¿Me oyes, huevón? ¡Sal ya!

—En el fondo no le culpo... A mí también me encanta estar dentro de ti y no querría salir nunca...

—Idiota —Sarah sonríe mientras niega con la cabeza, poniendo los ojos en blanco, hasta que de repente, aprieta con fuerza la mano de Kai, que se pone en pie de un salto, alertado por el cambio radical que acaba de sufrir ella—. ¡Oh, jodeeeeeeeeeeeeeeer!

—¡¿Qué?! ¡¿Estás bien?! ¡No, no, ya sé que no! ¡Soy un capullo! Lo siento, lo siento, lo siento.

—¡Deja de sentirlo tanto y haz algo, inútil! ¡Llama a un médico!

Kai consigue soltarse del agarre con mucho esfuerzo y abre la puerta de la sala.

Mira a un lado y a otro del pasillo, esperando que aparezca alguna enfermera, aunque sea alertada por los gritos de Sarah. Cuando al final aparece una doctora, Kai respira de alivio.

—Vamos a ver cómo va la cosa —dice ella mientras se pone un guante de látex y se coloca entre las piernas de Sarah.

A Kai la escena le sigue pareciendo de lo más extraña, aunque da gracias al cielo de que Sarah haya elegido a una ginecóloga y no a un hombre para este momento. Aún le resultaría más incómodo si un tío metiera la cabeza entre las piernas de su chica.

—Por favor, doctora... Dígame que ya estoy lista... No puedo aguantar mucho más... —dice Sarah en tono suplicante.

Cuando la doctora saca la cabeza y les mira, se encuentra también con la mirada suplicante de Kai, que no sabe si podrá soportar el mal humor de Sarah durante mucho tiempo más.

—Bueno, pues tengo buenas noticias para ti. Estás dilatada de once centímetros ya, así que nos vamos para quirófano.

—¡Oh, por Dios! ¡Menos mal! —resopla Sarah aliviada.

—Kai, ¿quieres estar presente?

Tanto los ojos de la doctora como los de su chica se clavan en él, mientras las palabras de su hermano rebotan por su cabeza.

—Por supuesto —responde con mucha más convicción de la que en realidad siente.

—Perfecto. Pues acompáñanos.

≈ ≈ ≈

Después de avisar a Vicky, Kai acompaña a una enfermera a un vestuario donde tiene que ponerse una bata y un gorro verdes. Luego le hacen pasar al quirófano, en el que ya está Sarah, rodeada de un montón de máquinas que controlan sus constantes vitales y las de su bebé.

—Bienvenido, Kai —le dice la doctora—. Puedes ponerte a su lado, aunque si llegado el momento, quieres acercarte a mirar, no dudes en hacerlo, ¿vale?

—Eh... Sí... Vale...

Camina hasta colocarse al lado de Sarah y, en cuanto le ve la cara de asustada, a él se le esfuman todos los miedos. Se agacha para darle un beso y, mientras le acaricia la mejilla, le dice:

—Eh... Tranquila, ¿vale? Sé que lo vas a hacer genial.

—Estoy algo asustada. Con Vicky fue todo mucho más fácil, pero Niall es un bebé grande.

—¿Acaso lo dudabas? —responde moviendo las cejas arriba y abajo mientras ella no puede evitar sonreír—. Eso me gusta mucho más. Y sé que lo vas a hacer genial.

Y no me voy a separar de vosotros ni un centímetro.

—¿Aunque te insulte?

—Y aunque me arrees una hostia.

—De acuerdo Sarah —dice entonces la doctora—. Respira profundamente, y cuando yo te diga, empieza a empujar con todas tus fuerzas.

Sarah aprieta la mano de Kai y le mira casi al borde de las lágrimas. Él le sonríe y le guiña un ojo y entonces obra el milagro y logra que se le escape la risa.

—Te quiero.

—Y yo —solloza ella—. Muchísimo.

—Coge aire Sarah —dice la doctora—. ¡Y empuja ahora!

Sarah se contrae debido al esfuerzo y aprieta los dientes con fuerza. Aprieta la mano de Kai como si quisiera hacerle añicos los huesos y entonces, cuando no puede más, se deja caer de nuevo en la camilla.

—Muy bien, Sarah. Lo estás haciendo genial. Otro empujón más.

Ella le obedece pocos segundos después. Kai no puede hacer otra cosa que mirarla hipnotizado, admirando su fuerza y su poder de sufrimiento y entonces, movido 119

por el instinto, acerca la boca al oído de ella y empieza a susurrarle

como si solo estuvieran los dos en la sala.

—Eres increíble, mi vida. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, ¿vale? No lo olvides nunca, por favor.

—Ya asoma la cabeza, Sarah —dice entonces la doctora—. Kai, ¿quieres ver nacer a tu hijo?

Él abre mucho los ojos y mira a Sarah, que a pesar del esfuerzo, le sonríe mordiéndose el labio inferior. Entonces Kai se acerca al otro lado de la sábana y cuando mira, se queda alucinado por el espectáculo.

—Eso es… —prosigue la doctora mientras la cabeza de Niall asoma por completo—. Ahora un empujoncito más y sacamos los hombros. Vamos, cielo, que lo estás haciendo de maravilla.

En cuanto ella empuja, los hombros salen y empiezan a asomar los bracitos. Kai mira a Sarah a la cara, se encuentra con sus ojos, y se da cuenta que mientras empuja, solo le presta atención a él, atento a sus reacciones para asegurarse de que su bebé viene bien. Entonces Kai sonríe abiertamente y deja escapar las lágrimas que sin saberlo, retenía en sus ojos.

—Es perfecto, Sarah —le dice—. Vamos, cariño, un poco más y ya estará…

Ella le sonríe y vuelve a dar otro empujón y entonces el bebé sale por completo.

La doctora lo coge y le limpia un poco la cara. Kai aguanta la respiración hasta que Niall llora desconsoladamente y, como si algo se encendiera en su interior, se acerca a él para protegerle. La doctora le envuelve en una sábana y se lo tiende, justo antes de cortar el cordón.

—Todo tuyo, papá.

Kai estrecha a Niall, que no para de llorar, y le mira embelesado hasta que de repente se acuerda de Sarah y se lo acerca. Ella lo agarra con cuidado y so tiende encima del pecho. Al instante, el pequeño deja de llorar.

—Hola mi vida. Encantada de conocerte. Eres aún más guapo de lo que me imaginaba, ¿eh? Esto es amor a primera vista, de nuevo… —añade mirando a Kai, que se mantiene a una distancia prudencial, aún algo sobrepasado por los acontecimientos, hasta que ve cómo una enfermera coge a Niall y lo aleja de Sarah.

—¡Eh! ¡Eh! ¡¿Dónde se lo lleva?!

—Kai, cariño —le intenta tranquilizar Sarah mientras le agarra de la mano—.

Tranquilo. Solo van a asearle un poco.

A pesar de la explicación, él no se tranquiliza hasta que la enfermera vuelve y vuelve a tenderle a su bebé, que Sarah acoge entre sus brazos.

—¿Qué te parece? —le pregunta a Kai al cabo de unos minutos.

—Que es perfecto… No puedo creer que yo haya contribuido en crearlo…

120

—Pues ya puedes creértelo porque es un O'Sullivan de pura cepa.

—Enhorabuena, chicos. Es un bebé precioso —dice entonces la doctora—. Kai, si quieres puedes llevártelo a la habitación mientras acabamos con Sarah… Una enfermera te acompañará…

—No vamos a dejar sola a Sarah —la corta él.

—Será solo un momento mientras…

—¡No! Nos quedamos aquí con ella.

—Kai, cariño. Lleva a Niall a la habitación. Yo estaré bien, y Vicky y los demás tendrán ganas de conocerle…

≈ ≈ ≈

Kai se toma su tiempo, y antes de entrar en la habitación que les han asignado, se queda un rato en el pasillo, a solas con su pequeño. Después de berrear un buen rato, se quedó dormido y aún no ha abierto los ojos, pero aún así, Kai es incapaz de quitarle los ojos de encima.

Le cambia de posición con cuidado y le pone en posición vertical contra su pecho, hundiendo la nariz en su pequeño cuello, inhalando con fuerza su característico olor. Sus grandes manos cubren por completo el cuerpo de Niall, que parece sentirse más de a gusto en brazos de su padre, y se remueve haciendo unas muecas muy graciosas con la boca.

—¿Sabes una cosa? —susurra en voz muy baja para no asustarle ni despertarle—. No quiero esperar ni un minuto más para decírtelo porque contigo quiero hacer las cosas bien desde el principio. Te quiero más que a mi propia vida. Desde el momento en que te vi. No lo olvides.

Cierra los ojos y, de repente, todo alrededor deja de existir. Solo están él y su hijo. De repente empieza a mecerse, cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro, acariciando con las yemas de los dedos la pequeña espalda de Niall. El pequeño emite algunos ruiditos, pero en ningún momento llega a despertarse, así que los dos siguen en su propio mundo hasta que, no sabe cuánto tiempo después, se escucha un carraspeo. En cuanto Kai abre los ojos, se encuentra con sus hermanos mirándole. Los dos le sonríen, saludándole con la mano aunque sin decir nada ni moverse ni un centímetro. Kai imita sus gestos, hasta que Connor dice: —¿Necesitas un rato más?

—No… Ya estamos, ¿verdad, colega? —contesta caminando hacia ellos—.

Chicos, os presento a Niall. Niall, te presento a los impresentables de tus tíos.

—¡Vaya! —dice Evan—. Es una pasada, Kai.

—Joder... —añade Connor—. Es perfecto, tío. Qué guapo es... Se parece a mí, ¿no os parece?

Kai le da un golpe suave con el hombro, mientras entran en la habitación. Al instante, Vicky se acerca y empieza a llorar mientras mira embelesada a su hermano.

—¡Dios mío! ¡Es precioso!

—¿Quieres cogerle? —le pregunta Kai.

—No sé si sabré...

—Por favor, si yo he podido...

En cuanto se lo tiende, ella le mece en los brazos, bajo la atenta mirada de Hayley y Zoe que, tras darle un beso a Kai, se han arrimado a Vicky para ver de cerca a su pequeño sobrino.

—¿Mamá está bien? —pregunta Vicky con la cara mojada por las lágrimas.

—Está perfectamente —responde Kai con una enorme sonrisa—. Ahora la subirán.

—¿Ha sido... duro? —le pregunta Connor.

—Ha sido increíble, colega. Lo ha hecho tan bien... Estoy tan orgulloso de ella...

Y verle nacer —dice señalando a Niall—, es la cosa más asquerosamente bonita que he visto en mi vida.

—Buena descripción, sí señor —ríe Evan.

—Yo no sé si podría... —comenta Connor simulando un escalofrío de asco.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Hayley cruzándose de brazos, bajo la atenta mirada de todos, Zoe incluida.

—Bueno no... O sea... ¿Es obligatorio entrar o...? ¿No se puede ver a través de una televisión o algo así?

—¡¿Perdona?! —interviene Evan.

—O sea... ¿Que me dejarás sola en el paritorio? —pregunta entonces Zoe, ya con Niall en brazos.

—¡Eh, eh, eh! ¿Me he perdido algo? ¿Estás embarazada y no me he enterado?

—No, pero ya sé a qué atenerme cuando lo esté —contesta Zoe con gesto contrariado.

—Te lo dije. Estás acabado —le dice Kai a Connor, acercándose a su oreja.

≈ ≈ ≈

—¿Lo tienes todo?

—Sí...

—¿Pañales de recambio?

—Sí.

—¿Ropa de recambio por si acaso?

—Sí.

—¿Toallitas? El paquete de la bolsa está casi acabado. Voy a ponerte uno más...

—Sarah, vete.

—Sí. Cuando te ponga el... Espera, te pondré también un poco de leche en polvo por si tiene hambre.

—Sarah...

—Llevas muchas cosas... ¿Por qué no te llevas mejor el carrito?

—Sarah, en serio. Vete a trabajar. Estaremos bien —le dice Kai agarrándola de una mano mientras lleva a Niall en la otra—. ¿A que sí, colega?

—Es que... —Sarah mira a sus dos hombres. Kai la mira sonriendo, de forma comprensiva, mientras Niall la observa con los ojos muy abiertos, moviendo el chupete en la boca—. Os voy a echar de menos...

—Y nosotros a ti. Pero, estaremos bien. Él tiene todo lo que necesita en esta mochila, y puesto que lo que a mí me suceda te da igual, ya me las apañaré por ahí.

Mendigaré a Connor y Zoe si hace falta.

—No seas tonto... —dice ella abrazándole por la cintura—. Sabes que me preocupo por ti también.

—Lo sé. Era broma. Vete, en serio. Te llamaremos cada media hora si así te quedas más tranquila.

—¿A dónde vais a ir?

—Al parque, a pasear... —contesta mientras ella asiente orgullosa, hasta que, con ganas de ponerla nerviosa, añade—: Al gimnasio, al pub de Ian...

En cuanto Sarah tuerce el gesto y empieza a ponerse nerviosa, Kai ríe y la estrecha contra su pecho, susurrando en su oído: —Es broma. Vete tranquila.

Algo más de una hora más tarde, Kai entra en el gimnasio del que es dueño junto a Marty, su entrenador y ahora socio, con Niall metido en la mochila porta-bebés.

Tras saludar a algunos de los chicos, entra en el despacho.

—¿Pero a quién tenemos aquí? —dice Marty, el cual, a pesar de tener aspecto de duro, con sus casi dos metros de altura, se derrite cada vez que ve a Niall—. ¿Cómo está mi chiquitín precioso?

—Estoy bien, gracias. Con el hombro agarrotado quizá, pero bien —contesta Kai, mofándose.

—Muy gracioso, gilipollas —dice cogiendo en brazos al pequeño

mientras Kai se quita la mochila.

—Sarah ya ha empezado a trabajar y por las mañana me va a tocar quedarme con él. Luego por las tardes ya estará con ella o con Vicky... O con Zoe... O Hayley...

Vamos, que canguros no le van a faltar...

—¿Y por las mañanas te lo vas a traer aquí? —pregunta esperanzado.

—Pues, en realidad, a Sarah no le hace mucha gracia que le traiga... No por ti, no te lo tomes a mal... Pero prefiera retrasar lo máximo posible esto...

—¿Por qué?

—Porque sabe que tarde o temprano, Niall se subirá a un cuadrilátero, y dice que prefiere que al menos camine y se tenga en pie cuando lo haga... Que no se fía demasiado de mí y se piensa que ya le voy a enfundar unos mini guantes para que vaya practicando.

—¿Los hay?

—No sé. ¿Lo miramos? —pregunta Kai de repente, con una enorme sonrisa en la cara, hasta que se imagina la cara de desaprobación de Sarah y entonces añade—: No, mejor que no... Voy a firmar estos cheques para pagar esto y me voy pitando, que luego he quedado con mis hermanos para comer.

—Vale, me lo llevo para que no te moleste...

Y antes de que Kai pueda decir nada, Marty ya ha salido por la puerta haciendo carantoñas a Niall, que le coge la cara con ambas manos y ríe sin parar.

Entonces, al rato, le suena el teléfono y resopla resignado al ver que es Sarah.

—¿Qué?

—¿Como que qué? ¿Esa es manera de contestar?

—Es que me da la sensación de que no te fías de mí... No le maltrato, Sarah.

Estamos bien y ni le voy a dejar sin comer ni con una mierda pegada al culo. Tranquila.

—No es que no confíe en ti... Es que le echo de menos. ¿Me echa él de menos a mí?

Antes de responder, Kai levanta la cabeza y ve a su hijo en brazos de Marty, tocando unos de los sacos mientras hace ruidos con la boca, rodeado de unos cuantos tipos que han sucumbido a su poder hipnótico.

—Sí, mucho...

—¿Dónde estáis?

—En el parque —miente, cerrando la puerta y tapando el

auricular.

—¿En serio? No se oye nada.

—Sí, esto está muy tranquilo…

—¡Kai! ¡Mira qué hace Niall! —dice entonces Marty, entrando en el despacho como un vendaval, con el pequeño en brazos, el cual muerde un guante de boxeo con ansia—. ¡No suelta el guante!

—¿Esa es la voz de Marty? ¿Qué guante? Kai, ¿estáis en el gimnasio? —le pregunta mientras él apoya la frente en su mesa, resignado por la bronca que seguro le va a caer.

—Sí… He venido un momento a firmar unos cheques y…

—¡Me has mentido!

—Porque sabía que no te hacía gracia que le trajera…

—Porque quiero retrasar lo inevitable lo máximo posible. Porque quiero que sea un niño normal el mayor tiempo posible. Porque prefiero que juegue en el parque antes que en un cuadrilátero. Porque me gustaría que practicara un deporte en el que no saliera con la cara magullada. Porque…

—Vale, vale… Sarah, tranquila. Ya nos vamos…

—No te prohíbo que vayas, solo te pido que dejes que nuestro hijo aleja libremente lo que quiere hacer. Sé que el boxeo es tu vida, pero no quiero que se la impongas a Niall.

—No te equivoques… Mi vida sois vosotros, no el boxeo. Lo siento… Ahora nos vamos.

Después de un rato en silencio, durante el cual Marty se ha dado cuenta que la ha cagado y ha salido del despacho en silencio, cerrando la puerta tras de sí, Sarah resopla y vuelve a hablar.

—Te tengo que dejar… Tengo que ir a visitar a una familia para dar el visto bueno para una acogida temporal…

—Vale. Lo siento, Sarah, de verdad.

—Y yo… Quizá exagero, pero la vuelta al trabajo me está costando y le echo de menos…

—No te preocupes que cuando te des cuenta, ya estarás con él. Comemos con Connor y Evan y cuando ellos se vayan a trabajar, volvemos derechos a casa y te dejo con tu chico.

—Vale.

—Te queremos.

—Y yo a vosotros.

≈ ≈ ≈

En cuanto entra en el restaurante y divisa a sus hermanos, sentados ya en la mesa tomándose sus respectivas cervezas, se acerca a una de las camareras y, poniendo la mejor de sus sonrisas, le pide que le acerquen una trona para sentar a Niall en ella.

—Claro —sonríe Tiffany, una de las camareras habituales—. Ahora mismo os la llevo.

Y entonces, Niall vuelve a ejercer su enorme poder y ella enseguida se queda hipnotizada mirándole.

—Pero qué cosa más bonita, por favor —le dice acercándole las manos y dando palmadas, que él imita mientras ríe a carcajadas—. Bueno, será mejor que vuelva al trabajo antes de que me echen... Ahora os la llevo y paso a tomaros nota.

—Gracias.

Kai camina hacia la mesa y nada más llegar, Connor le tiende los brazos a Niall y este prácticamente se abalanza sobre él.

—Frena, frena... Impaciente... —le dice Kai mientras Connor y Niall empiezan con su particular charla en la que ambos parecen entenderse y no dejan de reír.

—Llegas tarde... —le reprocha Evan.

—He pasado por el gimnasio para acabar unas cosas.

—Si te pilla Sarah, te mata.

—Eso ya ha pasado y sigo vivo.

—Porque no la habrás visto aún. Te habrá metido la bronca por teléfono pero eso es solo la antesala de la tragedia. Espera a llegar a casa y ver su mirada reprobatoria.

Sin mediar palabra, Kai le lanza un panecillo que, como cabía esperar dada su nula agilidad, impacta de lleno en la cara de Evan, mientras los demás, incluido Niall, ríen.

—Aquí la tienes —dice entonces la camarera, dirigiéndose a Kai, pero mirando embelesada a los tres, que si ya de por sí son un imán para las mujeres, con un niño en brazos su poder de atracción se eleva de forma exponencial.

—Gracias, Tiff —responde Kai mientras Connor le sienta en la trona, sin siquiera desviar su atención hacia la chica ni una milésima de segundo.

En cuanto ella se marcha, Kai parte un trozo de uno de los panecillos y se lo tiende a Niall, que enseguida empieza a roerlo con los dos dientes que ya tiene, ayudándose además de las encías.

—Eres un puto abusón —le dice a Connor que, ajeno a todo, le mira con cara de no entender nada—. El día que tengas uno de estos, más le vale a Zoe no dejarte salir a solas con él.

—También te ha mirado a ti... —replica él—. Y a Evan.

—Ya, pero nosotros no tenemos antecedentes de deslices...

—Gilipollas.

—Lo que tú digas, pero por una vez, tú fuiste el cretino, no yo, y encima tonto, porque no mojaste el churro.

Tiff vuelve para tomarles nota, sonriendo sobre todo a Connor, que esta vez sí se da cuenta. Se sonroja al instante y se pone aún más nervioso cuando ve que Kai le mira enseñándole las dos filas de dientes y moviendo las cejas arriba y abajo. Después de que pidan los tres, ella se marcha aún sonriendo y Connor le lanza la servilleta a Kai.

—Gilipollas —le dice mientras Kai ríe y Niall aplaude.

—Vais a tener que moderar vuestro lenguaje cuando Niall esté delante. Si no, os vais a meter en un problema.

—Nos vamos a meter... No te excluyas que estamos juntos en lo bueno y en lo malo —le dice Kai.

—Somos hermanos, no un matrimonio... Además, ¿a quién quieres engañar?

¿Realmente os pensáis que si Niall llega a casa algún día diciendo capullo o gilipollas, Sarah me va a culpar a mí de ello? —Los dos le miran sabiendo que, como es habitual, tiene razón—. Os quedan dos años para que empiece a repetir cosas... Yo de vosotros, iría acostumbrándome a hablar mejor.

—¿Como tú? —pregunta Connor.

—Eso es imposible, caballeros. Os tendréis que conformar con no soltar ninguna blasfemia.

—¿Eh? —pregunta Kai.

—Taco, palabrota —le aclara Connor.

—¿Ves, Niall? Esa es otra prueba inequívoca de que tu tío Evan es adoptado.

≈ ≈ ≈

Kai entra en casa cuando está anocheciendo. Abre la puerta principal y llama a Sarah, que le contesta desde el piso de arriba. Sube las escaleras de dos en dos hasta que llega al dormitorio de Niall, donde Sarah le está preparando para el baño.

—Hola —les saluda él, abrazando a Sarah por la espalda y besando su cuello.

—Hola. ¿Cómo ha ido?

—Bien, muy bien.

—No estás demasiado magullado —dice ella acariciándole el pómulo mientras Niall hace ruiditos con la boca, intentando llamar la atención de su padre, que acaba cogiéndole en brazos.

—¿Cómo está mi hombrecito? ¿Te has portado bien con mami? ¿Sí? ¿Te vas a bañar?

—¿Tú te has duchado en el gimnasio?

—Sí...

—¿Quieres volver a hacerlo y juegas con él un rato mientras le

preparo el puré?

—¡Claro! ¡Me encantaría!

—Pues venga. No se hable más. La bañera ya está llena y el agua calentita.

—Oye… Y luego, cuando se haya dormido, podemos jugar los dos un rato en la bañera…

—Ya veremos…

—¿Aún estás enfadada?

—Puede que un poco.

—¿Y puedo hacer algo…? —dice él ya sin camiseta, acercándose a ella mientras la mira de reojo, agachando la cabeza a la vez.

Sarah apoya la mano que tiene libre en el pecho de Kai, jugueteando con el vello, repasando las cicatrices, muchas de ellas, recuerdo de su paso por la cárcel. En el fondo, si lo piensa fríamente, Kai ha cambiado muchísimo por ella, así que tampoco puede pedirle que sea una persona totalmente diferente, básicamente porque no sería el Kai del que ella está completamente enamorada.

—Te amo, Sarah.

—¿Ves? Ya lo has hecho.

—¿Tan fácil?

—Soy así de blanda cuando se trata de ti.

Desde el mismo momento en que sostuve a Niall en mis brazos, entendí a mi padre. Sus miedos, sus alegrías, su orgullo, su pena, todo iba intrínsecamente ligado a nosotros. Justo como me pasa a mí ahora con Niall.

Lo entendí tarde, y multitud de veces deseé poder volver atrás para poder pedirle perdón a mi padre, para poder decirle que por fin le entendía. Como eso es imposible, me he esforzado por ser el mejor padre del mundo, algo muy fácil gracias al apoyo de la mejor mujer y madre del mundo… Ella, mi Sarah, solo Sarah.

CAPÍTULO 10
Para siempre, Sarah

—¿En serio lo vas a hacer?

—Sí.

—¿En serio?

—Que sí.

—Es que no me lo creo…

—¡Joder, Niall! ¡Que sí lo voy a hacer!

—Pero… ¿Vas a hincar la rodilla en el suelo y eso?

—No sé… No lo he planeado todo al milímetro. Sé que le voy a pedir que se case conmigo, que me la llevaré lejos para hacerlo, solos ella y yo. A partir de ahí, lo iba a dejar todo en manos de la improvisación.

—Estás loco, papá…

—Venga, menos cháchara y más pegar —dice Kai levantando las manos frente a su cara y moviéndose mientras Niall las golpea—. Vigila esa derecha… No te proteges bien…

Siguen entrenando durante casi media hora más, hasta que ambos están sudando por todos y cada uno de los poros de su piel. Niall se acerca a su padre y, tras quitarse los guantes, quedándose solo con los vendajes, se le agarra de la camiseta y apoya la cabeza en su hombro. Kai le abraza y le da unas collejas cariñosas en la nuca.

—Estás listo, colega. Le vas a machacar.

—¿Tú crees?

—Seguro —dice separándole mientras se quita las protecciones de las manos—.

¿Tú qué crees Marty?

—Es tres veces mejor que tú —asegura este, provocando las sonrisas de Kai y Niall.

—Pero eso no es difícil —añade Connor, que acaba de entrar por la puerta, acompañado por Penny.

—¡Eh, Niall! ¿Sabes qué? ¡Papá me deja ir a verte pelear mañana!

—Genial —dice bajando del ring y chocándole la mano a su chica favorita, como él la llama—. ¿Aidan vendrá?

—Se marea con la sangre —le contesta Penny—. Así que se queda de canguro de Kellan.

—¿El enano de tu hermano no viene?

—No te creas, lo intentó, pero mamá no le deja.

—¿Cómo estás, colega? —le pregunta Connor a su sobrino.

—Bien. Algo nervioso, pero confiado.

—Voy a apostar por ti… Mucha pasta. No me falles.

—Mamá te va a matar… —dice Penny.

—Mamá no se va a enterar —contesta Connor—. Y por si acaso, tío Evan tampoco.

—¿Qué pasa conmigo? —escuchan entonces que dicen desde la puerta.

—¡Nada! Hablábamos del combate de mañana —interviene Niall de forma muy hábil.

—¿Estás listo? —le pregunta Evan en cuanto llega a él, dándole un

abrazo.
—Sí. Marty dice que soy tres veces mejor que papá.
—Eso no es difícil…
—¡¿Pero de qué cojones vais todos?! —pregunta Kai exasperado—. ¿Os habéis levantado graciosos o qué? Cuando queráis, nos subimos al cuadrilátero y nos pegamos un rato para ver si sois tan gallitos allí arriba.
Después de un rato de burlas y risas, mientras Penny y Niall charlan a su aire, Connor le pregunta a Kai:
—¿Lo tienes?
—Sí… —contesta Kai algo nervioso, caminando hacia su despacho —. Venid.
Cierra la puerta a su espalda por si acaso a Sarah se le ocurriera aparecer y abre la caja fuerte, de dónde saca una pequeña caja de terciopelo negro. La observa durante unos segundos, justo antes de abrirla y enseñársela a sus hermanos.
—¡Vaya! —dice Connor con los ojos muy abiertos—. Te los has gastado bien…
—Es muy bonito, Kai —añade Evan—. Le va a encantar.
—Eso espero…
—Kai, tranquilo —dice Connor captando perfectamente su estado de nerviosismo—. Aunque le pusieras un aro de cebolla alrededor del dedo, le seguiría pareciendo perfecto porque eres tú el que se lo pone…
—Sí… Eso es lo que me repito una y otra vez —contesta Kai resoplando con fuerza y relajando los hombros, dejando los brazos inertes a ambos lados del cuerpo.
—¿Cuándo lo vas a hacer? —pregunta Evan.
—Después del combate de Niall. Sé que, decida venir o no, no estará tranquila hasta que acabe y le vea sano y salvo, así que es tontería hacerlo antes.
—¿Y luego? Después de pedírselo, digo.
—Pues nos casaremos.
—¿Dónde? ¿Ya tenéis fecha en algún sitio? Tengo entendido que los juzgados van a tope y no es tan fácil hacerlo de la noche a la mañana…
Kai sonríe, saca un par de billetes del cajón y se los tiende a Evan, que los coge extrañado.
—¿Tailandia? —pregunta Connor.
—Ajá. Concretamente a la isla de Koh Mak… No nos hospedamos en un hotel de esos de lujo ni nada por el estilo… De hecho, son unos cuantos troncos atados entre sí 130

para formar una cabaña, pero situada en una playa virgen, Ao Pra.

No hay hoteles, ni tiendas, ni bares, ni restaurantes alrededor... Solo esa cabaña.

—Esta vez te lo has currado, pero bien... Va a flipar.

—Esa es mi intención...

—Pero... ¿Os vais a casar allí? —pregunta Evan.

—Ajá. En la arena de esa playa.

—Pero... ¿Ese matrimonio será válido en los Estados Unidos? —añade de nuevo su hermano pequeño.

—¿Y te piensas que eso me preocupa? Después de quince años juntos y dos hijos, uno en común, creo que podemos considerarnos como un matrimonio. Es más un hecho simbólico que legal... Solo que, cuando el año pasado os casasteis —dice señalando a Connor—, sentí como que solo faltaba yo y que ella se merecía tener su día especial... Y lo vamos a hacer, solo que al estilo de Kai O'Sullivan.

—Pero... si no hay nada alrededor, ¿qué vais a comer? —insiste de nuevo Evan, con preocupación.

—¡Joder, Evan! ¿Algún día haces algo divertido? Esa chica debe de quererte mucho o debes follar como Dios, porque tío, cuando quieres eres un muermo de cojones... No te dejan ahí tirado, tío. Te llenan la nevera y tengo un número de teléfono al que llamar siempre que necesite algo. Es algo así como una playa privada solo para nosotros, pero con las comodidades que queramos a solo una llamada de teléfono...

—¡Qué pasada! —interviene entonces Connor—. Podéis ir en pelotas si queréis...

—Ese es el plan... Por cierto, Evan, Niall se quedará en tu casa, ¿vale? Quería quedarse solo pero no me fío ni un pelo... Solo tiene dieciséis años y mis genes...

—Haces bien —afirma Connor.

—Ya lo he hablado con Hayley y...

—Espera, espera —le corta Evan—. ¿Ella ya lo sabía y yo no?

—Hombre, pues viendo tu reacción y la suya, hice bien en comentárselo a ella antes que a ti... Por cierto —dice señalando a Connor—. Zoe también lo sabe. Y las dos se mueren de envidia.

—No me extraña... ¿No podrías haberte largado a casarte a Las Vegas, como hacen todos los colgados como tú? No... El señor tiene que hacerlo a lo grande...

—De alguna manera, siento como que tengo que recompensar a Sarah por...

aguantarme —susurra rascándose la nuca, algo avergonzado—. Sé que ha pasado mucho tiempo desde que nos conocimos, sé que me quiere porque me lo demuestra cada día, y sé que la hago feliz, pero aún soy incapaz de ver qué ha visto en mí. Le dio igual mi pasado, en general, y confió en mí no solo para ayudarla a cuidar a su hija, sino

también para criar a uno propio... Es como que se lo debo.

≈ ≈ ≈

—Tranquila, mamá...

—¡¿Cómo voy a estar tranquila?! ¡Tienes dieciséis años, por el amor de Dios!

—Y el chico contra el que voy a pelear también... Bueno, casi.

—¿Casi? —pregunta entonces mirando a Kai—. Me dijiste que eran de la misma categoría.

—Y lo son...

—¿Cuántos años tiene? ¡Y ni se te ocurra mentirme!

—Dieciocho.

—¡¿Qué?! ¡Ni hablar! ¡Anulad el combate! ¡No voy a dejar que mi hijo suba ahí arriba a pegarse con un tío dos años mayor que él!

—¡Mamá...!

—¡Ni mamá ni leches! ¡No y punto!

—Sarah, escúchame —le pide Kai de forma calmada, agarrándola de los brazos y llevándosela a un aparte para intentar tranquilizarla—. Cariño, sé que Niall puede hacerlo.

—Pero...

—Espera, déjame acabar. Es mi hijo también. ¿Te piensas que sería capaz de subirle ahí arriba si pensara que va a recibir una paliza? Espera a verle boxear y verás.

—Pero recuerdo cómo acababas tú, y no puedo permitir que acabe igual...

—Él es mucho mejor que yo, cariño. Créeme. Y confía en Niall.

Sarah gira la cabeza hacia su hijo, que la mira preocupado, con las manos ya vendadas. Finalmente, chasquea la lengua y se acerca hasta él.

—Prométeme que vas a tener mucho cuidado —le pide abrazándole.

—Te lo prometo, mamá —contesta Niall hundiendo la cara en el cuello de su madre.

—No dejes que te pegue ni una vez.

—Ese es el plan... —ríe él—. Al menos lo intentaré.

—Protégete bien cuando golpees con el directo de derecha y aprovecha bien tu gancho de izquierdas.

Kai y Niall se quedan totalmente boquiabiertos, hasta que Sarah, al verles, añade:

—¿Qué pasa? Algo se me queda después de escucharos.

—Ha llegado la hora —le dice Kai a su hijo, ayudándole a colocarse los guantes.

Cuando se los ata con fuerza, se queda quieto frente a él y le mira

fijamente a los ojos, gesto que Niall imita. Al rato, ambos sonríen con complicidad mientras asienten con la cabeza.

—Estoy muy orgulloso de ti, ¿vale? Pase lo que pase.

—Lo sé, papá. Pero le voy a machacar —contesta Niall.

—No me cabe la menor duda.

≈ ≈ ≈

—¿Cómo ha ido? —les pregunta Ian, el dueño del pub, en cuanto les ve entrar por la puerta.

—¡Le ha machacado! —le informa Connor chocándole los cinco—. Ian, te presento a mi hija Penny.

—Encantado, señorita O'Sullivan

—Gracias, gentil caballero —responde ella con orgullo—. Hoy me voy a tomar mi primera cerveza.

—Ni hablar. Hoy vas a mojarte los labios en cerveza por primera vez y te tomarás una Coca-Cola como siempre —interviene Zoe.

—¡Jo, mamá!

—Ni jo, ni ja.

—Papá me deja.

—Papá hará lo que yo diga y si yo digo que no, es que no.

—Una flojita.

—No.

—Medio vaso.

—No.

—Un sorbo.

—No.

—¡Un sorbo solo! ¡¿Cómo voy a ir por el mundo sin haber probado una cerveza en mi vida?!

—Te queda mucha vida por delante, listilla. Que solo tienes once años.

Mientras esperan a que Kai y Niall lleguen, Sarah, Zoe y Hayley se sientan en una de las mesas, mientras Evan y Connor se llevan a Penny a jugar a los dardos.

—¿Estaba bien cuando has entrado al vestuario? —le pregunta Zoe a Sarah.

—Perfectamente. Solo un pequeño corte en el labio.

—Ha peleado muy bien.

—Más que bien. Le podría haber tumbado en un asalto —comenta Sarah con la cara rebosante de orgullo—. Al menos, de momento, no me da los sustos que me daba su padre.

Hayley cuelga el teléfono con una sonrisa en la cara y, mirando a Zoe, le dice: —Aidan dice que no nos preocupemos, que Kellan se está portando muy bien.

Dice que ha cenado bien, que han estado viendo la tele y que hace un rato que se ha dormido en el sofá. Ah, y que tiene aptitudes para las matemáticas... Yo que tú, empezaba a temblar.

—Como se entere Connor le va a dar un patatús.

—Dile que no se preocupe, que solo tiene cuatro años y aún lo puede reconducir al lado oscuro de los O'Sullivan —interviene Sarah —. Que con dos pedantes en la familia, ya tenemos bastante.

—Ya, pero es que los dos me han tocado a mí —se queja Hayley.

—¿No te gustaban tanto los listillos con gafas? Pues toma dos— afirma Zoe guiñándole un ojo—. Además, la ventaja de tener un hijo tan maduro es que puede hacer de canguro de los míos.

En ese momento, Niall y Kai entran por la puerta. Mientras todos le felicitan, Kai pide un par de cervezas y, cuando se sienta en la mesa, le tiende una a su hijo.

—Una y ya está —le advierte su madre.

Una hora más tarde y varias cervezas después, el pub está ya muy lleno.

Mientras las chicas charlan entre ellas y Niall y Penny juegan a los dardos, Connor mira a Kai y, sin necesidad de decirse nada, se entienden a la perfección. Kai asiente con la cabeza, confirmándole que lleva el anillo encima, y Connor se encoge de hombros para preguntarle cuándo lo va a hacer. Kai mira a un lado y, sin pensárselo ni un segundo, se pone en pie y le tiende una mano a Sarah.

—¿Qué...?

—¿Bailas conmigo?

—Eh... Vale...

Se levanta y mira a las chicas, entornando los ojos extrañada, aunque con una sonrisa en los labios. Zoe y Hayley se encogen de hombros, aunque las dos saben perfectamente lo que va a suceder a continuación, al igual que el resto, que intentan disimular agachando las cabezas o mirando hacia otro lado.

Kai la conduce hacia un lado del pub y rodea su cintura con un brazo. Con la otra mano agarra la de Sarah y estrecha su cuerpo contra el suyo, apoyando la mejilla contra la de ella. Sarah acaricia el pelo de la nuca de Kai y cierra los ojos, dejando que la barba incipiente de Kai haga cosquillas en su piel. Siente el pecho de él subir y bajar con rapidez, hasta que le oye resoplar con fuerza una cuantas veces.

—¿Estás bien? —le pregunta al rato, algo extrañada por su repentino cambio de actitud.

—Sí... —contesta separándose un poco de ella y mirándola a la cara—. De hecho, estoy más que bien.

—Tenías razón, Niall es mucho mejor que tú.

Kai ríe a carcajadas, relajándose al instante, asintiendo a la vez con la cabeza mientras mira al suelo.

—Lo sé. ¿Y sabes por qué? Porque lo importante no es que pegue mucho mejor que yo, sino que es tan inteligente como su madre.

—Pero es guapo como su padre.

—Y buena persona como su madre.

—Y divertido como su padre.

—Y cabezota como su madre.

—¡Oye! —le increpa Sarah—. ¡Estábamos diciendo cosas buenas!

—¡Es algo bueno! —ríe Kai mientras la abraza con fuerza por la cintura y se la queda mirando durante un rato, admirando su sonrisa y sus ojos, que le brillan de emoción.

Al rato, nerviosa por sentirse observada, Sarah se muerde el labio inferior y se coloca algunos mechones de pelo rebelde detrás de la oreja.

—¿Te das cuenta de que no hay nadie más bailando a nuestro alrededor? —le pregunta con timidez.

—Por lo que a mí respecta, cuando estoy contigo, nunca existe nadie más alrededor, así que... bienvenida a mi mundo. De hecho, he movido algunos hilos para que así sea durante unos días...

—¿Qué? No te entiendo...

Entonces, Kai deja de bailar y se separa de ella unos centímetros. Se lleva la mano al bolsillo del vaquero y saca una cajita negra. Resopla con fuerza e hinca la rodilla en el suelo.

—¿Qué...? Kai... ¿Qué haces?

—Sarah...

—Kai, levanta. Ponte en pie, por favor. No me hagas esto... —dice ella con lágrimas agolpándose en sus ojos.

—Como ves, ya no sé qué hacer para llamar tu atención... —ríe él mientras el pub se va quedando en silencio poco a poco.

—Kai... Nos está mirando todo el mundo —dice Sarah entre dientes, totalmente inmóvil.

—¿Todo el mundo? ¿Acaso hay alguien más aquí aparte de ti? Sarah... Necesito hacerlo. Necesito que sepas que para mí no existe nadie más. Desde que te conocí, siempre has sido tú... Me has cambiado para bien y... quiero que veas que me he convertido en alguien capaz de hacer estas cosas por ti. Sarah Collins, ¿quieres ser una O'Sullivan? —le pregunta moviendo las cejas arriba y abajo—. ¿Quieres casarte conmigo?

Sarah no puede hacer otra cosa que llevarse las manos a la cara y llorar desconsoladamente. Los sollozos le impiden hablar, así que, al

cabo de unos segundos que a Kai se le antojan horas, empieza a asentir con la cabeza. Él se levanta y, después de cogerle la mano y ponerle el anillo de compromiso, la abraza entre los vítores de toda la gente del pub. Le agarra la cara y la levanta para mirarla a los ojos, peinando su pelo con las manos. Ella le besa mientras los dos sonríen.

—Estás loco...

—Pues si ya piensas eso, espera a oír el resto del plan.

≈ ≈ ≈

Dos horas más tarde, cuando están en el coche de Kai, camino del aeropuerto, Sarah no puede estarse quieta en su sitio, nerviosa y haciendo preguntas sin parar.

—¡No puedo creer que vayamos a hacer esto!

—¿Por qué? Me has dicho que sí, ¿verdad? ¿Pues por qué esperar?

—Pero, ¿por qué vamos al aeropuerto?

—Para casarnos.

—¿En el aeropuerto?

—No, mujer...

—Entonces, ¿dónde vamos a casarnos?

—Ya lo verás.

—¿A Las Vegas?

—No.

—¿A dónde? ¡Dímelo!

—Ya lo verás.

—¡Aaaaaaaah! Eres desesperante.

—Pero me quieres.

—Ahora mismo, no mucho.

—Mientes.

Sarah le mira entornando los ojos, como si le estuviera echando un mal de ojo, pero al ver que Kai no se inmuta e incluso sonríe satisfecho, decide cambiar de táctica.

—Pero... ¿Y Niall? ¿Se va a quedar solo?

—Lo intentó, pero sé lo que yo hubiera hecho en su situación a su edad, así que se queda con Evan y Hayley.

Sarah maldice por dentro el no poder reprocharle nada, así que contraataca por otro lado.

—¿Y mi trabajo? Tengo citas concertadas con varias familias y...

—Algunas retrasadas, otras asignadas a otros asistentes... Está todo hablado con Paul.

—¿Has hablado con Paul? ¿Paul, mi jefe?

—Ajá.

Mierda, piensa Sarah. Parece que Kai no ha dejado nada a la improvisación y ha dejado todo bien atado.

—¿Y el gimnasio?
—Se ocupan mis hermanos, y Niall les echará una mano. Lo ha mamado desde pequeño, es como su segunda casa, así que no tendrá problemas.
—¿Y la maleta?
—En el maletero.
—Pero, ¿qué has echado dentro?
—Lo necesario —responde él mientras entran en el aparcamiento del aeropuerto—. Y créeme cuando te digo que es bien poco...
—Pero, ¿no llevaré vestido de novia?
—Bueno, técnicamente, eres mi novia e irás vestida, así que sí, llevarás un vestido de novia.
Sarah no puede evitar reírse, dándose por vencida mientras Kai aparca el coche y, tras sacar la maleta, corre hacia su puerta para abrírsela.
—Señora... —dice tendiéndole un brazo para que ella se pueda agarrar.

Cuando entran en el aeropuerto y se dirigen hacia los mostradores de facturación, Sarah no puede evitar estar nerviosa, mirando a un lado y a otro, leyendo todos los destinos en los monitores. Al menos, ya sabe algo, y es que saldrán del país, porque están en la terminal de vuelos internacionales. Su rostro se ilumina al ver que Kai se acerca a un mostrador en cuyo televisor se puede leer Bangkok.
—¿Tailandia? ¿Vamos a Tailandia? —le pregunta ella ilusionada mientras él la mira de reojo, sonriendo aunque sin decir nada.
Mientras él se encarga de facturar la maleta y de entregar sus pasaportes, ella no puede dejar de sonreír, conteniendo las ganas de empezar a dar saltos de alegría como una adolescente enamorada, gritando a todo el mundo "¡es mi futuro marido!" o "¡me voy a casar con este hombre!".
—Si que te gustó la comida tailandesa... —le dice Sarah cuando se separan del mostrador y empiezan a caminar hacia la puerta de embarque.
—Eso parece...
—No puedo creer que me lleves a Bangkok.
—No vamos a Bangkok.
—Pero...
—Hacemos escala allí...
—Kai, por favor...
—No.
—Lo averiguaré.
—No lo dudo. Tienes diecinueve horas de vuelo por delante para

hacerlo... Y en primera clase.
—¿En primera clase?
—¿Acaso te piensas que yo iba a pasar casi un día entero encajado en una lata de sardinas comiéndome los pedos del tío sentado delante de nosotros?
—Pero... ¿cómo lo has pagado? ¿Acaso te estás prostituyendo y no me lo has contado?
—Mmmm... Es una opción. Podría ser bailarín de striptease y especializarme en despedidas de soltera.
—Ni lo sueñes. Eso solo para mí. Y gratis, que conste.
—Tengo algo de dinero guardado de cuando boxeaba... Alguna apuesta que otra ganada...
—¿Apostabas? Madre mía, Kai... ¡Qué joya...! Espera, espera... ¿Apostaste en el combate de ayer de Niall? —le pregunta ella con el ceño fruncido.
—Connor también —le confiesa incapaz de mentirle, implicando a su hermano como si, de alguna manera, que él lo hiciera, convirtiera el hecho en algo menos ilegal—. Pero apostamos a su favor...
—Qué consuelo...

—Se supone que no deberías estar enfadada conmigo... Estamos de viaje de novios...
—Espera porque aún no me he casado. Puede que me arrepienta antes y te deje colgado en el altar...
—Mmmm... Colgado en una playa desierta...
—¡Ja! ¡Vamos a una playa desierta! —dice sacando su teléfono del bolsillo y empezando a teclear como una loca—. ¿Koh Chang? ¿Koh Phi Phi? ¿Koh Samui? ¿Koh Mak?
—No voy a decirte nada... —dice sonriendo de forma pícara.
—Pero ya sé que vamos a la playa.

≈ ≈ ≈

—¿Estás lista ya? —le pregunta él, impaciente ya, vestido con un vaquero y una camisa blanca de manga corta.
—No...
—Vamos, Sarah... No me digas que no te lo he puesto fácil... Solo metí un vestido blanco en la maleta, y es de tu talla... Y si no, échales la culpa a Zoe y Hayley...
Pero entonces, cuando entra en la cabaña, escucha sus sollozos, y corre hacia el "dormitorio", o lo que viene siendo la cama separada del resto de la cabaña por una cortina de tela de seda blanca. En cuanto la traspasa, la encuentra ya vestida, aunque llorando sentada en la cama.
—Eh... —dice él arrodillándose frente a ella—. ¿Qué te pasa?
—Nada. Es solo que... Esto es... Tan perfecto... Tú eres tan

perfecto, que no puedo creer que seas de verdad.

—¿Yo, perfecto? ¿Acaso te ha caído un coco en la cabeza? ¿O ha sido un mango en mal estado? Vamos, no te quiero ver llorar. ¿O acaso lloras porque te vas a casar conmigo y ya no hay marcha atrás porque te tengo recluida en una playa desierta de una isla a miles de kilómetros de casa?

De nuevo, Kai consigue hacerla reír, así que no tiene más remedio que secarse las lágrimas con los dedos de las manos y ponerse en pie. Él la abraza por la cintura mientras la observa embelesado.

—Mira, lo bueno de esto es que puedo llorar y llorar sin preocuparme porque se me corra el maquillaje.

—Estás preciosa igual. Vamos, que el cura nos espera.

—¿Has conseguido un cura?

—A ver, ¿aún crees que hay algo que no pueda hacer?

En cuanto salen fuera, un nativo de la isla, bajito, rechoncho y muy risueño, les observa desde la arena frente a la cabaña, justo en la orilla. Viste con un pantalón corto ancho y una camisa de flores de manga corta y, como ellos dos, va descalzo.

—¿Ese tipo es cura? —le pregunta ella inclinando la cabeza hacia él.

—Algo así... Es capitán de barco, del suyo al menos, además de ser el médico de la isla... Bueno, el curandero... Vamos, la persona más influyente de por aquí...

—Ajá... —ríe Sarah, tapándose la boca para intentar contener la carcajada.

—Además, dice que ha visto cinco veces la película "Cuatro bodas y un funeral"

y otras tantas "Novia a la fuga". Con esos argumentos, me convenció del todo.

—No se hable más, son argumentos irrefutables.

Después de intercambiar varias sonrisas e inclinaciones de cabeza, el tipo empieza a hablar en su idioma. No puede decirse que la ceremonia fuera preciosa, básicamente porque el tipo podría haber estado insultándoles todo el rato o bien recitándoles el himno de Tailandia, ya que no se estaban enterando de nada. Así pues, varios minutos después, les tiene que hacer una indicación con la cabeza y agarrarles las manos para que las junten. Luego pronuncia unas pocas palabras más y les sonríe diciéndoles, en un inglés poco ortodoxo:

—¡Marido y mujer! ¡Beso! ¡Beso!

Los dos se sonríen y se acercan lentamente. Kai agarra la cara de Sarah y besa sus labios con calma, saboreándolos, salados debido a la brisa marina. Ella se coge de sus antebrazos como solía hacer para no

perder el equilibrio cada vez que él la besaba.

Han pasado ya algo más de quince años desde aquel primer beso en la cocina de Donovan, la que es su casa ahora, y sigue sintiendo lo mismo que aquella vez.

Cuando se separan, vuelven a estar solos en la arena de esa playa. Miran alrededor extrañados, aunque risueños, y entonces Kai coge a Sarah en volandas y camina hacia el agua. Se adentra hasta que le llega a la cintura, empapándole el vaquero y el bajo de la camisa. Ella encoge las piernas cuando las olas rozan su cuerpo mientras ríe a carcajadas.

—Señora O'Sullivan... ¿Qué le apetece hacer ahora? —susurra con la cara de ella pegada a la suya, con su aliento haciéndole cosquillas en los labios.

—Pasar el resto de mi vida contigo...

—Deseo concedido.

Kai besa a Sarah mientras una ola les empapa por completo. Ella se agarra a él con más fuerza, aunque se siente segura, sabedora de que no la va a soltar jamás, confiando cien por cien en él.

Varias horas más tarde, al anochecer, Kai está sentado en la arena, vestido tan solo con un bañador negro, contemplando cómo se pone el sol mientras Sarah habla por teléfono con Niall. Se entretiene cogiendo un puñado de fina arena blanca y dejándola escurrir por entre sus dedos, mirando ensimismado cómo cae.

—Sí, espera que te lo paso... —escucha que dice Sarah caminando hacia él y tendiéndole el teléfono, le dice—: Tu hijo.

—Eh, ¿qué pasa? —le saluda sonriendo.

—Enhorabuena.

—Gracias, colega. ¿Cómo va todo por ahí?

—Controlado. No te preocupes por nada. Entre los tíos y yo nos apañamos.

—No lo dudaba.

—Esto... Tengo otro posible combate... —le confiesa bajando el tono de voz.

Kai mira de reojo a Sarah, que se le sienta al lado.

—Ajá...

—¿Está ella a tu lado?

—Ajá...

—Es pasado mañana...

—No.

—Pero papá... Creo que puedo ganarle...

—Demasiado pronto.

—Pero si en el anterior no me cansé nada...

—Niall, no. Hazme caso —Y viendo que Sarah empieza a sospechar el tema de conversación, añade—: Hablamos a la vuelta.

Aunque no escucha nada al otro lado de la línea, Kai sabe perfectamente lo que Niall está pensando, básicamente porque es lo que él hubiera pensado hace unos años en su situación.

—Niall...

—Vale, vale —contesta contrariado.

En cuanto cuelgan, Kai resopla mirando la pantalla del teléfono. Sarah apoya la mano en su brazo y le busca la mirada.

—¿Pasa algo?

Él la mira durante un rato, hasta que finalmente decide contarle toda la verdad.

—Niall tiene un combate pasado mañana... Y aunque le he dicho que no lo acepte, sé que lo hará.

—¿Me tengo que preocupar?

—Bueno... Pensándolo bien, creo que no. O sea, sigo pensando que es muy pronto, pero yo hubiera hecho lo mismo. Estoy seguro de que mi padre me hubiera dicho también que no lo hiciera y sé que yo no le habría hecho caso. Y teniendo en cuenta que, a pesar de todo, las cosas no me han acabado yendo tan mal, casi que voy a dejar que se equivoque él solo, ¿no?

Sarah le mira sonriendo y se acerca algo más a él, sentándose en el hueco que queda entre sus piernas y apoyando la espalda en su pecho.

—Quiero decir que, algún día, tendrá la suerte de estrechar entre sus brazos a la persona que él elija, y echando la vista atrás, espero que se dé cuenta de sus logros y, quizá que se dé cuenta de su viejo no lo hizo tan mal al fin y al cabo...

—¿Seguimos hablando de Niall? —le pregunta Sarah, acariciando sus antebrazos con las uñas—. Porque si es así, te diré que seguro que sabe que tiene el mejor padre del mundo... Y si no es así, te diré que él está sonriendo ahí arriba al verte.

Sé que no necesitábamos casarnos... Al fin y al cabo, llevábamos muchos años viviendo juntos, habíamos criado a Vicky y teníamos además un hijo en común, pero necesitaba demostrarle que para mí, no existía nadie 140

más que ella. Ella me salvó la vida y me tendió una mano para sacarme de la mierda donde estaba metido. Aún ahora, solo existe ella para mí... Solo

Sarah. Siempre Sarah.

—Eso es muy bonito…

—Gracias… ¿Conoce a mi Sarah?

—Sí…

—Pues entonces sabrá que no le estoy mintiendo. Ella es especial.

—Lo vamos a dejar por hoy, ¿de acuerdo?

—Claro, yo me quedaré un rato aquí en el jardín…

—Por supuesto.

Ella se levanta y sube lentamente los escalones del porche. En cuanto entra en la cocina, se muerde el labio inferior y se seca con los dedos las tímidas lágrimas que empiezan a rodar por sus mejillas. Se acerca al fregadero y se agarra a él mientras le observa a través de la ventana.

—¿Mamá…?

Se da la vuelta al instante, secándose las mejillas con más ímpetu.

—Hola, Niall.

—¡Abuelaaaaaaaaaa!

—Hola preciosa mía —dice agachándose frente a su nieta.

—Voy a jugar con el abuelo —dice la niña, mirando a través de la ventana—. ¿Puedo?

—Claro que sí.

En cuanto la niña sale, los dos miran la escena con curiosidad. Kai se ha acostumbrado a ver a gente alrededor que, aunque él no es capaz de recordar, sabe que son familia. Así que, aunque al principio se extraña al ver a esa niña a su lado, enseguida agarra la mano que le tiende y la lleva hacia

el columpio.

—¿Cómo está hoy?

—Bien.

—Mamá… —dice buscándole la mirada.

—No pasa nada… Solo que a veces es muy duro.

—¿Por qué no dejas que le trate…? —empieza a decir, pero se calla al verla negar con rotundidad—. ¿Qué ha pasado?

—Nada… En el fondo, es precioso, porque se acuerda de mí, pero no sabe que soy yo. Dice que Sarah es el amor de su vida, pero entonces me mira, y cada vez más a menudo no sabe que somos la misma persona…

Niall abraza a su madre durante un buen rato, hasta que ella se separa de él y se aleja para subir al piso de arriba. Entonces mira por la ventana y ve a su padre empujando a su hija en el columpio. Sonríe con melancolía porque, a simple vista, es el mismo de siempre, alto y fuerte… La mayor parte

del tiempo, sigue siendo el mismo, el que les hacía reír a todas horas… Pero a ratos, cada vez más frecuentes, la enfermedad se hace patente, la misma que castigó en su día a su abuelo Donovan, al que Niall no conoció, dándole ese aspecto de fragilidad que tan poco va con él.

—Hola —le saluda en cuanto sale al jardín.

Su padre le mira entornando los ojos, pero le saluda igual, con una sonrisa en los labios, sin dejar de empujar a su nieta.

—¿Cómo estás hoy? —le pregunta a su padre, haciéndole muecas a su hija, que se carcajea.

—Bien…

—He estado hablando con Vicky. Vendrá la semana que viene con Erick y los niños…

Kai asiente, esquivando la mirada de Niall. Él sabe que ahora mismo, su padre no se acuerda de él y que eso le pone muy nervioso porque le da ese aspecto frágil que tanta vergüenza le da. Por ese motivo, todos tienen la consigna de insistir ni preguntarle a todas horas si se acuerda de ellos, sino que le hablan con total normalidad.

—Este fin de semana hay un combate interesante en el pabellón… ¿Te apetecería que fuéramos? Puedo conseguir entradas… Se lo diré también a tío Connor y a tío Evan. A lo mejor se apuntan Kellan y Aidan…

—Vale…

En ese momento, la puerta de la casa se vuelve a abrir y Sarah aparece por ella, ya más animada y con la cara lavada. Niall ve cómo su padre gira la cabeza hacia allí y entonces, como por arte de magia, ve cómo sus ojos se iluminan, sonríe abiertamente y empieza a caminar a paso ligero hacia ella.

En cuanto se le planta delante, agarra su cara con ambas manos y, acariciándole las mejillas con los pulgares, la mira embelesado, repasando cada centímetro de piel.

—Hola, cariño —le dice ella.

—Te quiero —suelta sin más—. Lo tienes siempre presente, ¿verdad?

—Claro que sí.

—Yo no me olvido de ti, ¿vale?

—Vale… —contesta ella muy sonriente.

—Para siempre, Sarah.

AGRADECIMIENTOS

Es mucha la gente a la que, conforme se suceden las historias, tengo que dar las gracias, pero en este caso en particular se puede resumir en una persona.

Para ti, Gaby. Por tener la brillante idea de obligarme a escribir estas líneas. Por tu entusiasmo al leer cada capítulo. Por tu amor incondicional por este personaje. Por tus suspiros al nombrarle, que podía escuchar incluso estando a kilómetros de distancia.

Por tus ánimos y tu constante sonrisa. Por todo.

143